

Kattie Black

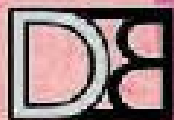


Algo

aún más

Grande

Algo muy grande 2



Algo aún más grande

Kattie Black

©Dirtybooks, abril de 2018

Portada: Kattie Black

Algo aún más grande está registrada bajo una licencia Creative Commons. No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora y los editores.

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

Introducción

Se acerca el fin de semana y el bullicio en el interior de la tienda es constante esta tarde. Grupos de jóvenes nos visitan después de las clases, se prueban perfumes, maquillajes, ríen y se miran en los espejos. Algunos se van sin comprar nada, otros se dejan cientos de dólares en los productos de cosmética más exclusivos del mundo.

Me quedo mirando a un grupito de chicas que ríen mientras salen cargadas de bolsas a rebosar y suspiro con cierta nostalgia. Recuerdo cuando era yo la que cruzaba la puerta, dispuesta a fundir la asignación que me daba papá con un par de compras. Incluso invitaba a mis amigas, qué tiempos aquellos, en los que me importaba un comino cuánto gastase y lo que eso implicaba. En realidad no lo echo de menos, pero aquella despreocupación tenía un cierto encanto a pesar de ser fruto del hecho de que no tenía ni idea de qué hacer con mi vida, ni de la vida en general.

Ahora no soy la cliente. Ya no vengo a gastarme el dinero sin control. Yo estoy al otro lado de la línea: soy la que vende a las muchachitas y la que tiene que aguantar los caprichos y tonterías de los clientes tiquismiquis. Trabajo en el Sephora de la Quinta Avenida, y aunque a veces me dan ganas de sacarle la lengua a la gente y mandarlos a paseo, me encanta este trabajo.

—¡Es increíble! Con lo horrible que es mi color de ojos —dice la cliente a la que estoy atendiendo en estos momentos, y sonrío de oreja a oreja. Es una chica de unos veinte años, con el pelo recogido en una coleta, que viste como si siguiéramos viviendo en dos mil diez—. ¿Cómo lo has hecho?

—Es fácil, solo hay que usar el color adecuado. El verde intensifica el color de tus ojos, ¿lo ves? —Le pongo el espejo delante y le levanto un poco el mentón para que la luz de los focos le dé en la cara—. En realidad es un color precioso y con muchos matices.

—¡Parecen verdosos!

—Ese es el truco.

—¿Qué truco? ¿Cómo lo has hecho?

—Yo no he hecho nada, tú tienes unos ojos muy bonitos y esta sombra los destaca aún más.

Ella me sonríe con los ojos brillantes y se sonroja un poquito, mirándose al espejo con ilusión. La pobre ha venido desesperada, buscando maquillaje para la segunda boda de su madre. Me ha estado contando su drama y lo he comprendido a la perfección. Quiere ir resplandeciente, pero no se ha maquillado en su vida, así que le enseño un par de trucos. Cuando se va, se lleva un juego completo de maquillaje, con iluminador incluido.

— Tres puntos para Amber! —celebro aprovechando que no pasa nadie por la caja.

—Amber, comprendo que celebrases las ventas al principio, pero ya llevas dos años aquí... —dice la encargada.

—Llavis dis i nis iqui —le respondo. Margaret se ríe. Ya me conoce y s e que en el fondo le encanta que haga esas cosas. Sabe que me esfuerzo mucho aunque solo tenga medio turno, y lo aprecia.

—No te lo creas demasiado, no vayas a relajarte —me responde ella amenaz ndome con un rímel.

La verdad es que esto no se me da nada mal esto de vender. No es que eng e a la gente, pero soy convincente y s e qué cosas les van a quedar bien —gracias por tanto, tutoriales de Youtube—, así que siempre consigo venderles más de lo que querían comprar en un principio. Y eso sin contar que mi encanto arrebatador les aturde y hace que bajen las defensas. Bueno, tal vez soy un poco manipuladora, pero en eso se basan las estrategias de marketing, al fin y al cabo, en hacer que la gente compre más de lo que necesita, aunque me gusta pensar que las cosas que les vendo les hacen felices... al menos un poquito.

—Oye, Margaret,  puedo ir al baño? Me estoy haciendo pis desde hace dos horas. —No es verdad, pero me apetece descansar y yo no tengo la excusa del tabaco como alguno de mis compañeros, que se pasan la vida haciendo paradas con los malditos cigarritos.

—Ve, pero no tardes demasiado, est  entrando más gente.

— A sus órdenes! —le digo llevándome la mano a la frente en un saludo militar.

En el baño me encuentro a Diane. Es una de las compañeras con las que más trato tengo. En el último año nos hemos hecho muy amigas y hasta

quedamos para salir. Está delante del espejo, arreglándose el maquillaje mientras pone las caras horribles que todas ponemos cuando nos aplicamos el rímel.

—¡Hola, Amber! —exclama al verme—. Qué bien que vengas, quería hablar contigo. ¿Tienes planes para el fin de semana?

Me acerco al espejo y me arreglo el pelo. Sigo llevándolo largo, y pelirrojo, por supuesto. Mi melena es una de las cosas que más me siguen gustando de mí misma, pero a estas alturas, por suerte, la lista se ha ampliado. He aprendido a apreciar más mis capacidades y ahora me siento mucho más segura en general. Ya, antes parecía muy segura, pero en realidad no tenía ni idea de hacia dónde iba, ni de lo que quería. Las cosas han cambiado mucho durante estos años.

—Sí, he quedado con Mike, ¿querías que saliéramos? —pregunto mirándola a través del reflejo. Diane pone un mohín, pero enseguida sus ojos se encienden con un brillo pícaro.

—¿Entonces vais en serio?

La miro directamente, levantando una ceja exageradamente y torciendo la boca.

—Tía, ¿de verdad? Hace más de dos años que estamos juntos, ¿es que no me escuchas cuando te hablo?

—¡Claro que te escucho! Pero pensaba que solo salíais de vez en cuando.

Suspiro melodramáticamente y vuelvo a mirarme al espejo para retocarme el pintalabios. Este color rojo me encanta y me interesa más que la conversación que estamos teniendo. Diane nos ha visto salir juntos incluso, pero no se entera de nada porque cuando salimos siempre acaba demasiado borracha para acordarse.

—No, somos novios, es formal. De hecho, estamos prometidos —le digo mientras me doy ligeros toques con la barra de color en los labios.

El grito de Diane me hace dar un respingo. La muy loca da saltitos y me mira con los ojos brillantes de emoción como si le hubiera dicho que le acaban de caer dos millones en la lotería.

«¿Qué le pasa a esta? Ni que fuera a casarse ella».

—¡No me lo puedo creer! ¿Desde cuándo? —me pregunta tras abrazarme y estrujarme como si fuera un peluche.

—El fin de semana pasado —respondo, arreglándome la camisa que acaba de arrugarme—. Mira que eres exagerada.

Diane frunce el ceño y se aparta de mí. Me mira extrañada.

—No parece que te emocione mucho.

—Tampoco es algo tan emocionante. O sea... llevamos ya mucho tiempo juntos, es el paso natural —le digo encogiéndome de hombros—. Mike es el hombre perfecto para mí, no deberías sorprenderte tanto. Era algo que iba a pasar tarde o temprano.

Diane suspira con ojos soñadores. Yo nunca le he conocido una pareja estable, pero siempre está hablando de su boda y de los hijos que tendrá. Me recuerda un poco a mí hace unos años, y la verdad es que yo ahora tengo la cabeza en otras cosas, ya no me sobra tanto tiempo para montarme ese tipo de películas.

—Es cierto, es tu hombre ideal. Tienes mucha suerte, Amber. ¡Espero que me invites! —dice, aún ilusionada—. Nos vemos luego —dice antes de salir del baño.

—Sí, claro, serás dama de honor —le digo a la nada.

Me quedo sola y decido aprovechar unos minutos más. De pronto no tengo muchas ganas de salir y hablar con nadie. La conversación con Diane me hace pensar en Mike y en lo que está sucediendo en mi vida.

«Es cierto, debería estar emocionada y sentirme afortunada pero...».

Me miro las manos. Ni siquiera llevo el precioso anillo de oro blanco con diamante incluido que me regaló. Debió suponerle un esfuerzo, es una joya carísima, y la verdad es que me da miedo perderlo mientras trabajo. O peor, que me lo roben.

«Es por eso. No tengo por qué sentirme mal. A la salida del trabajo me lo pongo».

Suspiro y saco el móvil, metiéndome en uno de los baños y cerrando la

puerta. Me siento sobre la tapa cerrada del inodoro y durante un rato miro las fotos que nos hemos hecho Mike y yo sintiéndome un poco culpable.

Ahí está, con su mirada un poco tímida y las gafas que se pone cuando se cansa de las lentillas. Lo tiene todo: es inteligente, imaginativo y muy humilde, además de amable. Mike es lo que comúnmente se conoce como un cerebritito, un nerd de manual, si no fuera porque es guapo, sería el típico empollón que siempre sale en las películas, al que todos le dan de collejas. Le conocí mientras estudiaba la carrera de Ingeniería Electrónica. Durante el segundo año me enamoré de él, y no paré hasta conseguirlo. Fue algo arduo, nunca me ha costado tanto conseguir que un chico se entere de que estoy por él... me planteé ir a clase con un cartel de neón sobre mi cabeza en el que pusiera: Me gustas, Mike. Por suerte, al final no hizo falta y se dio por aludido solito cuando le asalté en el pasillo para besarle delante de todo el mundo. Pero incluso así me costó convencerle de que aquello era verdad y yo estaba por él. Es tan humilde que no se entera de cuándo le gusta a una chica.

En fin, la cuestión es que comenzamos a salir al poco tiempo y aquello fue lo que me impulsó a irme de casa definitivamente. Mi relación con papá ya se había enfriado por aquel entonces y tomé muchas decisiones con las que él no estaba de acuerdo, así que al final decidí independizarme. Con mamá la relación está mucho mejor, voy a verla a ella y a su novia en verano, intentó convencerme de que fuera con ellas a Malibú, pero a mí me gusta demasiado Nueva York, tengo mi vida aquí, mis amigos y mis estudios, y además me había salido un novio con el que iba en serio. Así que me busqué trabajos que podía compaginar con la universidad y encontré un piso compartido, en el que estoy viviendo a día de hoy con una compañera medio hippie. Mi vida va viento en popa, estoy encarrilada, terminando mi máster en robótica, que me apasiona, y tengo un novio maravilloso con el que me voy a casar.

Y es cierto, Mike es un hombre ideal. Fue respetuoso conmigo desde el principio, dejó que yo llevase la iniciativa y marcase los ritmos sin sentirse amenazado ni mal, y cuando al fin nos acostamos juntos me di cuenta de que también era un chico muy sexy. Siempre me tiene muy en cuenta, está atento a mis deseos, me respeta y es muy cariñoso, aunque...

«No. No vayas por ahí. Las comparaciones son odiosas, Amber, y muy injustas», me recrimino a mí misma, negando con la cabeza.

No quiero pensar en el pasado. No voy a pensar en el pasado.

Pero mi maldito dedo índice sigue pasando las fotografías, y pronto, las fotos de Mike dan paso a otras, de años atrás, que nunca he sido capaz de borrar de la nube. No sé por qué las mantengo ahí, pero de vez en cuando hago estas cosas: las miro y luego me siento fatal.

«Bueno, solo un poquito. No es nada malo».

Y allí está Eric, con su expresión de tipo duro fastidiado por mis cientos de selfies. Yo salgo siempre en primer plano, sonriendo, con los ojos brillantes y una expresión de absoluta felicidad, y él, detrás, mantiene su pose dura y a veces mira a la cámara como si fuera un lobo. Estamos en el cine, comiendo hamburguesas, en el coche, en la moto de Eric. Estamos...

«Oh-Dios-mío».

Me detengo en las fotos que nos hicimos en uno de los hoteles en los que estuvimos las últimas veces. Estamos desnudos, en la cama, y los poderosos pectorales de Eric se ven en todo su esplendor, maravillosamente tatuados. Podría dibujar sus tatuajes de memoria, aún los tengo claros en mi mente. ¿Por qué guardo estas cosas? Debería descargarlas en una tarjeta y olvidarme de ellas... o directamente borrarlas. Las selecciono una a una, con el nudo que siempre me aprieta el estómago cuando pienso en él.

—Maldito idiota... —susurro, y miro el icono de la papelera.

«Tengo que borrarlas, es lo mejor. Ni guardarlas en tarjetas ni nada. Apartarlas de mí como si fueran droga y yo un ex-adicto».

Me muerdo los labios, y un absurdo alivio me asalta cuando oigo el golpeteo en la puerta y me guardo el móvil sin borrar ninguna fotografía.

—Amber, ¿estás bien? Estás tardando mucho. —Es Margaret, y parece preocupada.

—¡Sí! Es que no es pis.

—Ah, disculpa. Te espero fuera.

—¡Ya mismo salgo!

Recomponiéndome, salgo a la tienda y ocupo mi puesto. Pronto estoy liada con otra clienta, enseñándole los iluminadores y correctores que tenemos. El nudo en mi estómago casi se ha desvanecido. Solo ha sido un momento de debilidad, nada más.

Tampoco es tan terrible, es un recuerdo del pasado, un poco de nostalgia, y no va a impedirme caminar hacia mi futuro con Mike, el hombre más maravilloso y atento que he conocido en mi vida.

Capítulo 1

Mike

Amber

Es sábado y esta noche voy a cenar con Mike. Me gustaría poder traerle a mi casa, pero a la porreta de mi compañera de piso le gusta llenarlo todo con el desagradable olor de la marihuana, y eso no me hace sentir cómoda, así que solemos salir por ahí o ir a casa de él cuando tenemos la ocasión.

No es que me avergüence de Sally —bueno, a veces un poco—, a pesar de su extraño interés en intoxicarse y su dudoso gusto para la música, es una chica maja y muy agradable con la que la convivencia es fácil. Al principio me resultó complicado vivir con otras personas, yo estaba acostumbrada a hacer lo que me diera la gana en mi casa, mi padre nunca estaba y Rosita nunca se quejaba, pero con mis anteriores compañeras —todas unas petardas—, y con Sally en especial, he aprendido a tolerar las manías, costumbres y gustos de los demás y ahora incluso sé tragarme la bilis cuando algo no me gusta. No es que lo aguante todo, ¿eh? Solo es que hay que ceder en algunas cosas para que la convivencia sea pacífica... y bueno, yo cedo con esto y ella no se queja cuando pongo a Justin Bieber. Sí, queridos, madurar no significa que te deje de gustar el petardeo.

—¿Sally, vestido rojo o verde?! —grito cuando la escucho por el pasillo. Tengo a David Guetta puesto a todo volumen mientras me pruebo cosas delante del espejo y el cuerpo me baila solo.

—Uff... Amber, ¿por qué no bajas un poco eso? —Sally se apoya en el marco de la puerta y me mira con los ojos entrecerrados.

Tiene un pañuelo de colores anudado en la cabeza y las rastas de pelo castaño se escapan de él. Es muy bohemia, al principio no entendía su estilo, pero ahora debo admitir que es original y divertido. La miro a través del espejo, tiene los párpados caídos y los ojos rojos porque ha estado fumando en el salón. «Si me hiciera caso, ganaría en salud», pienso, y me guardo el consejo, no quiero ponerme en modo madre, porque eso nunca nos ha servido de nada y además ella pasa mucho de mí cuando me pongo así. Le sonrío y me

doy la vuelta, enseñándole un bonito vestido rojo con vuelo en la falda que me compré la semana pasada.

—Te preguntaba si te gusta más este o el verde —le digo señalando la prenda que tengo sobre la cama.

—Ah... el rojo me gusta más —responde con una sonrisa adormilada—. Y además es nuevo... ¿vas a salir con Mike esta noche?

—Sí... —respondo mientras me enfundo el vestido y me lo abrocho. Sally se ha quedado en la puerta y me mira con una expresión rara, como preocupada—. ¿Qué pasa, Sally? ¿Estás bien?

—Sí... sí —responde haciendo un gesto exagerado con las manos, quitándole importancia. Luego frunce el ceño y entra en el cuarto, sentándose en la cama—. Estoy un poco rayada porque han estado llamando al fijo de casa esta tarde... varias veces, y al ponerme no respondía nadie.

«Si estás rayada es por los porros que te fumas, tía», digo para mis adentros, pero a ella le sonrío mientras me peino. Puede que tenga miedo de quedarse sola porque lo del teléfono la ha asustado, pero es una chorrada.

—Seguro que es la compañía de gas, alguna compañía de teléfonos o algo así, a veces las centralitas no funcionan bien. O tal vez es alguien que se ha equivocado de número —respondo restándole importancia—. ¡O un admirador! Seguro que es eso, alguien que no se atreve a decirte que le gustas y que quiere salir contigo.

—Qué tontería... eso ya no se lleva.

Sally se ríe a cámara lenta y se deja caer en mi cama, suspirando. Hace poco lo dejó con su novio. Suele pasar una semana de duelo, pero en cuestión de un mes volverá a tener otro, como siempre, así que no me preocupo demasiado. Mientras me maquillo, charlo con ella de cosas insustanciales y Sally acaba olvidándose del tema del teléfono. Cuando suena el mío compruebo que es Mike. Me está esperando abajo.

—Oye, Sally, tengo que irme ya. Llevo el móvil encima, pero llámame solo si la casa está en llamas o Justin Bieber ha llamado al telefonillo, ¿vale? —Le doy un beso de despedida y ella se ríe tontamente—. ¡Y no fumes más! En serio...

—¡Vete ya! No seas plasta, tía.

Sally me acompaña a la puerta y me echa de mi propia casa dándome un cachete en el culo. Bajo las escaleras apresuradamente, porque mi bloque es tan viejo que no tiene ascensor —cosas de tener un apartamento barato—, y cuando abro la puerta de la calle, ahí está Mike esperándome.

Cuando me sonrío se le marcan dos preciosos hoyuelos en las mejillas y sus ojos azules parecen brillar. Lleva las lentillas, no se ha puesto sus gafas de empollón —aunque estas tampoco le sienten mal—. Tiene el pelo rubio, con el flequillo un poco largo, y se lo ha peinado de manera desordenada, lo que le da un aire atractivo y canalla del que es totalmente inconsciente. Que no tenga ni idea de eso solo le hace más sexy.

—Qué guapo te has puesto —le digo tras hacerle un repaso visual. Se ha puesto unos vaqueros negros ajustados y hasta la camiseta de *Star Wars* que lleva me parece sexy.

—No exageres —responde, apartándose el flequillo de los ojos.

Se ha puesto nervioso, y me encanta. Mike nunca se lo cree cuando le digo que está guapo, y aún a día de hoy parece no terminar de creerse que yo estuviera interesada en él. Supongo que tiene que ver con traumas infantiles. Cuando era niño era gordito y llevaba gafas, lo que era suficiente para que le acosaran en clase, y de adolescente, aunque adelgazó, seguía teniendo gafas y siendo un friki, a lo que se le unió el acné, perpetuando en el tiempo el historial de acoso de sus compañeros. Mike era un nerd, y los enemigos naturales de los nerds siempre han sido los abusones. Creo que le fastidiaron tanto la autoestima que ahora no se cree que nadie le pueda ver atractivo o pueda interesarse en él de ciertas maneras. Pero yo lo hago y me consta que hay otras chicas que también lo hacen.

—¿Sabes que estás muy sexy con esos ataques de timidez? —le digo tirando con suavidad de su camiseta y acercándome a él—. Tú no te das cuenta, pero tienes a media universidad suspirando por tus huesos.

—¿No habrás comenzado a beber sin mí? —me dice levantando una ceja. Siempre que le digo cosas así se le tiñen un poco las mejillas y no sabe cómo reaccionar. Es super tierno—. ¿O Sally ha estado fumando a tu lado?

—Debo estar hechizada por alguno de tus trucos de empollón —

respondo con una risilla y le rodeo el cuello con los brazos para besarle.

Mike me abraza con calidez y su beso se vuelve tierno. Su presencia me hace sentir bien, y durante un instante siento una punzada de culpa. No debería haber mirado las fotos de Eric, eso forma parte del pasado y ni siquiera debería seguir sintiéndome enfadada por lo que pasó. Mike es un hombre sensato, equilibrado y tranquilo, junto a él tengo lo que necesito en mi vida, y ha pasado demasiado tiempo para que ciertas cosas sigan afectándome.

«Cuando vuelva a casa borraré las fotos... Y esta vez va en serio», me prometo a mí misma mientras subo en el Subaru de Mike.

Esta noche vamos a comer ramen en el restaurante japonés al que solemos ir. Mike está enamorado de la cultura japonesa. Ama los mangas y los animes y es un obsesionado de todo lo que tiene que ver con Nintendo. Al principio sus conversaciones me parecían alienígenas, no entendía nada, ni siquiera me importaba, pero desde que comenzamos a estudiar los avances en robótica y a ciertos científicos japoneses en el máster, cada vez estoy más interesada en todo lo que tiene que ver con la cultura oriental. Mike es capaz de hablar durante horas del estilo de vida de los nipones y de su cultura, y debo admitir que aunque al principio me aburría, ahora comienzo a contagiarme de ese interés apasionado.

—¿Cómo ha ido tu semana? —me pregunta después de hacer el pedido al camarero. Nos hemos sentado en el suelo, todo el restaurante es de madera y las mesas son bajas, al estilo tradicional japonés.

—Algo ajetreada en el trabajo, y me he quedado bloqueada con el proyecto de fin de máster, pero estaré más tranquila la semana que viene. Seguro que puedo recuperar.

—¿Es lo de la mano robotizada? ¿Has conseguido programarla?

—No, qué va —resoplo—. Le ordeno que me ponga colorete y me embadurna la cara con la brocha. Creo que la Inteligencia Artificial no es lo mío.

—Llevas poco con eso, verás como encuentras la manera de calibrar bien sus movimientos y programarla. Y de ahí a conquistar el mundo con un ejército de robots solo hay un paso —dice con una risilla.

—Estoy deseando que llegue ese día, conquistar el mundo con un

ejército de manos maquilladoras sería la leche, pero ¿cómo van tus conquistas? Creo que te he fastidiado tu plan con el *Heroes of the Storm* esta semana.

—Seguro que se las apañan sin mí. Tenía ganas de verte y de desconectar un rato de todo —responde con una sonrisita.

Mike es un jugón, le encantan los juegos online y participa en torneos de e-sports, no es que se lo tome como un profesional, pero escucharle dirigir a sus compañeros cuando juegan es muy gracioso... parece que estén en una guerra de verdad y a veces se enfadan como si les fuera la vida en ello. Eso tampoco lo entendía hasta que comencé a jugar con ellos, ahora me temen por mis explosiones violentas cuando perdemos una partida, y no quieren enfrentarse a mí porque siempre les gano.

—Eso suena a que no has tenido muy buenos días... —le digo preocupada.

—Hemos tenido varios ataques en la empresa esta semana. Siempre que el sistema está en peligro es una locura, ya lo sabes. He pasado un par de noches pegado a la pantalla y he acabado un poco saturado.

—No sé cómo aguantas esa presión. Si yo fuera la responsable de la seguridad cibernética de algún sitio seguro que los servidores explotaban y se colaban millones de virus y hasta se contagiaban los trabajadores.

Mike se ríe y niega con la cabeza. El pobre no parece cansado, a pesar de que a veces tiene que trabajar durante las noches o muchas horas seguidas. La empresa para la que trabaja es una empresa de finanzas y es muy importante proteger la seguridad de sus datos, y Mike es el responsable de ello.

—Estoy seguro de que serías muy buena, los virus huirían de ti solo por no enfadarte.

—Como tus amigos del *League of Legends*.

—No seas cabrona. Les das buenas palizas y no están acostumbrados.

—Tus amigos son muy frágiles, pobrecitos.

Nuestros platos llegan y seguimos conversando sobre nuestras rutinas, las clases y el trabajo. Hablamos también sobre las series que hemos visto esta semana y las películas que tenemos planeado ir a ver al cine. Es Mike el

que termina sacando el tema del que deberíamos estar hablando sin parar: nuestra futura boda.

—¿Tienes alguna idea de cómo hacerlo? ¿Alguna preferencia... algo que te haga ilusión? —me pregunta, y yo tengo que rumiar bien la respuesta.

«Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza», pienso con cierta culpabilidad. La verdad es que me da mucha pereza todo el tema.

—No... la verdad es que no —respondo frunciendo el ceño—. ¿Eso está mal? Tal vez debería centrarme en eso y...

—No, no —me dice agarrándome la mano y dándome una palmada tranquilizadora en el dorso—. No está mal, y no te preocupes, no es solo cosa tuya. Lo iremos pensando. Además... yo aún no les he dicho nada a mis padres.

—Uf... yo tampoco —digo con un suspiro.

Los dos nos miramos un momento, cayendo en la cuenta de que tendremos que conocer a nuestras respectivas familias, y Mike tampoco parece muy cómodo con la idea.

—No sé qué vas a pensar de mis padres cuando les conozcas —dice preocupado—. Son un poco... excéntricos.

Ese comentario me hace reír y Mike me mira extrañado.

—Qué inocente. Lo tuyo va a ser peor, Mike. Mi madre es una obsesa del fengshui, el yoga y las plantas medicinales, querrá limpiarte el aura en cuanto te vea y te llenará la cabeza de teorías conspiranoicas. Y mi madre es la normal de mi familia. Mi padre es un empresario muy ocupado como para enterarse siquiera de que su hija va a casarse. Él es un témpano y un hueso duro de roer, y aunque yo le importe un comino te hará pasar por un tercer grado para adivinar si tus intenciones conmigo son serias o no, porque es la única manera que tiene de compensar su sentimiento de culpabilidad por ser un padre pésimo —suspiro. No me gusta ocultarle cosas, pero no le puedo decir que en realidad es un mafioso y que ha amasado su fortuna metiéndose en asuntos turbios, preferiría que eso no tuviera nada que ver con nuestra vida. Pensar en mi padre me amarga, hace mucho que no le llamo y tampoco tengo ganas de hacerlo para contarle nada—. Estamos bastante distanciados desde hace algún tiempo.

Mike no parece asustado. Lo que le estoy diciendo, más que asustarle, parece entristecerle, pero pronto esboza una sonrisa y niega con la cabeza.

—No te preocupes, todo irá bien. Al fin y al cabo, no es con ellos con quien debemos convivir, solo será un trámite y seguro que es menos horrible de lo que esperamos.

—A veces no entiendo que seas tan optimista —replico medio en broma—. No hay ninguna razón para serlo en este caso, al menos por parte de mi familia: es un desastre. Hazte a la idea.

—Prefiero ser optimista a centrarme en lo negativo. Además, así podemos vivir con alegría estos últimos días antes del apocalipsis, de nada nos va a servir estar amargados, el fin del mundo llegará igual.

Abro mucho los ojos y le miro sorprendida.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas? —pregunto alterada, pero Mike se ríe.

—Es broma, es broma.

Le doy un puntapié por debajo de la mesa —flojito—, y él se ríe con más ganas.

No me gusta que diga esas cosas, el tema del apocalipsis me da miedo. No quiero que el mundo se acabe, me gusta mucho el mundo y ahora también me gusta mi vida, no quiero que esta racha de suerte termine.

No volvemos a sacar el tema y mientras terminamos la cena hablamos de cosas menos serias. La velada está siendo agradable y me olvido de las preocupaciones, Mike tiene un carácter ligero y siempre tiene temas de conversación, pero lo mejor es que sabe cuándo quedarse callado y cuando decir las cosas, y qué decir exactamente para que dejes de preocuparte por nada.

Salimos del restaurante. Nos hemos pasado comiendo, como siempre que vamos al japonés y Mike se emociona pidiendo, pero estoy satisfecha, ahora solo tengo ganas de ir a casa de Mike y pasar la noche con él, viendo series y prestándonos toda la atención que no hemos podido prestarnos durante la semana. A Mike no le gusta demasiado salir, es un chico tranquilo que disfruta de los pequeños placeres, así que cuando quiero salir siempre llamo a mis amigas, para él me reservo las noches de manta y sofá, las tardes de

videojuegos y las mañanas perezosas en la cama después del revolcón mañanero. Supongo que es una rutina, pero no todas las rutinas son malas. De hecho, la vida con Mike me aporta tranquilidad. No hay grandes sobresaltos, y eso es bueno.

Mike entra en el Subaru y me siento en el copiloto.

—¿No quieres conducir tú esta noche? Echo de menos temer por mi vida —dice mientras mete las llaves en el contacto. Le doy una palmada en el hombro, poniéndole morritos.

—No digas tonterías, yo conduzco mejor que tú —replico.

—Es verdad, pero eres una temeraria, deberían darte un papel en *Fast and Furious*.

Mike se ríe. Yo me río. Y entonces escucho un sonido familiar que me congela la risa en la garganta. Un chasquido, un repiqueteo metálico que me detiene la sangre en las venas y hace que descienda repentinamente hasta mis pies.

—Pásate al asiento de atrás, y no digas una palabra. Si gritas te pego un tiro —dice una voz dura, sin elevarse, fría como un tímpano.

Desde mi asiento, veo la mano y el brazo del hombre que está encañonando a Mike, y un torrente de recuerdos me golpea y me deja sin aire momentáneamente. La luz blanca en la nave, los instrumentos punzantes sobre la mesa, los hombres armados, el sonido de las balas estallando alrededor y el miedo paralizante.

«No... otra vez no. ¡Otra vez no!».

Debo ser gafe, sin duda es eso. Basta que piense en lo afortunada que soy y lo bien que me va la vida para que aparezcan tipos armados de debajo de las piedras, no vaya a ser que olvide mi origen y la profesión de mi padre y crea que puedo dejar eso atrás.

«Papá, ¿en qué te has metido esta vez?».

Mike obedece, mirándome con el rostro pálido mientras se pasa al asiento de atrás y el tipo sube en su lugar.

—Tú quédate ahí, y no intentes nada —me advierte—, o nos cargamos a tu novio.

Las puertas de atrás se abren y dos hombres más, vestidos de negro, con el pelo corto y castaño, se sientan junto a Mike, rodeándole. Les miro a través del retrovisor, no parecen los hombres de los Kovalenko, pero podrían serlo. Mi padre tiene demasiados enemigos para que yo pueda reconocerlos a todos. El tipo que se ha sentado al volante tiene el pelo castaño, y le clarea por la coronilla, me quita el bolso de un tirón y coge el móvil y la cartera de Mike cuando sus compañeros se los pasan.

Intento mantenerme fría, pero Mike está nervioso, le oigo respirar aceleradamente. Los hombres que le rodean van armados también.

—¿Qué está pasando? ¿Qué queréis? —pregunta Mike, alterado, mientras yo pienso a toda prisa.

Los hombres no responden. El coche se pone en marcha y tomamos la calle principal. Durante un rato de tenso silencio me limito a tener la vista fija en las calles y a memorizar los sitios por los que pasamos, manteniendo a raya el pánico que amenaza con paralizarme. El corazón me palpita en los oídos, que me zumban.

«Nos están llevando hacia el exterior».

Las calles son cada vez más oscuras y desiertas, el conductor acelera cuando tiene la oportunidad, pero en un cruce se ve obligado a parar, y el tiempo parece hacerlo también.

«No han cerrado el seguro».

Estoy pensándolo cuando mi cuerpo ya está actuando. El miedo hace que mi corazón lata acelerado y que todo se vuelva irreal. El coche está en marcha, y yo abro la puerta y me arrojo a la carretera, rodando por los suelos y raspándome las piernas hasta que un coche aparcado detiene mi cuerpo. Ni siquiera me duele. Tengo que reaccionar deprisa.

«Van a disparar».

Agazapada, casi cayéndome al levantarme y correr hacia el lateral del coche, espero oír el sonido de los disparos y corro hacia las calles contiguas sin mirar atrás. Los disparos nunca llegan y yo avanzo con todas mis fuerzas, girando por las esquinas y perdiéndome en las callejuelas oscuras en una carrera desesperada.

Me detengo cuando un pinchazo me atraviesa el costado. Jadeando, me apoyo en la pared de ladrillos de un edificio de apartamentos. El callejón está vacío y oscuro y me oculto detrás de un montón de cajas de cartón apiladas. Creo que les he despistado, he conseguido huir, pero Mike se ha quedado con ellos. Cuando pienso en eso, la angustia casi me hace vomitar la cena.

«Querían secuestrarnos... no le matarán si no me tienen, él es el seguro, y está claro que venían a por mí. Esto tiene que ver con mi padre».

—¡Maldito Donovan! —digo entre jadeos.

Me paso las manos por el pelo y trato de recuperar el aliento. Siento un alivio indescriptible al buscar el móvil en mi cazadora y encontrarlo en el bolsillo, donde suelo llevarlo. Me han quitado el bolso pensando que llevaba todo en él, los muy cretinos. Busco el nombre de mi padre en la agenda, con las manos temblorosas. Ahora estoy más furiosa que asustada, y aprieto el móvil con fuerza, imaginándome que es el cuello de mi padre.

—¡¿Qué es lo que has hecho?! —exclamo cuando escucho que descuelga al otro lado—. ¡Han secuestrado a Mike!

—Calma, Amber —responde mi padre. Su serenidad me pone aún más nerviosa—. ¿Quién es Mike? ¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Mike es mi novio! Estábamos cenando en un japonés y nos han encañonado al salir. He conseguido escaparme, pero le tienen a él, ¡se lo han llevado, papá!

—Llama a Eric —me responde con frialdad.

—¡¿Qué?! ¡De eso nada! Es tu culpa, tú eres el responsable de esto, papá, ¡solúcionalo!

—No puedo solucionarlo, no estoy en Nueva York.

—¡¿QUÉ?!

No puedo creerlo. No, lo peor es que sí puedo creerlo. Es Donovan, todo lo que hace nos salpica al resto, y estoy harta de que esto ocurra. ¿Cómo voy a solucionar esto? ¿Cómo voy a sacar a Mike de este lío en el que le he metido? ¡No! ¡Él le ha metido en este lío! Es culpa suya.

—Es lo mejor para todos, Amber, confía en mí.

—¿Qué confíe en ti? ¿Cómo tienes la cara dura de pedirme eso, papá?

—Solo hazlo.

—¿Qué es lo que está pasando, papá?

—Llama a Eric y ponte a salvo.

—¡Papá! ¿Por qué no me has avisado de esto?—Le oigo suspirar al otro lado de la línea, comienza a pronunciar mi nombre, pero le corto—. Vete a la mierda. Yo lo arreglaré.

Le cuelgo, furiosa, y abro el Google Maps para buscar la comisaría más cercana. Me dirijo allí cuando soy capaz de respirar sin sentir el pinchazo en el costado, pisando con rabia como si estuviera caminando encima de Donovan. De pronto, el sonido de una notificación me hace mirar el chat de mi padre. No dice nada, solo me envía un número de teléfono: el de Eric. Me detengo ante la escalinata que da acceso a la comisaría. Hay gente entrando y saliendo, y miro a mi alrededor, sintiéndome perdida de pronto. Mi mente se convierte en un avispero de dudas de repente.

«No quiero llamar a Eric... He dejado a Mike tirado en el coche, con esos secuestradores. Soy lo peor. ¿Cómo voy a explicárselo?».

Me aparto de la escalinata y me refugio en el lateral del edificio, sintiendo que mis nervios están a punto de estallar. Cuando la horrible posibilidad de que maten a Mike por mi culpa me pasa por la cabeza, rompo a llorar, cubriéndome el rostro con las manos.

«Espero que esté a salvo. Por favor... por favor, Dios, que esté a salvo». Lo repito entre susurros sin darme cuenta, sintiéndome sola y desvalida, indefensa como cinco años atrás, cuando aquellos hombres me metieron en el coche y me llevaron a la nave abandonada.

Odio sentirme así, el suelo parece hacerse blando e inestable y el mundo me aterroriza de pronto. Lo odio. No quiero volver a sentirme así. Ya no soy una cría asustadiza e inmadura, no quiero volver a sentirme pequeña como entonces. Ya no soy así. Pero estoy aterrada.

—No, Amber —digo en voz alta, tomando aire con un resuello y peinándome el pelo con los dedos—. Ya no soy la de entonces. Soy una mujer, tengo formación, soy capaz de pelear, de defenderme y de solucionar mis

propios problemas. Y es lo que voy a hacer.

Escucharme decir eso me aleja del ataque de ansiedad que estaba a punto de sufrir. Me lo tengo que recordar en una situación así: ya no soy la misma, y no soy una niña. Tomo aire profundamente y trato de despejar la cabeza de las posibilidades más horribles, centrándome solo en lo inmediato.

«El móvil de Mike tiene localizador», recuerdo, y comienzo a hilar con más sentido mis pensamientos al rearmarme. «La policía no es una opción, me harán preguntas, averiguarán de quién soy hija y me retendrán, no podré hacer nada».

Vuelvo a mirar el móvil. No quiero hacerlo, pero Eric es mi única opción. Es mi única esperanza, no puedo acudir a nadie más. Tomo aire, nerviosa, sintiendo que los recuerdos se me agolpan en la cabeza cuando aprieto el botón de llamada. Cada tono sin respuesta me golpea en los nervios y me cierra el estómago. No va a cogerlo, no va a responder, porque tiene mi número y cree que le llamo por otra cosa. Pasan cinco tonos y siento que voy a volver a echarme a llorar de desesperación cuando, al sexto, el silencio al otro lado me hace tomar aire con un extraño alivio.

—¿Eric?

—Sí, ¿qué quieres? —responde distante y frío.

—Eric, han secuestrado a mi novio. —Silencio al otro lado—. ¿Eric?

—¿Estás de broma? ¿Es otro de tus trucos? —dice al fin.

—¡No es ningún truco! —respondo alzando la voz más de lo que quería. Me pone furiosa, ¿por qué tiene que ser así? ¡Nunca he jugado con cosas tan serias!—. ¡Te lo estoy diciendo en serio! Nos han encañonado a la salida del restaurante donde cenábamos. Él sigue con ellos, yo he conseguido escaparme. Mi padre no quiere hacerse cargo de esto y necesito ayuda para solucionarlo.

—Vale, vale —replica. Por lo visto me ha creído después de la retahíla que le he soltado—. Te enviaré a alguien para que se encargue.

—¿Qué? ¿Tú también te vas a escaquear? Mi padre me ha dicho que te llame a ti.

—Dadas las implicaciones entre tú y yo, es mejor que no sea yo quien se haga cargo. Tengo una socia muy preparada, ella podrá ayudarte tan bien

como yo lo haría.

Resoplo. Lo que está diciendo me pone más furiosa aún. El miedo y todo el agobio que sentía se ve barrido por el enfado que me provoca su negativa. Su negativa y lo de su «socia». ¿Desde cuándo tiene una socia?

—¿Qué socia?

—Mi socia —responde cortante.

—¿Y quién es esa mujer si puede saberse?

Estoy celosa. Maldita sea. ¿Cómo puedo estar celosa? Son demasiadas cosas para una sola noche, ¡para una sola hora! ¡Han secuestrado a mi novio! No puedo estar celosa. Pero lo estoy. Se me llevan los demonios.

—No es de tu incumbencia.

—Ya, claro, lo que tú digas. ¿Y por qué no puedes hacerte cargo tú? ¿Qué implicaciones hay entre tú y yo?

—Emocionales, Amber.

—Tú y yo hace tiempo que no tenemos nada. No somos nada, si es que alguna vez lo fuimos.

Al otro lado se hace un silencio denso. Solo le oigo respirar, y siento una felicidad absurda al imaginarle apretando la mandíbula y maldiciendo mentalmente. Lo que le he dicho le ha llegado, pero es la verdad.

«Te jodes, es cosa tuya».

—Tienes razón —dice al final—. Hablaré con Donovan.

—¡De eso nada! Esta vez no voy a ser la damisela en apuros. No quiero que hables con mi padre a mis espaldas y que decidáis las cosas solos.

—Tengo que hablar con él de todos modos, a no ser que tengas pensado pagarme tú los honorarios —replica con un tono impaciente y duro.

—Yo te pagaré —respondo casi sin pensar. Eric se queda callado otra vez. Eso no se lo esperaba. Y yo tampoco, la verdad, voy a quedarme arruinada, pero me da igual, esta vez no voy a permitir que nadie pisotee mi dignidad. Estoy harta de papá y de su dinero.

—Está bien. Saldré ahora mismo hacia allí. Te voy a dar una dirección,

quiero que la anotes, que vayas allí y le pidas la llave a Stewart, él es mi vecino, tienes que decirle que vas de mi parte y darle un código alfanumérico que voy a dictarte. ¿Tienes algo para apuntar?

—Sí... sí —respondo, poniendo el manos libres y buscando el block de notas en el móvil—. Te escucho.

Apunto los datos que me da. Me tiemblan las manos, pero pongo toda mi atención en hacerlo bien y en registrar el código. Me esfuerzo en memorizarlo por si algo fallase.

—Asegúrate de que nadie te sigue y espera en el apartamento hasta que llegue. Estaré en Nueva York mañana por la mañana. ¿Lo has entendido?

—Sí. —Un silencio se hace en la línea de nuevo. Quiero darle las gracias, pero la voz se me traba en la garganta. Cuando consigo tomar aire, al otro de la línea el sonido intermitente me indica que Eric acaba de colgar—. Gracias... —susurro.

...

El tal Stewart ha sido muy amable. Es un señor que debe rozar los sesenta años y tiene rasgos orientales. Se ha alegrado de verme como si yo fuera familia de Eric o algo así, y también se ha mostrado muy preocupado. Eric debe tenerle bastante confianza como para haber establecido esta clase de códigos con él, pero eso también me hace preguntarme a cuántas chicas ha refugiado en su piso.

«Eso es una tontería, Amber, ¿qué te importa? Además, su trabajo le habrá obligado a proteger a más personas que a ti, sean chicos o chicas da igual».

Al entrar en el piso no puedo evitar sentirme extraña. Eric nunca me trajo a su casa, y yo tampoco se lo pedí, era una especie de acuerdo tácito, como si los dos hubiéramos decidido no cruzar ciertas líneas.

«No, en realidad lo decidió él. No dejaba de poner excusas, no dejaba de trazar esas líneas».

Pero aquí estoy yo, metiéndome de pleno en su casa, zambulléndome de cabeza en los recuerdos del pasado sin poder evitarlo. Hace unas horas quería borrar sus fotos y ahora estoy en su casa, como si el destino lo hubiera querido

así para ponerme a prueba. Maldita sea.

El departamento es pequeño y cuando enciendo la luz del salón veo que todo está pulcramente ordenado. La cantidad de libros que hay en los estantes me sorprende, alguna vez he visto leer a Eric, pero no imaginaba que tuviera esta biblioteca en su casa.

«Tan poco nos conocemos...».

Hay un sofá en el centro, una barra americana que separa la cocina del salón, y un televisor de plasma que me devuelve mi reflejo oscurecido. En una mesita auxiliar hay varias fotografías en sobrios marcos cromados. No debería hacer esto, pero no me siento con fuerzas para resistirlo, y cojo las fotografías para mirarlas mientras se me hace un nudo amargo en el estómago, contribuyendo a la amalgama de sentimientos desagradables que se agitan en mi interior. La media sonrisa de Eric en las fotografías me parte el corazón, en una de ellas tiene a un perro lanudo en brazos y hay un brillo de ternura en sus ojos que a duras penas logré entrever durante nuestra extraña relación. En otra fotografía está con más gente, creo que es su familia, un señor de aspecto afable, y una chica a la que le pasa el brazo por el cuello mientras ella mira enfadada al objetivo. «¿Será su hermana?», tiene que ser ella, aunque no hemos hablado apenas sobre su familia, solo sé que su padre es ebanista y que ahora viven en California.

Me he sentado en el sofá sin darme cuenta y mientras miro las fotos el nudo se hace más tenso y cada vez me siento más agotada y desanimada. Es como si el tiempo volviera atrás, amenazando con transformarme en aquella niña desvalida que fui, en desatar el torrente de sentimientos ocultos que por lo visto aún tengo dentro.

Dejo las fotografías en su sitio y me meto en la única habitación que encuentro. La cama es amplia, está hecha y todo huele a limpio, solo hay un poco de polvo sobre los muebles por el tiempo que hace que la casa no está habitada, pero eso no me molesta. Abro una de las cómodas y cojo una camiseta, es negra y sin adornos, tan sobria como suele serlo el estilo de Eric. Me tiemblan las manos cuando me desnudo. Tiro el vestido roto sobre una silla y me la pongo. Tengo la sensación de que su perfume está impregnado en todo: en el ambiente, en la camiseta, en la cama cuando abro las sábanas para meterme dentro. El recuerdo de su perfume es tan intenso que por un momento tengo la sensación de que está aquí, en la misma habitación que yo.

«Dios mío... ¿por qué estoy pensando en esto? Mike está en peligro, han secuestrado a mi novio, no sé qué voy a hacer... ¿y no puedo dejar de pensar en Eric?».

Las lágrimas me anegan los ojos y cuando quiero darme cuenta he roto a llorar y me he abrazado a la almohada que huele a Eric. ¿Cómo puedo ser tan inconsciente? La situación es grave, no sé dónde está mi novio ni lo que le estarán haciendo, y sin embargo, cuando Eric se cruza en mi vida todo parece quedar en un segundo plano. Los recuerdos me invaden la cabeza y no puedo dejar de hacerme preguntas. ¿Por qué soy tan egoísta? ¿Es que no he cambiado nada en todo este tiempo?

Me limpio las lágrimas con rabia, tumbándome boca arriba y tomando aire con fuerza. No puedo permitir que el pasado entorpezca lo que ahora tengo que hacer, y lo que tengo que hacer es lo correcto: rescatar a Mike.

Y cuando eso suceda, cuando estemos a salvo, podré dejar a Eric definitivamente donde tiene que estar: en el pasado.

Eric

Durante cinco años ha sido fácil mantener mi propósito. No responder a las llamadas de Amber ha sido fácil, sobre todo, porque no me ha llamado hasta ahora. Han bastado seis tonos para que respondiera. Pensaba que tenía esta mierda superada, pero aquí estoy, dispuesto a dejarlo todo de nuevo para acudir a ella, como hace cinco años.

Debo ser idiota para aceptar este trabajo, y para aceptar que ella me pague, pero no solo se trata de Amber. Como aquella vez en la que recibí la llamada de Patrick y Donovan me pidió que rescatase a su hija, es algo incuestionable: tengo que hacerlo, es lo correcto, más allá de toda implicación. Y tengo que hacerlo aunque me joda. Soy un hombre adulto, y hace tiempo que no somos nada. Nunca lo fuimos, ¿no? Podemos gestionar esto.

—¿Y esa cara de amargado?

Esa es Grace. Grace es mi hermana, y se parece mucho a mí, solo que obviamente es una chica. Tiene cuatro años menos que yo y me llega por la barbilla, pero podría darme una paliza a mí y a cinco tíos como yo.

Llevo una temporada en casa, intentando poner las cosas en orden con

mi familia. Mi padre tiene ya una edad y tengo que aprovechar cuanto pueda, pero las cosas con mi hermana siempre han sido algo difíciles.

Grace y yo tenemos una relación algo tensa. Sé que no confía en mí, que no entiende por qué a veces desaparezco de sus vidas, y que no me perdona algunas cosas, pero hemos decidido colaborar y ahora forma parte de mi grupo de operaciones especiales. No quiero que haga de las suyas y conmigo puede sacarle partido a sus aptitudes sin meterse en demasiados líos con la ley, y así también intento arreglar un poco la situación entre los dos. Mi hermana hizo del robo su profesión, y es algo que no soporto. Hay muchas cosas que se le dan bien, y ninguna es legal, por eso prefiero tenerla de mi lado, así la mantengo alejada de ciertos líos y enfocada en cosas constructivas.

Iba a enviarla a ella a hacerse cargo de Amber, pero pensándolo bien, es la peor idea que he tenido nunca. Es mi socia, pero es rebelde, indisciplinada, y hará lo que le dé la gana, y no quiero que este asunto se des controle. Es demasiado serio.

—Tengo un trabajo.

—¿Y la partida de Monopoly qué? —Grace arruga la nariz y me mira con fastidio.

—Termínala con papá.

—¿Y Peluso qué?

El perro, que está descansando en su cojín sobre el sofá levanta la cabeza y gimotea. Les miro a los dos sin poder creérmelo. Se han aliado para hacerme chantaje emocional. De Peluso no me sorprende, es un perro muy apegado, pero mi hermana... A veces tiene esos gestos infantiles, aunque ya no sea una niña. No es el Monopoly ni el perro lo que la molesta. Sé que estas cosas la joden, que vaya y venga sin avisar, pero así es la vida y ella sabe de sobra de qué va mi trabajo.

—Aunque ponga esa cara de pena se queda a sus anchas con papá, ha ganado un kilo desde que está en esta casa. Todo eso es cuento.

—Claro, ¿todo te lo va a solucionar papá? Tienes mucha jeta.

Mi hermana se cruza de brazos, mirándome con reproche. Decido ignorar ese comentario, si yo me pusiera a hacerle reproches puede que saliera

perdiendo, pero no es un terreno en el que tenga tiempo de meterme ahora mismo.

—Es urgente, tengo que irme ya.

—Vale —dice dejando los dados sobre el tablero, y se levanta con decisión—. Voy contigo.

—No quiero que vengas.

—¿Qué? Tío, se supone que somos socios, trabajamos juntos y eso —me replica.

Sé que va a ponerse pesada, pero no quiero mezclarla a ella con este asunto. Bastante voy a tener con Amber como para tener que aguantarla también a ella.

—Eso no significa que debamos hacer todos los encargos juntos. Esto es cosa mía, me lo han pedido a mí específicamente, así que no vienes —le digo con dureza.

—En serio, parece que nos tengas alergia. No llevas aquí ni una semana y ya vas a largarte. Te quiero ayudar y te desentendes como si te molestase pasar más tiempo del debido con tu propia familia.

—¿Qué coño tiene que ver esto con mi familia? Es mi trabajo, Grace. No mezcles las cosas. Me voy porque tengo una responsabilidad, y tengo algo que hacer. Y sabes que suele haber cosas importantes en juego, como la vida de personas. No me chantajeas.

Grace me mira cada vez más enfadada. Sé que es inmune a todo. Es cabezota, en eso también se parece a mí, pero no me hace ni pizca de gracia. Me gustaría que por una vez me hiciera maldito caso. Peluso también pone de su parte, levantando sus peludas orejas y ladeando la cabeza con su cara de desvalido que tan bien le funciona con mi padre.

—Puedo ayudarte, lo terminarás antes y podrás volverte y pasar el tiempo que prometiste con tu padre. ¿Ni siquiera vas a esperar a que vuelva del taller para despedirte? ¿Y el perro qué? Ya está viejo, cualquier día se muere y te pillaré fuera de casa.

—No es necesario que me despida. Y Peluso no se va a morir. —La muy maldita está consiguiendo que me sienta culpable, pero no voy a ceder. Yo

no soy quien decide cuándo pasan las mierdas de las que tengo que hacerme cargo—. Díselo tú a papá. Volveré en cuanto lo solucione, y tú te quedarás aquí. Si haces falta para otra cosa te llamaré.

—Claro, lo que tú digas.

No me gusta ese tono. Se ha cabreado, y posiblemente me la guarde, pero me da igual. No tengo tiempo para estas gilipolleces. Me acercó a rascarle la cabeza a Peluso, el animal lloriquea.

«Maldita sea, ¿quién ha aprendido de quién? No me lo ponen nada fácil».

—Venga, no le echés tanto cuento, en unos días estoy aquí. Además, le haces más caso a papá que a mí, esa cara de pena ya no me la trago —le digo al perro, ignorando a Grace que sigue asaeteándome con su mirada acusadora.

Después de despedirme de Peluso subo a mi habitación y me preparo la mochila. No necesito muchas cosas, me vuelvo a mi casa de Nueva York, pero cojo un par de libros para el avión. Me esperan ocho horas de vuelo, así que tengo que darme prisa y llegar al aeropuerto cuanto antes.

Cojo el coche y estoy a medio camino cuando un sonido sospechoso llama mi atención a través del retrovisor. El movimiento repentino a mi espalda me hace dar un volantazo, y me llevo la mano al cinturón, buscando mi pistola instintivamente. Un coche pasa a toda prisa en dirección contraria, haciendo sonar el claxon con furia.

—Me cago en la puta, Grace. ¿Es que estás loca? ¡Casi nos matamos!

—Mi equipaje está en el maletero —dice encogiéndose de hombros y pasándose al asiento delantero—. Míralo por el lado positivo, tendrás compañía en el avión.

—No, nos volvemos a casa.

—El avión sale en media hora, y no hay otro hasta dentro de tres horas, ¿estás seguro? —Grace se acoda en el respaldo de mi asiento y me sonrío.

—¿Y qué hay de papá?

—Le he dejado una nota. Luego le llamaré.

—Joder, Grace. Vas a preocuparle.

—¿Yo voy a preocuparle? No me fastidies. Ya está acostumbrado y no es por mi culpa precisamente.

—No me hagas hablar, Grace.

Maldiciendo, piso el acelerador. Ya no puedo volver a casa y dejarla allí. Si me hubiera dado cuenta antes de que se había metido en mi maletero, la habría despachado, pero no voy a sacarla a patadas del coche y a dejarla en medio de la carretera. Podría, pero es mi hermana.

—Venga, hermanito. No es para tanto. Ya sabes que las cosas te salen mejor cuando estoy contigo.

...

A las once de la mañana llegamos a mi casa. Grace espera con expresión adormilada a que abra la puerta, y entro primero. La casa está en silencio, no parece que haya nadie, pero entonces de pronto alguien se arroja sobre mí.

Intento sacármelo de encima pero me agarra las muñecas y me hace una llave, obligándome a voltearme y retorciéndolas de forma dolorosa. Aprieto los dientes y me preparo para contraatacar, pero entonces me doy cuenta de quién es. He visto el revuelo de la melena roja, y su olor no ha cambiado en absoluto. Sigue siendo dulce, como a chicle y flores.

Grace se está riendo mientras cierra la puerta. Ni se ha molestado en echarme una mano.

Ten hermanas para esto.

—¿Qué coño haces, Amber? —Me la quito de encima y me aparto de ella. Su olor me pone tenso, pero verla me pone aún peor. No estaba preparado para esto y un montón de recuerdos caen sobre mí como una cascada.

Está en bragas, con una de mis camisetas puestas. Y está tal y como la recuerdo. Preciosa, con la melena roja suelta y revuelta y los ojos verdes bien abiertos mirándonos con un gesto desafiante. La camiseta no esconde las voluptuosas formas de sus tetas, y los pezones se le marcan bajo la tela fina.

«Maldita niña».

No, ya no es una niña. Tampoco lo era entonces. Nunca lo ha sido, pero

yo no debería estar fijándome en esto. Sin embargo no puedo evitarlo. Han sido demasiados años solo imaginándola, y resulta que sigue igual que entonces, solo que con un brillo diferente en la mirada. Parece más resuelta y madura.

—¡Me habéis asustado! ¿Qué es eso de entrar sin llamar?

Me froto las muñecas. La muy loca me ha hecho daño.

—¿Cuándo has aprendido a pelear? —le pregunto.

—Hace años que estoy en defensa personal —responde. En su tono intuyo un cierto resquemor, y también en su mirada. Aunque ahí hay algo más.

—Ya veo. No te ha ido mal.

—Claro que no. Me ha ido muy bien, de hecho —replica.

La situación es incómoda. Lo que está pasando es una mierda para Amber, y esto no es agradable tampoco para mí. Me jode que esté pasando por esto, no importa lo que sucediera entre nosotros, pero no puedo evitar que algo se agite dentro de mí cuando la miro. Estamos demasiado cerca, y eso siempre ha sido peligroso, mi cuerpo actúa por sí solo, y siento ese magnetismo irresistible que siempre nos hacía estrellarnos contra el otro... como si no hubieran pasado los años.

Y sé que ella también lo siente. Veo que su respiración se agita y aunque no muestra un rastro de timidez, se le han enrojecido los labios y las mejillas.

—Hola, yo soy Grace, la socia de Eric. Y su hermana, por cierto.

—Hola, Grace... Yo soy Amber —responde ella, apartando la mirada de mí.

Tengo que agradecer a mi hermana que rompa la tensión. Nos apartamos y aprovecho que las dos están presentándose para revisar la casa y buscarle unos pantalones a Amber, intentando sacudirme el hambre de encima.

Tengo que centrarme. La historia no va a repetirse. Nunca hubo historia, ni hubo nada más que esta locura que es tenerla cerca. Me hace perder la cabeza y es algo que no puedo tolerar cuando estoy trabajando. Recuerdo bien por qué decidí irme y no volver a llamarla.

—¡Venga! Hay que ponerse manos a la obra y trazar un plan —me dice

Grace cuando vuelvo y le doy los pantalones a Amber.

Nos sentamos en los taburetes de la barra americana. Una vez vestida Amber, nos pone al día de lo que ha ocurrido. Nos cuenta lo que ha sucedido, el secuestro de ese tal Mike y que Donovan está desaparecido. Amber se ha puesto en peligro con su huída, pero de no haberlo hecho no podría haber pedido ayuda.

—Tu padre ha debido meterse en algo gordo si ha tenido que esconderse —comento con preocupación.

—¿Estás más preocupado por mi padre que por mi novio? ¿En serio? —me reprocha Amber.

«No me jodas...».

—A tu padre le conozco y le respeto —replico—. De tu novio no sé nada, y tampoco me hace falta saberlo. —Ignoro su expresión indignada y sigo antes de que pueda replicar—. Si me preocupo por él o no es lo de menos, tengo que encontrarle, y la clave para encontrarle es tener los datos del vehículo, o esperar. Si le han secuestrado porque quieren algo de Donovan, o de ti, se pondrán en contacto pronto.

—No quiero esperar.

Amber se levanta, y por lo visto ha estado husmeando en mi casa, porque trae una libreta y un bolígrafo del mueble del televisor y allí apunta los datos del coche. Me los tiende, sin abandonar ese gesto desafiante que ha adoptado desde que hemos llegado.

—Bien, dejad que haga unas llamadas —digo quitándole la libreta de la mano. No sé si me molesta que haya estado hurgando en mis cosas. No es que tenga nada comprometedor, pero nunca traje aquí a Amber, nunca quise traerla, como si eso fuera a meterla demasiado en una vida que no le conviene en absoluto.

«Qué más da ahora».

Me voy a mi cuarto y marco el número de Solomon, uno de mis compañeros, sintiéndome aliviado de alejarme de nuevo de ella. Mientras espero a que responda, escucho el parloteo de mi hermana en el salón.

Al final su presencia va a hacerme esto mucho más fácil.

Capítulo 2

Recuerdos

Amber

Grace ha llamado al indio para que nos traigan comida. No he desayunado, y ya es casi medio día, así que lo agradezco. Eric sigue en la habitación hablando por teléfono, y prefiero que sea así. Aún me tiemblan las piernas después de nuestro reencuentro. Esto está siendo muy incómodo y preferiría no haber tenido que llamarle, pero no hay nadie más a quien pueda acudir. Sé que a él no le hace gracia tampoco, pero a mí me hace mucha menos.

—¿Te lo has follado? —La pregunta, tan directa, me deja un momento sin habla, pero estas cosas ya no me asustan.

Grace se parece a su hermano en algo más que en la cara, por lo visto.

—Sí —respondo sin dramas—. Pero hace mucho tiempo de eso.

Ella se ríe de pronto, y la miro extrañada. No he dicho nada gracioso.

—Vaya tela con mi hermano. No conocía esa faceta suya de asaltacunas. ¿Cuántos años os lleváis? ¿Diez, doce... quince?

—No nos llevamos tanto —le suelto a la defensiva. ¿Quién se cree que es? ¿Y qué más le da a ella cuánto nos llevemos?—. Además, somos adultos los dos. Podemos hacer lo que queramos.

—Ya, claro. ¿Y cómo es que no has podido defender a tu novio? —Otra vez, una pregunta directa y sin anestesia. Si voy a tener que aguantar estas cosas de los dos hermanos, me va a estallar la cabeza.

—Ya que eres tan lista y pareces saber tanto, ¿tú lo habrías hecho mejor?

—Claro. Ponte en pie y verás.

La miro con recelo, pero me hace un gesto con las manos, animándome. Me pongo en pie, y entonces se me echa encima. Ni siquiera me da tiempo a

defenderme, cuando quiero darme cuenta estoy contra la barra, inmovilizada.

—¡Me has pillado con la guardia baja!

—Vale, intenta atacarme. —Me suelta, y me hace un gesto para que vaya a por ella.

Intento golpearla, pero Grace es muy rápida, me agarra de los brazos, se da la vuelta y utiliza mi propio peso para tirarme al suelo. Esto debería cabrearme, pero no, me admira lo que es capaz de hacer.

—¡Qué pasada! —exclamo mientras me pongo en pie con su ayuda—. ¿Dónde has aprendido eso? Quiero aprender a hacerlo.

—Ya te enseñaré. Vamos a pasar algunos días juntas, me parece.

—Es genial. Pero eran cuatro, ni tú podrías haberle defendido.

Ella se encoge de hombros.

De pronto mi teléfono suena, y Eric sale de la habitación apresuradamente. Saco el móvil del bolsillo. No conozco el número, pero sé que son ellos, lo sé antes de descolgar y ver que es una videollamada.

Me siento en el sofá con el teléfono en la mano, intentando que no me tiemble. Eric y Grace miran desde atrás, asegurándose de no salir en el enfoque mientras la llamada tiene lugar. En la pantalla les veo: un hombre moreno, vestido con pantalones negros y una chaqueta de piel gris, con gafas de sol para que no le veamos los ojos, y detrás de él está Mike, atado a una silla, con un pómulo morado y los labios sangrando.

«Le han pegado. Dios mío... debe estar muy asustado. Tienes que aguantar, Mike».

Parece aturdido y está con la cabeza gacha, le oigo tomar aire con fuerza, y eso me tranquiliza. El hombre en primer plano se está asegurando bien de que vea cómo está mi novio antes de comenzar a hablar.

—Buenas tardes, señorita O'Connell —saluda con voz fría y plana. El teléfono le da una inquietante resonancia metálica—. Como ve, estoy en buena compañía. Su prometido se encuentra perfectamente, pero no será así por mucho tiempo.

—¿Qué es lo que queréis? ¿Quiénes sois? —pregunto sin poder

disimular mi alteración. No quiero que me vean afectada, pero no puedo evitar el tono cortante y furioso.

—Debe echarle mucho de menos. Escuche bien, señorita O’Connell — responde él, haciendo caso omiso a mis exigencias—. Si quiere volver a ver a Mike tendrá que decirnos dónde está su padre.

—No voy a hacer eso —respondo sin dudar.

El tipo suspira y guarda unos segundos de silencio, levantando la cámara para que vea el estado de Mike. La nariz le está sangrando, y no parece muy consciente de dónde está.

«¡Malditos sean!».

Aprieto los dientes y aguanto las lágrimas con todas mis fuerzas. No puedo soportar verle así, los recuerdos de mi propio secuestro me golpean y asfixian, sé lo mal que debe estar pasándolo, pero debo mantenerme en calma.

—De acuerdo... se lo explicaré para que lo entienda, señorita —dice al fin con un tono de falsa paciencia. No se ha quitado las gafas, y se enfoca la cara esta vez al hablar—. Si no hace lo que le pedimos esto volverá a pasar una y otra vez. Su padre se ha granjeado muchos enemigos a lo largo del tiempo, sé que es consciente de ello, y esta pesadilla para usted y los suyos se repetirá una y otra vez hasta que Donovan O’Connell salde todas sus deudas. Usted, y lo que ama, siempre estarán en peligro a no ser que decida terminar de una vez por todas entregándonos a su padre.

Eric y Grace escuchan en silencio, están de pie tras el sofá y tengo que hacer un esfuerzo por no buscar la mirada de Eric y delatarle. Lo que está diciendo el secuestrador es cierto, todo esto es culpa de mi padre, sus negocios turbios le han puesto en contra de muchas personas, la peor calaña de Nueva York quiere ver muerto a mi padre, y mi padre, a su vez, forma parte de esa calaña porque es un mafioso. Debería venderle, todo terminaría, ajustarían cuentas y yo podría tener una vida en paz alejada de toda esta mierda. Pero es mi padre, por mucho rencor que le tenga, es mi padre, y no quiero que le pase nada malo aunque tenga la culpa de que estén haciendo daño a Mike y de que me lo hicieran a mí en el pasado.

Estoy mirando la pantalla con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada, nerviosa, mientras intento que no me tiemble la mano que sostiene

el teléfono. Tengo que pensar rápido y lo único que puedo hacer ahora es ganar tiempo.

—No sé dónde está mi padre... —le respondo al fin, controlando la voz para que no me tiemble por los nervios—. Si me dais tiempo, lo averiguaré y os lo diré, pero dejad en paz a Mike.

—Su prometido no sufrirá ningún daño si cumple con su palabra, señorita O'Connell. Sabemos que ni usted ni él tienen nada que ver... pero así son los negocios, espero que lo comprenda. —«Menudos cabronazos»—. Tiene doce horas para conseguir esa información. Volveremos a llamarla.

La imagen desaparece cuando cortan la llamada. Dejar de ver a Mike hace que pierda los nervios y tiro el móvil al suelo, cubriéndome la cara con las manos al echarme a llorar sin remedio. No quiero que Eric me vea llorar así, pero podría soportar que me secuestrasen a mí de nuevo con tal de que Mike estuviera seguro. Todo es culpa mía, pensé que podría tener una vida normal con esta familia de locos y delincuentes, pero es imposible.

—Amber... —Eric se ha sentado a mi lado en el sofá y titubea antes de seguir hablando—, lo arreglaré, ¿de acuerdo?

Sé que quiere consolarme, pero estoy cabreada, frustrada y tremendamente afectada por lo que le está pasando a Mike y al apartar las manos de mi cara no puedo evitar gritarle.

—¡Vete al infierno! —Estallo, y me levanto para poner distancia entre los dos. Estoy furiosa, me gustaría pegarle, tirar cosas y romperlas, pero nada de eso me calmaría. Quiero estrangular a mi padre, y él no está aquí para que pueda decirle todo lo que pienso—. Si entregar a Donovan es lo único que puedo hacer para que no hagan daño a Mike, lo haré. Estoy cansada de que la gente sufra por su culpa, de que salgamos heridos siempre por su causa. Mike no se merece eso, no merece nada de lo que está pasando, él es buen chico y está sufriendo por culpa de mi padre.

—¿Es eso lo que quieres? —Eric me dirige una mirada grave. Sigue sentado en el sofá, y no parece enfadado porque le haya mandado al infierno y le esté gritando. Su pregunta es muy seria—. ¿De verdad quieres entregar a Donovan?

«¿Es lo que quiero... vender a mi padre?».

Me quedo ahí de pie, paralizada, mirándole y planteándomelo de verdad. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No quiero hacerlo, pero no tengo opciones. Esos cabronazos tienen razón, si no ponemos fin a esto no dejará de repetirse, y yo no puedo cargarme a todos los enemigos de mi padre.

—Sí —respondo al fin.

Eric saca la cajetilla de cigarros del bolsillo de su pantalón y se enciende uno, tomando una profunda calada. Parece en calma, pero su mirada es fría como la de un lobo, tiene la misma expresión seria y concentrada de cuando está trabajando.

—Entonces tendremos que averiguar dónde está.

Parpadeo. Su respuesta me deja confundida. Miro a Grace, que me mira como si no entendiera mi turbación, y luego vuelvo a mirarle a él.

—¿No vas a intentar convencerme de que haga otra cosa?

—No. Eres tú quien me ha contratado y no voy a cuestionar tus órdenes —responde llanamente—. Después de todo eres una mujer adulta y sabes de sobra lo que quieres.

«Soy una mujer adulta, y sé exactamente lo que quiero».

Las palabras resuenan en mi cabeza con mi propia voz y el recuerdo me golpea como un bofetón. Eric me mira sin comprender cuando me doy la vuelta bruscamente y salgo a la terraza a tomar aire, aguantando de nuevo las lágrimas. De pronto no puedo pensar en Mike, ni en mi padre, ni en nada de lo que está pasando. El recuerdo es tan vívido que me roba el aire y siento ganas de llorar lo que no he llorado en todo este tiempo.

Apoyo los codos en la barandilla de la terraza y me cubro la cara con las manos. No puedo evitarlo, todo vuelve a mí y me doy cuenta de que no he olvidado ni un solo detalle.

Nos habíamos citado como una de tantas veces. No recuerdo qué me inventé en aquella ocasión, pero Eric sabía que siempre que le llamaba era para una cosa: liarnos. A veces alquilábamos la habitación de algún hotel de mala muerte y exprimíamos cada minuto como si fuéramos a morirnos al amanecer. Otras veces lo hacíamos en su coche, antes de que tuviera que volver a casa. Se suponía que era mi guardaespaldas, y al principio, mientras

mi padre libraba su maldita guerra con los Kovalenko, lo fue, pero cuando al fin se hizo la paz seguí llamándole, pero rara vez le requería para eso. Aquella noche estábamos en su coche, con el asiento del conductor echado hacia atrás. Recuerdo que estaba besándole y que ya le había quitado la camiseta, fue al desabrocharle los pantalones cuando me detuvo.

—Para... para —me dijo, agarrándome las manos con urgencia.

Yo podía sentir su erección debajo de la ropa y aquella petición me extrañó. Me detuve y le miré frunciendo el ceño. Eric nunca antes me había pedido que parara, cuando las cosas comenzaban, nos acelerábamos tanto que siempre llegábamos hasta el final.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿He hecho algo mal? —pregunté con preocupación.

Estaba sentada a horcajadas sobre él en el asiento del conductor y me eché hacia atrás para mirarle. No me pareció que estuviese dolorido ni nada parecido, pero al ver el brillo esquivo en sus ojos me di cuenta de que no era nada de eso.

—Esto no está bien, Amber. Yo soy tu guardaespaldas, es para lo que se supone que me llamas, y hay un peligro real. Esto no es profesional, y además es peligroso.

Suspiré y le puse las manos en el pecho. No quería que pensase en eso, nos las habíamos apañado muy bien. ¿Tal vez era un juego? Que se hiciera el difícil me excitó aún más y le acaricié los pectorales con un gesto juguetón.

—A mí me gusta el peligro —le susurré, echándome sobre él de nuevo.

—Amber, esto no es un juego —dijo con gravedad. Su expresión seria y su dureza me provocaron un escalofrío.

—¿Qué necesitas para poder relajarte y seguir con lo que estábamos haciendo? —le pregunté con un susurro sensual. Eric me miró, repentinamente molesto. Su reacción hizo que mi corazón diera un brinco. No estaba de broma.

—No soy ningún gigoló al que puedas llamar cuando te dé la gana para desahogarte y después pasar del tema —espetó enfadado.

—¿Es que quieres algo más? —pregunté mirándole con cautela.

Eric me miró en silencio, dubitativo. ¿Acaso él se lo planteaba?

Me puse nerviosa. En el fondo deseaba que dijera que sí. Nunca había contemplado la posibilidad de que aquello se convirtiera en algo más serio, pero al decir eso Eric, una esperanza de la que no había sido consciente se iluminó dentro de mí. Y lo desee. ¿Querría Eric formalizar lo nuestro? Siempre pensé que aquellos términos eran los que él deseaba, y también creía que eran los que yo quería, pero mi corazón se aceleraba al pensar en aquella posibilidad: dejar de vernos a escondidas, plantearnos un futuro juntos. De pronto lo supe, quise con todas mis fuerzas que dijera que sí.

El silencio se prolongaba. Él dudaba, y eso alimentaba mis esperanzas, pero entonces negó con la cabeza y mi corazón se congeló de pronto. Todas las esperanzas que había encontrado en ese instante se hicieron pedazos.

—No, no quiero tener una relación más seria —dijo entonces.

—¿Y qué es lo que quieres? —repliqué repentinamente molesta—. Si no quieres una relación más seria pero tampoco quieres una relación frívola, ¿qué demonios quieres?

Eric se pasó las manos por la cara y resopló. De pronto se había agobiado. Miró hacia el exterior y luego volvió a mirarme a mí, como si se sintiera acorralado. No era capaz de entenderle, ¿por qué había dicho aquello si no quería dar un paso adelante?

Escuché el sonido de mi corazón al romperse cuando comprendí lo que pasaba: Eric no quería una relación en absoluto.

—No quieres que tengamos nada. Esto tampoco, ¿es eso? Nada en absoluto.

Volvió a dudar. Un nuevo silencio, pero yo ya no le miraba con paciencia. Estaba comprendiendo las cosas y solo quería marcharme de allí.

—No... Sí. ¡Joder! —resopló de nuevo, cada vez más agobiado, pero entonces su voz se volvió dura—. No podemos seguir así. Cada vez que me llamas yo caigo una y otra vez en esto y no puedo permitirme esta debilidad.

—¿Yo soy una debilidad para ti?

—Sí.

No supe cómo sentirme. Ser una debilidad no es plato de buen gusto,

pero al mismo tiempo significaba que Eric sentía algo más profundo por mí. En el fondo, significaba que le importaba, que lo que sentía le hacía sentir amenazado. Sí, Eric sentía algo por mí, pero yo no quería ese papel que me imponía. No quería ser su debilidad, ni quería sus dudas, ni que me usara para flagelarse. No quería ser la eterna niña a la que debía proteger y a la que no podía amar sin sentirse vulnerable. Ese papel ya no me correspondía, y de hecho, nunca lo había querido.

—No te preocupes —le respondí sin que me temblara la voz, apartándome de él para sentarme en el asiento del copiloto. Con el corazón roto, pero digna—. No volveré a llamarte.

Eric me miró unos instantes, extrañado. Supongo que no se esperaba eso, pero lo aceptó. No discutió. Lo aceptó sin más y asintió. No luchó, no dijo nada, no cambió de opinión.

—Llévame a casa —le exigí, y él lo hizo.

Durante el camino el silencio fue denso. Nos había pasado otras veces, estar sentados en el coche sin hablarnos, enfadados. No era la primera vez que discutíamos, pero esta vez era más pesado, de alguna forma intuía que aquel abismo se había abierto para no volver a cerrarse. Cuando detuvo el coche frente a mi edificio abrí la puerta dispuesta a bajarme e irme sin despedirme, pero entonces Eric me agarró la mano.

—¿Vamos a terminar así, enfadados?

Aparté la mano con brusquedad y le dediqué la mirada más fría que le había dedicado a nadie. Estaba dolida, y quería decirle muchas cosas.

¿De verdad tenía la cara dura de preguntarme eso?

—Has sido tú quien ha elegido cómo quería que fueran las cosas, pero, ¿sabes? Creo que en el fondo no tienes ni idea de lo que quieres, no sabes lo que deseas, y desde luego no tienes ni idea de cómo manejar tus sentimientos. Eso es lo que te pasa. No es que no quieras nada conmigo, es que no te atreves a tenerlo —le solté sin pararme a tomar aire—. Puede que tú seas más mayor y tengas más experiencia que yo en la vida pero de los dos, el único adulto aquí soy yo aunque siempre hayas creído que soy una niña. Yo soy una mujer adulta y sé exactamente lo que quiero.

No le di tiempo a responder. Ni siquiera quise mirarle. Era difícil leer

en él, si estaba decepcionado, parecía que estuviera enfadado, si estaba triste, parecía que estuviera enfadado, si aquello le amargaba o le importaba, parecía que estuviera enfadado. Siempre era así, siempre se expresaba de la misma manera: no haciéndolo en absoluto. Y me di cuenta de que estaba harta de aquello, de que en realidad, siempre había deseado algo más, y de que Eric nunca me lo daría, porque era un cobarde.

Me sentí muy bien al cerrar la puerta de un portazo después de haber dicho aquello, y al dejarle allí sin mirar atrás. Pero en honor a la verdad, no esperaba que aquello fuese definitivo. Creía que reflexionaría, que podríamos hablarlo, que sacaría el coraje necesario para hacerlo de alguna parte.

Habíamos discutido otras veces. Teníamos nuestros tira y aflojas y cuando esas cosas sucedían, al día siguiente, empezábamos a enviarnos whatsapps, fríos al principio, luego eróticos, y así hasta que volvíamos a quedar y lo arreglábamos.

En aquella ocasión no hubo mensajes. Eric no me volvió a escribir. Yo esperaba que lo hiciera, y cada día en silencio me indignaba más, porque yo no tenía nada por lo que disculparme. Esperaba que el tiempo le hiciera pensar, echarme de menos o al menos aclararle las ideas en cuanto a lo que sentía, pero no me envió ni un mísero mensaje. Tampoco hubo llamadas, y cada vez más enfadada, decidí no llamarle yo. Y no volvimos a hablar.

Resulta que rompimos, si es que había algo que romper, y cuando me di cuenta de que así había sido, apenas me lo podía creer. Pero así fue. Fue absurdo, repentino y me dejó el corazón hecho pedazos.

A día de hoy sigo sin creérmelo.

Y no es el mejor momento para pensar en esto. Lo sé. Tengo que centrarme en el presente. Eso es agua pasada, aunque me esté doliendo como si acabase de ocurrir. Maldita sea. ¿Qué demonios me pasa?

Me aparto las manos de la cara y miro la ciudad. El día está nublado y eso me deprime aún más, todo está gris y plomizo, y me parece irreal. Pienso en Mike, en dónde estará y qué estarán haciéndole en estos momentos. Le han pegado, debe estar asustado, y yo estoy aquí pensando en un rollo del pasado. No tengo perdón. Soy la peor persona del mundo. Tengo un novio maravilloso, que me trata mejor de lo que nunca nadie lo hizo, que no tiene miedo al compromiso y no me sobreprotege y le han secuestrado por mi culpa.

—No te preocupes. —La voz de Grace me hace dar un respingo. Ha salido a la terraza y se acoda a mi lado en la barandilla. Ni la he oído llegar —. Las cosas se arreglarán, ya verás.

Suspiro.

—No quiero que las arregle Eric. Por esta vez quiero ser yo quien resuelva mis propios problemas.

—¿Tienes alguna forma de resolverlos?

—Sí... esta vez sí.

—Eso está bien, pero no pienses que es mejor hacer las cosas sola. — La miro extrañada. Ella se ladea hacia mí. Se parece mucho a su hermano—. Verás... yo antes era así. Iba a mi aire, cuando tenía un problema no se lo contaba a nadie para no meterlo en líos y para no preocupar, pero con el tiempo he entendido una cosa: hacer las cosas por una misma no es lo mismo que hacer las cosas sola.

—¿A qué te refieres?

—A que puedes hacer las cosas por ti misma, pero con ayuda. Que los demás te ayuden no te hace menos válida, ¿sabes? Todos necesitamos ayuda alguna vez.

—Supongo que tienes razón...

Grace me da unas suaves palmaditas en la espalda y vuelve al salón. Me deja aquí pensando en sus palabras. Creo que tiene razón. Lo que me pasa con Eric no solo tiene que ver con que quiera hacer las cosas por mí misma, tenemos un pasado en común, y está interfiriendo con el presente, y tengo que intentar mantener eso a raya para hacer lo que tengo que hacer. No estoy aquí por él, ni por nada de lo que nos unió, estoy aquí porque tengo que encontrar a Mike y salvarle, y sé que la ayuda me garantizará el éxito, al menos un poco más que hacer las cosas sola. Esta vez su misión no es protegerme a mí, es ayudarme a salvar a mi prometido y debo hacer lo que esté en mi mano para conseguirlo.

Al regresar al salón, Eric está de pie y acaba de colgar el teléfono. Me mira con un gesto seguro en la cara.

—Ya casi hemos localizado a tu padre.

Eric

La comida india se ha enfriado, y Amber apenas ha probado bocado. Está afectada, es normal, pero odio verla así. Por esto no quería venir, ni aceptar este maldito trabajo. Las implicaciones siempre lo joden todo, nos impiden pensar con frialdad y nos ponen en peligro. Si fuera otra persona me daría igual la decisión que tomase, podría acatar las órdenes y no estar dándole vueltas a las consecuencias que tendrán sobre ella. Pero no es otra persona, es Amber, la conozco demasiado, y sé que si llega al final con la decisión que ha tomado se destrozará. Uno no puede tomar ese tipo de decisiones y salir indemne. Uno nunca carga con una muerte y sale indemne, por mucho que no haya accionado el gatillo, y mucho menos las buenas personas.

Y ella sabe de sobra que a su padre le matarán en cuanto le tengan.

—¿Sigues queriendo entregarle?

Al menos tengo que asegurarme de que eso es lo que de verdad quiere. Pero me cuesta creerlo.

—Es lo que quiero hacer desde el principio —responde, mirándonos a los dos. Grace está comiéndose lo que Amber ha dejado en su plato.

—Bien, entonces...

—Pero estoy dispuesta a escuchar —me corta Amber. Sus ojos parecen tener luz propia, pero está angustiada y esa luz tiembla en ellos cuando me mira con un gesto dubitativo. Su disposición me sorprende, y debe ser evidente, porque añade—: Está claro que no puedo hacer esto sola, así que es mejor que trabajemos en equipo. Te escucharé.

«Quiere que la convenza. No quiere hacer esto, ¿cómo va a querer vender a su padre?».

—No creo que entregar a tu padre sea la solución. —Al fin puedo decírselo. Acatar esa orden y vender a Donovan no iba a ser nada fácil, y tampoco me parecía honorable. Donovan será lo que sea, pero mi familia le debe mucho. Yo le debo mucho—. Si lo hicieras, te acabarías sintiendo mal, por mucho que tu padre sea el culpable de esta situación, cargar eso sobre tus hombros sería demasiado. Es demasiado para cualquiera. Y además... que lo hagas no garantiza que vayan a liberar a Mike. Pueden estar mintiendo.

Amber suspira y baja la mirada. Toquetea la comida con el tenedor y le pasa el plato a Grace con desgana.

—¿Entonces qué podemos hacer?

—Tendremos que liberar primero a Mike, y luego hablar con tu padre. Así conoceremos el peligro y podremos estar preparados para enfrentarlo juntos, y con Mike fuera de riesgo.

Amber resopla y frunce el ceño con desagrado. Al negar con la cabeza los bucles le caen sobre el pecho. Sus ojos destellan de enfado. En eso no ha cambiado nada, es expresiva y no sabe fingir.

—¡Eso es injusto! Mi padre siempre está metiéndonos en problemas. A mí, a ti y a todos los que tienen que ver con él, ¿y tenemos que solucionárselos nosotros? Debería enfrentarlos solo, hacerse cargo de las cosas en las que se mete.

—Tienes razón, pero terminar con eso solo está en manos de Donovan. Ahora tenemos que centrarnos en solucionar lo que está pasando.

—No me puedo creer que se haya escondido y me haya dejado con este marrón. A estas alturas debe estar al otro lado del mundo —dice agitando la cabeza con frustración. Su pelo rojo parece arder.

—No creo que tu padre haya salido del país —confieso. Amber parpadea y me mira sorprendida—. Tengo a mis compañeros tras su pista.

—¿Tus compañeros? —pregunta extrañada.

—Sí. Grace no es la única que trabaja conmigo. He montado una agencia con antiguos compañeros de Afganistán.

Por primera vez desde que nos hemos vuelto a encontrar, Amber sonríe. Ese solo gesto me transporta cinco años atrás. Bastaba eso para que sintiera que lo que estaba haciendo valía la pena. Conozco bien esa expresión, sé que lo que acabo de decir la hace sentir segura.

—Me alegro de que te hayas reunido con ellos. —Su sonrisa, aunque suave, le ilumina la mirada. De pronto parece más tranquila. Eso también me tranquiliza a mí—. Las cosas siempre salen bien cuando están en tus manos, Eric. Te agradezco que hayas venido.

Una preocupante calidez se extiende por debajo de mis costillas. No es

solo esa sonrisa. Esa confianza que siempre ha puesto en mí me desarma, y no puedo permitirme esta clase de cosas. Es más fácil soportar el magnetismo que nos empuja que ignorar esto. De esto he tratado de deshacerme todos estos años.

—No es nada. Ese es mi trabajo.

Me levanto, tratando de ignorar esa sensación, y recojo los platos. Mi hermana se ha ido al sofá con uno de los recipientes de cartón, y sigue comiendo mientras mira la tele. Grace a veces es inoportuna, pero sabe cuándo darle su espacio a la gente, y Amber lo necesitaba. El tema de su padre es peliagudo y siempre lo ha sido.

—Por ahora solo podemos esperar —le indico mientras recojo la mesa sin mirarla—. Es mejor que permanezcas en el piso hasta que averigüemos dónde tienen retenido a Mike. Mis compañeros también están en eso.

—Vale... de acuerdo —acepta ella, y es un alivio no tener que discutir. Es más fácil trabajar con esta Amber que con la niñata que me enviaron a buscar la primera vez. Ha madurado, es evidente, lo fue al terminar aquel viaje que la transformó. Y ahora es absurdo negar que también a mí me cambió—. Pero... ¿podrías traerme un portátil y algo de ropa?

—¡Yo me hago cargo! —exclama Grace, poniéndose en pie mientras se limpia la boca con una servilleta. Amber le tiende la tarjeta de crédito y mi hermana se la quita de un tirón, guardándosela en el bolsillo—. ¿Quieres algo más?

No me gusta nada que mi hermana se emocione así con la idea de salir de compras con una tarjeta ajena, pero no me ha dado tiempo a detenerla.

—No hagas de las tuyas. Ni se te ocurra tocar un céntimo de esa tarjeta —le advierto señalándola amenazadoramente con un dedo.

Grace me mira entre indignada y retadora.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que tu novia rica se quede sin dinero?

—No es mi novia —replico. Maldita sea, ¿por qué le gusta tanto tocarme las pelotas? Amber está siendo fácil a su lado—. Y precisamente por eso no quiero deberle nada, ¿entendido?

—Tranquilo, Romeo, no tocaré nada que no sea mío —dice

dirigiéndose ya hacia la puerta.

Cuando se larga, Amber y yo nos quedamos solos. Y es incómodo. Es difícil estar cerca de ella, y la casa parece hacerse más pequeña ahora que ella está aquí. Me parece que todo tiene ya su perfume impregnado. Lo he notado en mi habitación. Las sábanas estaban revueltas y su ropa del día anterior estaba tirada sobre una silla. Ella no había estado antes aquí. Durante aquel tiempo en que nos veíamos nunca la subí a mi casa, todo se mantenía en esos límites de la indefinición. No quería dar ese paso, y ahora me resulta extraño tener los signos de su presencia por donde miro, cinco años después de haber roto.

Me entretengo fregando los platos y los cubiertos. Amber se ha sentado en el sofá y cambia de canal sin demasiado interés. De vez en cuando, cuando la miro de reojo, me encuentro con sus ojos y aparta la mirada, incómoda.

«Esto es absurdo. No somos adolescentes».

Decidido a llevar esto como un adulto, me seco las manos, tiro el trapo sobre la mesa y me siento al otro extremo del sofá, acomodándome mientras ella hace zapping. Creo que también está esforzándose en no mirarme.

—Grace parece buena chica —dice de pronto, rompiendo el incómodo silencio.

—Bueno... tiene sus cosas.

—¿Por qué tienes miedo de que me robe?

—Porque es a lo que se dedicaba antes de ser mi socia. Estafas menores, hurtos y delitos informáticos. —Amber abre mucho los ojos y me mira sorprendida—. Ya, no es el mejor currículum, pero trabajando conmigo puede hacer algo bueno con todas esas habilidades.

—¿Por qué lo hacía? Tu familia no...

—Mi familia ha pasado por muchos apuros, pero eso no lo justifica. A Grace le gusta vivir así, o eso creo. Nunca ha tenido una necesidad real de hacer esas cosas. Creo que simplemente le gusta el riesgo.

—Ya... bueno, eso puedo entenderlo. Ahora al menos puede hacer algo bueno.

—Sí, pero estuvo a punto de acabar en la trena, hace años. Tu padre

intervino para que la sacaran.

—¿En serio? —pregunta sorprendida.

—Sí. Tiene influencia sobre algunos jueces, y la aprovechó.

Amber frunce el ceño y parece turbada. Sé que piensa que su padre es un cabronazo, y no puedo justificar el tipo de vida que lleva, pero con mi familia siempre se ha portado bien.

—No sabía que mi padre conocía a tu familia.

—Sí, es amigo de mi padre desde hace mucho tiempo, se ayudaron mutuamente al llegar al país. Ya sabes, historias de inmigrantes...

—Vaya... se me hace raro que mi padre tenga amigos de verdad.

Asiento a medias, con la mirada fija en el televisor. Amber ha puesto un programa de cocina, pero no estoy prestándole la mínima atención. Me vuelve a llegar ese olor a dulce, como a chicle y flores... o cítricos, tan característico de Amber.

—¿Cómo te ha ido a ti? —digo cuando comienza a establecerse un silencio tenso entre los dos.

—Bien. Hace un par de años que no vivo con Donovan... Acabé harta de él y de sus movidas y decidí irme. ¿Recuerdas que estuve haciendo un módulo de tecnología y electricidad?

—Sí, claro, estabas pesadísima con los trastos, como para olvidarme —respondo. La sensación cálida vuelve a mi pecho al recordarlo. Tengo que esforzarme por ignorarla.

—Pues saqué matrícula de honor. Como vi que todo eso me gustaba me metí en la carrera de Ingeniería Electrónica. Busqué trabajo para pagarme los gastos, aunque la verdad es que Donovan me sigue enviando dinero aunque le dije que no quería.

—Tu padre es muy cabezota...

—Supongo que así siente que cumple como padre.

—Siento que las cosas hayan ido a peor con él —le digo sinceramente. La relación de Donovan y Amber siempre fue difícil. Cuando regresamos después de la misión pensé que las cosas cambiarían entre ellos, pero parece

que las cosas están más peliagudas si cabe—. Tu padre realmente se preocupa por ti, y te quiere, pero tiene una vida difícil.

—No importa. Ya me da igual —dice haciendo un gesto con la mano. No la acabo de creer con lo apegada que estaba a su padre, pero al menos me alegro de que haya logrado superar su dependencia—. La cuestión es que estudié la carrera y ahora estoy haciendo un máster de robótica.

—¿En serio? ¿Vas a construir robots?

—Sí, algo así. Voy a ayudar a desarrollarlos.

Amber siempre me sorprende con estas cosas. Cuando nos veíamos, estaba entusiasmada con lo que estaba estudiando y comenzó a encarrilar su futuro en esa dirección, pero no esperaba que acabase en la universidad, y me siento absurdamente orgulloso de ella. Sonrío de medio lado.

—No te ha ido nada mal.

—No, pero ya ves, mi vida iba viento en popa hasta que han secuestrado a mi novio por culpa de mi padre. Siempre tiene que pasar algo.

—¿Lleváis mucho tiempo saliendo?

«Soy gilipollas».

No entiendo por qué le hago esta pregunta. No quiero saber nada de ese tío, nada más que los datos que necesito para lo estrictamente profesional. Pero es parte de su vida, supongo que lo educado es preguntarle. Interesarse al menos un poco. Hacer que esto sea mínimamente normal. Fingir que no me afecta en absoluto que haya seguido con su vida mientras yo me bloqueaba como un idiota.

—Llevamos más de dos años —responde con naturalidad, sin apartar la mirada de la televisión, pero comienza a mover una pierna nerviosamente. Ella finge prestar atención al programa, pero me mira de reojo—. Vamos a casarnos.

Y entonces finjo yo también. Finjo que esa mierda de programa me interesa más que lo que acaba de decir, aunque un calor insoportable me acabe de trepar por el pecho y tenga unas ganas terribles de maldecir en alto.

«¿De qué me sorprende? Siempre lo tuvo planeado. Desde que la conozco me ha repetido eso de que quiere casarse y tener hijos. ¿Qué coño

esperaba?»).

No debería afectarme, joder. Lo raro es que no esté casada ya con lo ansiosa que estaba por hacerlo.

—¿Es rubio? —pregunto sin mirarla, pero veo por el rabillo del ojo que me mira extrañada.

—Sí, ¿por?

—Para felicitarte. —No quiero serlo, pero no puedo evitar cierto tono ácido en la voz. Maldita sea. ¿Voy a tener que salvar a ese tipo?—. Tendrás hijos pelirrojos con un hombre rubio, como siempre quisiste.

—Bueno, eso depende de ti —dice ella volviendo el rostro hacia mí.

Y yo hago lo mismo. Clavo la mirada en ella. No sé si he entendido bien, ¿qué es lo que quiere? Otra vez siento ese magnetismo entre los dos, intacto, como si no hubiera pasado el tiempo. No estoy tan seguro de que pueda ignorarlo. Ella aparta la mirada un instante, apabullada, y veo cómo sus mejillas se tiñen de rosado.

—Depende de si conseguimos salvarle... claro —aclara—. Si le matan pocos hijos podré tener con él.

«Ya, claro».

Asiento, pero ya no aparto la mirada de ella. No tengo ganas de fingir que me interesa algo más en esta habitación. Ya no. Joder, nunca ha servido de nada fingir. Y está preciosa, incluso vestida con mi ropa, con esa camiseta y esos pantalones de deporte que le vienen enormes, está preciosa. Se me disparan los pensamientos, estamos demasiado cerca y lo tenemos demasiado fácil. Y sé que ella está pensando lo mismo. Tengo unas ganas horribles de arrojarme sobre ella y besarla. Pensar en tirármela ya no me hace sentir culpable como al principio, pero no es algo en lo que debería estar pensando ahora mismo.

No es algo en lo que debería pensar nunca más.

Me levanto bruscamente del sofá y me aparto de ella. La oigo suspirar y removerse en el asiento, pero ya no la miro más.

Este ha sido siempre el problema con Amber, cuando ella está cerca, no puedo pensar con claridad. Y no puedo permitirte eso. Nunca he podido

permitírmelo.

Capítulo 3

Reencuentro

Amber

El regreso de Grace es como un soplo de oxígeno. Me estaba empezando a faltar el aire. La presencia de Eric es demasiado evidente, y tenerle tan cerca es una tortura. Llevábamos un rato en silencio, él sentado en la barra americana y yo fingiendo estar muy interesada en la receta que están preparando en la tele. Gracias a Grace, ya no tengo que esforzarme en distraerme con nada. Y además, en cuanto aparece, Eric se pone la chaqueta.

—Yo tengo que salir. Grace, encárgate de vigilar —dice secamente.

Grace le mira extrañada.

—Claro, hermanito. Vete tranquilo.

Eric desaparece, cerrando la puerta y ella se encoge de hombros y viene a enseñarme lo que ha comprado.

Cuando se va es como si una fuerza invisible abandonase la habitación, y la presión que tenía en el pecho se aligera. Puedo respirar mejor, y centrarme en otras cosas que no sean su presencia o esa mirada intensa y ardiente que me ha echado.

«No han sido imaginaciones mías. No lo están siendo. No podemos permitir que esto vaya a más».

—Tenías suficiente para un MacBook y para comprar media tienda de ropa, pero he sido selectiva —dice dejando la mochila sobre la mesa de café, junto a la caja del ordenador.

—Vaya, ¿cómo has adivinado mis gustos?

Me sorprendo cuando comienzo a sacar ropa de la mochila y veo que toda me gusta. Hay algunos tejanos, un par de vestidos y jerseys finos de punto, además de unas zapatillas de color rosa y unas sandalias. Grace ha acertado con todo, y también me ha traído maquillaje y cremas.

«Empiezo a amar a esta chica».

—Es fácil. Solo tenía que echarle un ojo para ver de qué palo vas.

—Ey... —La miro indignada, pero no sé si eso que dice es bueno o malo, así que decido pasarlo por alto—. Qué avispada. Voy a darme una ducha y a cambiarme esta ropa, parezco un saco de patatas.

El agua caliente me despeja. Me entretengo un rato curándome los arañosos que me hice anoche y me pongo un vaquero, una de las camisetas de tirantes que ha comprado Grace y un jersey de hilo blanco. Cuando salgo me siento más ligera y despejada. Eric aún no ha vuelto, y Grace está tirada en el sofá, “vigilando” su móvil. Parece que se lo toma con menos rigidez que su hermano, porque está relajada y no parece una maldita paranoica.

Cojo el portátil y lo abro sobre la barra, sentándome en uno de los taburetes para comenzar a trabajar. Lo pongo a punto y comienzo a descargar los programas que necesito de la nube. No voy a quedarme de brazos cruzados, puede que los chicos de Eric estén buscando a Mike, pero yo también tengo mis recursos, y voy a utilizarlos. Mientras instalo y configuro los programas escucho a Grace moverse de un lado a otro en el salón. Está curioseando los libros de Eric, abriéndole los cajones y mirando en sus cosas. No soy quién para juzgarla.

—¿Desde cuándo le gusta la romántica a Eric?

Intento ignorarla mientras trabajo, pero no deja de hacer ruidos y hacerme preguntas tontas. Que si qué música me gusta, que si sé qué música le gusta a su hermano. Que si qué opino de la moda de llevar la gorra sin calar. Que si de pequeña siempre iba de rosa. Un montón de tonterías que consiguen que al final no esté avanzando nada y que sin darme cuenta, acabe hablando con ella.

—Yo odiaba el rosa —me cuenta. No sé cómo hemos acabado hablando de nuestra infancia. Bueno, más bien de su infancia. Se ve que está aburrída como una ostra—. Me gustaba la ropa de mi hermano y se la robaba.

—Me cuesta imaginarme a tu hermano de niño —le digo con una risilla—. Es tan serio y duro...

—Ya, pues puedo asegurarte que no siempre lo ha sido. Era muy activo y muy extrovertido. Ahora sigue siendo activo pero ha cambiado mucho.

Se encoge de hombros, y viene a sentarse a mi lado. La verdad es que Grace es tan guapa como su hermano. Tiene los rasgos suaves y los labios finos, y una mirada muy expresiva. Puedo ver un brillito de nostalgia al fondo.

—¿Es por la guerra?

—Sí —responde, alzando las cejas con un gesto de resignación—. Papá y yo estábamos muy orgullosos cuando se metió en el ejército, y también cuando marchó a la guerra. Entendíamos los riesgos pero Eric siempre ha tenido una manera de ver la vida muy... no sé, le da importancia a esas cosas del honor, el deber y el tener una misión en la vida más allá del interés propio. Eso nos hacía sentir orgullosos.

—Sí... la verdad es que es un hombre muy recto.

No quiero estar pensando en Eric, pero es imposible no hacerlo. En su casa, hablando con su hermana, asomándome a su vida como nunca lo he hecho. No puedo evitarlo, y una parte de mí quiere aferrarse a eso, y a la sensación que me acelera el pulso cuando pienso en sus virtudes. Por muy rudo, malhablado y duro que fuese, no tardé demasiado en ver lo que tenía dentro, detrás de esa coraza que se esfuerza en mantener, y eso es difícil olvidarlo.

—Lo es, pero las misiones le cambiaron poco a poco. Antes era un hombre tranquilo, sabía disfrutar de las pequeñas cosas y era más... alegre y abierto. Con el tiempo su carácter se fue amargando y fue cerrándose a todo el mundo, incluso a nosotros —añade con fastidio.

—Parece que eso le ha traído muchos problemas...

No es difícil adivinar su situación familiar. La relación con Grace es tensa a simple vista. Eric no parece confiar en ella, y ella... me da la impresión de que está decepcionada. Pero tal vez me equivoque, no soy una psicóloga familiar y tampoco se me da demasiado bien calar a las personas.

—Sí, estuvo casado, ¿sabes? —Asiento. Eso sí lo sabía, Eric me lo contó—. Su mujer era genial, y le quería de verdad. Se llamaba Claire. Su matrimonio se fue a la mierda cuando volvió de Afganistán. Estaba hecho polvo por lo de su amigo.

—¿Kamal? Me contó algo...

—Sí, ese. Nunca nos ha contado qué pasó, pero debió ser muy jodido. Cuando volvió estaba fatal, y no dejaba que nadie se acercase a él. Se alejó de Claire, pero también de nosotros. Nos mudamos a California cuando se divorció, creíamos que le vendría bien pero... no duró demasiado, al final volvió a Nueva York, a vivir solo. No sé, es como si le agobiásemos, siempre está rehuendo a su familia y cuando viene a vernos con cualquier excusa se marcha.

Aprieto los labios. Tyrell me contó la historia de Kamal, y no me he olvidado de ello. Eric vivió algo terrible en Afganistán, no solo fueron las pérdidas, sino la traición. Imagino que debió ser horrible para alguien como él ver que el sistema en el que confiaba le fallaba, ver que el enemigo también estaba dentro, en su lado de la línea. Grace no sabe los detalles, y yo no puedo contárselos, ni siquiera Eric me los ha confiado a mí, no tengo ningún derecho a hacerlo.

—¿Y vuestra madre? Nunca me habló de ella. Bueno... no es que hable demasiado de nada, en realidad.

—Ya, a eso me refiero —dice señalándome, como dándome la razón. Luego suspira—. Mamá murió cuando éramos pequeños, yo ni me acuerdo. Él tenía siete años. Fue el cáncer, una mierda. Mi padre nos ha criado solo, y Eric enseguida comenzó a trabajar en el taller con él. Puede parecer que hable con rencor de él, pero soy capaz de ver todo lo que ha hecho por mí, pero es frustrante que no deje que los demás hagamos nada por él.

—Lo sé, no he pensado que le tengas rencor. Ya sé lo frustrante que es —le digo comprensiva.

Ahora empiezo a entender más cosas. Eric ha perdido demasiado en esta vida. Comenzó por su madre, y después... no quiero imaginar cuánto ha perdido en la guerra. Kamal parecía importante en su vida, pero Tyrell me contó que perdió a más de sus compañeros, ¿cuánto habrá visto? ¿Y cuánto tendrá dentro? Nunca me he parado a pensarlo tan detenidamente. Eric ha perdido a seres queridos, y creo que ahora tiene miedo de seguir perdiendo. Tal vez por eso se cierra a abrir su corazón a nadie más, e incluso se cierra a su familia como si esperase el mismo final.

—Bueno, tú eres su ex, seguro que lo comprendes —dice Grace.

—Ni siquiera fuimos novios —la corrijo.

—¿Ah no? ¿Y qué hubo entre vosotros? —pregunta entrecerrando los ojos con curiosidad. La nostalgia desaparece de su mirada, también ese poso de decepción que tenía, sustituida por un brillo pícaro—. Porque os acostabais juntos, eso está claro.

—Sí... bueno, solo fue eso. Una aventura, no tuvo mayor importancia. Mi padre le contrató para un trabajo y...

—Y te hizo un trabajo, ¿eh? —se ríe con malicia y yo resoplo, aunque al final me da la risa.

—Sí, bueno. Varios, pero da igual. Solo fue una tontería —miento como una bellaca—. Y es agua pasada. Ahora tengo la cabeza centrada y voy a casarme con un chico maravilloso.

«Eso. Es en Mike en quien debo pensar. Es horrible. Mike está en peligro y es mi novio, tengo que sacarme a Eric de la cabeza».

—¿Y qué hay con él? ¿Vale la pena salvarle?

—¡Claro! Es un hombre maravilloso. Me cuida como el que más, es divertido, es respetuoso... no sé, es el hombre ideal con el que casarse, ¿sabes?

—Ya, tranquilidad y felicidad aseguradas, ¿no? —asiento—. Eso de la estabilidad está muy bien, ¿pero te hace sentir con intensidad?

—Sí... —respondo, titubeando. «¿Siento con intensidad?»—. Bueno... eso creo.

A Grace le brillan los ojos con picardía y se ríe. No sé de qué se ríe, no he dicho nada gracioso.

—No soy quién para juzgar pero... me imagino que cuando estás con la persona adecuada la vida se convierte en una aventura constante —dice encogiéndose de hombros—. Incluso en los momentos de calma, nada es convencional.

He decidido no pensar en Eric. No quiero pensar en Eric, pero lo que dice Grace... no puedo evitar relacionarlo con lo que viví con él. Es cierto que fue algo excepcional, que nuestra historia surgió como una llamarada en un momento intenso, único, y que me aferré a ella como si fuera lo último que iba a vivir en mi vida. De hecho, era probable que lo fuera. Pero continuamos, al

menos un tiempo, y siempre me sentía así, viviendo una aventura. Aunque imagino que, tal vez, si hubiéramos dado el paso todo se habría vuelto rutinario. Tal vez se habría acabado al poco tiempo. Ahora no lo sabré nunca.

—No todo en la vida tiene que ser como una aventura. La estabilidad es más importante que eso...

—¿Qué? ¿En serio? —Grace me mira extrañadísima, haciendo una mueca—. No te imaginaba tan seria. Me sorprendes.

—No soy seria. Soy una mujer madura y sé lo que quiero.

—Pues menudo asco debe ser eso. No hay nada como no saber lo que quieres e ir probando.

Esa respuesta me hace reír. Yo recuerdo bien lo perdida que me encontraba hace unos años, y no me gustaría volver a sentirme así, pero creo que Grace no lo vive de la misma manera. Es muy peculiar, y en realidad no se parece en nada a su hermano, al menos en el carácter. Es más natural y extrovertida. Tal vez se parece al Eric del pasado.

—La estabilidad no está tan mal como crees —le digo. Ella se levanta y me echa el brazo sobre los hombros, riéndose por lo bajo, divertida.

—A mí me empieza a aburrir. Va siendo hora de que busquemos la manera de pasar el rato mientras esperamos a Eric, ¿no crees?

La miro de reojo, y me encuentro con su maliciosa y pícaro sonrisa a escasos centímetros de mi rostro.

Eric

He hecho algunas pesquisas y he puesto en marcha a todo el equipo. La salida me ha despejado lo suficiente como para volver a ser eficiente en mi puto trabajo, que parece algo imposible con Amber de por medio. Así que cuando regreso a mi piso después del anochecer ya hemos avanzado con respecto a esta mañana.

Cuando entro me encuentro a Grace sentada sobre la espalda de Amber, retorciéndole las muñecas. Me gustaría decir que la escena me sorprende, pero la verdad es que a estas alturas ya nada lo hace, y menos si tiene que ver con Grace o con Amber.

—Así, ¿lo notas? El movimiento tiene que ser fluido, no hace falta que hagas fuerza, ya sabes cómo funciona esto... hay que aprovechar la inercia de tu atacante.

—¡Au! Eso hace daño —exclama Amber, mirándola por encima del hombro. Tiene el pelo revuelto y la cara roja.

—¿Qué hacéis? —pregunto tras cerrar la puerta. Grace se levanta y Amber hace otro tanto, frotándose las muñecas con la respiración algo agitada.

—Le estaba enseñando a la sirenita algunos trucos extra para machacar a sus enemigos.

Amber le da un codazo y Grace le hace otra llave para inmovilizarla. Es rápida y ágil, y Amber lejos de enfadarse se ríe y se suelta sola.

«Estas tías no son normales».

—Tu hermana es muy buena —comenta Amber, sentándose en una de las banquetas de la barra. Se aparta el pelo de la cara. Lleva una camiseta de tirantes con un generoso escote al que evito mirar con toda mi voluntad, aunque sus tetas suban y bajen al ritmo de su respiración acelerada—. ¿Tú has conseguido algo?

—Sí, hemos localizado a tu padre —respondo acercándome a la barra. Me distraigo sacando la cajetilla del bolsillo y encenciéndome un cigarro—. Está en un rancho al sur de Carolina.

La expresión de Amber cambia radicalmente. Frunce el ceño y aprieta los labios, sus ojos destellan con un repentino enfado, tan explosivo como siempre, y se vuelve a poner en pie, agitando la melena al hablar.

—¿¿Qué?! ¿¿Qué está haciendo en Carolina?! ¿Nosotros aquí devanándonos los sesos y escondiéndonos por sus movidas y él está en un rancho? ¿Mi padre se ha ido a un rancho mientras apalizan a mi novio por su culpa? ¡No lo puedo creer!

—Debe estar escondiéndose también, y preparando un contraataque, imagino —respondo tras dar una calada. Amber sigue indignada y nos mira a Grace y a mí como si no entendiera nuestra tranquilidad—. Eso ahora no importa, decidimos no venderle, sabemos dónde está, pero lo prioritario es encontrar a Mike. Y estamos en ello, es algo más complicado.

—¿Complicado? Maldita sea —Amber agarra el portátil y se vuelve a sentar. Todos sus gestos son bruscos y acelerados, cuando se pone a teclear me da la impresión de que va a cargarse el ordenador como siga así. Está furiosa —. Eso lo soluciono en una hora.

Miro a Grace, que observa la escena con escepticismo y se encoge de hombros antes de tirarse de cualquier manera sobre el sofá.

—¿Qué demonios piensas hacer? —le pregunto a Amber, acercándome, pero ella me da un manotazo.

—¡Largo! No quiero distracciones, dejadme trabajar en paz. Pienso encontrar a Mike.

Me aparto, levantando las manos, y me voy a fumar al sofá junto a mi hermana. Durante un buen rato solo se escucha el tecleo frenético de Amber, y sus maldiciones cuando a Grace se le ocurre conversar conmigo sobre las mierdas que están echando en la tele. No sé si lo que está haciendo sirve de algo, pero no tengo ganas de aguantarla cabreada, y tampoco podemos hacer mucho más que esperar. Prefiero que esté ocupada en algo. En realidad que se cabree me da igual, lo que no quiero es que tenga su atención puesta en mí.

Al cabo de un rato, hemos pedido comida china, cenado en silencio con el televisor en volumen bajo, y Amber ha comido frente al ordenador con el apetito digno de un adolescente que parece no haber perdido. Ya hemos terminado de cenar cuando da una palmada y levanta los brazos.

—¡Lo tengo!

—¿Cómo que lo tienes? —pregunto con escepticismo.

—He hackeado el sistema informático de la policía de tráfico, el móvil de Mike, y he localizado su coche.

—¿Qué dice? ¿Está loca? —Grace mira a Amber asombrada, y yo niego con la cabeza.

En fin, he dicho que ya nada me sorprende, pero es difícil no hacerlo con ella. Esta mujer es una maldita caja de sorpresas de la que no dejan de salir cosas.

—¿Tienes la localización? —pregunto poniéndome en pie.

—Sí —responde Amber, dándose la vuelta en el taburete—. Así que

venga, nos vamos a rescatarle —dice resuelta.

«Está como un cencerro. Sigue estándolo. No tiene un gramo de sensatez».

—Eh, eh —le digo levantando las manos—. Relaja las tetas, no vamos a ir a ningún sitio.

—¿Qué relaje las...? —Creo que eso la ha cabreado aún más. Cierra el ordenador de un golpe y se levanta, enfrentándome—. ¡No voy a relajar nada! Estamos perdiendo el tiempo aquí mientras a Mike le deben estar... ¡No quiero pensar lo que debe estar pasando!

Se ha acercado a mí y me señala con el dedo, levantando la cabeza para mirarme.

—No podemos precipitarnos —le digo con calma. Me da igual cómo se ponga—. Iremos a por Mike, y lo haremos cuanto antes, pero tenemos que hacerlo bien. Hablaré con el equipo y trazaremos un plan, no podemos irnos ahora e improvisar un rescate a lo loco.

—Pero sí podemos quedarnos aquí esperando mientras pones todo en manos de otros —replica.

—Confío en mis compañeros, y ellos pueden recabar más información útil y coordinar la operación. Confía tú en mí y déjame hacer las cosas a mi manera.

Amber resopla y baja los hombros. Se aparta de mí, desviando la mirada, y se mete en el baño. Grace sigue tirada en el sofá, pero no tarda en levantarse mientras yo marco el número de Solomon.

—Me piro, estoy harta de estar aquí. Ahora te toca vigilar a ti.

La miro con un gesto de advertencia que ella ignora deliberadamente antes de salir por la puerta. Cuando Solomon responde al teléfono yo ya estoy buscando los datos que ha conseguido Amber en su portátil.

—¿Hay novedades, Mesz?

—Solomon, anota estos datos y buscad todo lo que podáis sobre esta localización. Tenemos el paradero del coche en el que se llevaron al chaval.

—Vaya, ¿cómo lo habéis hecho? Aquí aún estamos intentando acceder a

las bases de datos.

—No preguntes. No tengo ni idea.

—¿Es fiable?

Lo pienso durante unos segundos, mirando el portátil de Amber. Hay un programa encendido y un montón de ventanas abiertas con códigos que no entiendo. Estas cosas no se me dan nada bien, así que solo me queda confiar en ella. No es la primera vez que me sorprende haciendo algo especialmente bien.

—Sí, es fiable. Dentro de tres horas tened lista toda la información que podáis conseguir, nos reuniremos y trazaremos el plan de rescate.

—Estará todo listo para entonces —responde Solomon. Es el más serio del grupo, y eso me hace confiar plenamente en él—. Nos vemos en tres horas.

Amber sale del baño al poco de colgar. Tiene la cara limpia, y no parece haber llorado, pero ni siquiera me mira. Se sienta en el sofá con los brazos cruzados, enfurruñada.

Odio estas niñerías, y más en estas situaciones. Le doy un rato mientras hago un par de llamadas más desde la cocina, pero cuando termino, sigue ahí sentada con la misma actitud, y me está empezando a tocar un poco los huevos.

—¿Vas a seguir enfadada todo el tiempo? —la enfrento. Somos adultos, joder—. ¿Esta es toda la madurez que has desarrollado durante estos años?

Amber vuelve la mirada hacia mí, frunciendo el ceño con mayor enfado. Sus ojos verdes destellan como si tuvieran fuego dentro.

—¿Qué? ¿Eres idiota? No estoy enfadada —responde indignada.

—Pues lo disimulas de puta madre —replico.

—¿Estoy preocupada! —exclama poniéndose en pie y agitando los brazos—. Y me siento impotente porque han secuestrado a mi novio por culpa de los negocios de mierda de mi padre, y lo único que puedo hacer es esperar a que otros hagan las cosas por mí, como de costumbre. —Lo suelta todo de carrerilla, sin tomar aire, y luego me mira, retadora, con la respiración agitada y las mejillas enrojecidas por el enfado.

—¿Qué estás diciendo? Acabas de hackearte el sistema de la policía,

no estás de brazos cruzados. Esto lleva su tiempo, lo sabes de sobra, así que cálmate de una vez.

—No me digas que me calme. ¡Estoy calmada! —exclama alzando la voz y sacudiendo las manos. Sí, vaya, es la viva imagen del zen—. ¿Te lo tengo que volver a explicar? ¿Qué es lo que no entiendes?

—No lo estás, y no, no me tienes que explicar nada, maldita sea. Pero no pagues conmigo tus mierdas, estoy aquí para ayudarte, ¿entiendes?

Maldita sea. Odio que se ponga así, y odio no saber qué demonios hacer para que deje de preocuparse. Lo que acabo de decir no ayuda, porque veo que me mira con más enfado, y con algo parecido a la decepción, lo cual, evidentemente, no me gusta un pelo.

—¿Y esa es toda la inteligencia emocional que has desarrollado tú durante estos años? Eres un insensible de mierda.

—Y tú sigues siendo una niña histérica.

Ella aprieta los labios. Sus ojos destellan de enfado, y levanta la mano. No he recibido entrenamiento militar para dejarme abofetear por una cría con un ataque de nervios, pero por alguna razón no me defiendo. No lo hago, me quedo quieto como un gilipollas mientras Amber me cruza la cara y el sonido del bofetón restalla en la habitación. Y ella se queda quieta y sorprendida, llevándose la mano a la boca para cubrirsela como si no creyera lo que acaba de hacer.

«Mierda».

No tendría que haberle dicho eso. A lo mejor me merezco este bofetón. Vale, me lo merezco. Pero sigo frustrado, porque no quiero ver esa mirada en ella. No quiero verla perdida ni asustada y ser incapaz de calmarla. Nunca he podido hacerlo, no tengo palabras de consuelo ni de ánimo, eso siempre se me ha dado de culo, como estoy demostrando. Las cosas no han cambiado tanto en cinco años, puede que ella haya madurado, puede que ahora sea más capaz, pero yo sigo en el mismo maldito punto, como si el tiempo se hubiera detenido.

Es lo que siento ahora mismo, mientras ella me mira sorprendida y angustiada por lo que acaba de hacer. El tiempo se detiene. La mejilla me arde por el bofetón, pero no me duele. Algo se sacude dentro de mí, y ya no puedo

detenerlo por más tiempo.

—Lo s...

«Al infierno».

No la dejo terminar. No puedo soportar esta frustración y solo hay una cosa que deseo hacer desde que ha vuelto a mi vida. Cierro los dedos en sus brazos y le cierro la boca con la mía, con un beso salvaje. Es lo único coherente que puedo hacer ahora mismo, así que lo hago. Me importa una mierda lo que pase después.

Durante un instante espero que ella me vuelva a cruzar la cara, pero no lo hace. Primero se tensa, y luego se agarra de mi camiseta y se apoya en mi pecho mientras sus labios me abren paso al interior de su boca. Su sabor sigue ahí, intacto, como a limonada y frambuesas, y su lengua es cálida y deliciosa. No sabe cuánto la he echado de menos. Ni siquiera yo lo sé.

Su cuerpo se aprieta contra el mío y pronto nos vemos arrastrados por la ansiedad sin querer evitarlo.

Ella también deseaba esto. Lo sé desde que nuestras miradas volvieron a cruzarse. Solo era cuestión de tiempo. Solo necesitábamos una oportunidad para lanzarnos sobre el otro, y aquí la tengo, y ya no puedo parar. Abro las manos en su espalda y la aprieto contra mí, ladeando la cabeza para besarla más profundamente. Amber resuella y se separa apenas para quitarme la camiseta a tirones.

Mientras la empujo contra la puerta de la habitación y la abro torpemente con una mano, ninguno decimos nada. Las palabras solo lo estropearían, las palabras nos devolverían a la realidad, y ahora ninguno de los dos queremos enfrentarnos a ella. Que le den por el culo a la realidad. Ahora mismo es como si estuviéramos retrocediendo en el tiempo, como si ella nunca hubiera salido del coche. Como si yo nunca me hubiera ido. Quiero tenerla una vez más, aunque sea la última, aunque no vuelva a besarla en mi maldita vida. Una vez más para soldar este vacío que dejó dentro de mí y no he conseguido llenar con nada. Y sobre todo, quiero que se olvide de que está otra vez en una mierda de pesadilla. Quiero que se olvide de todo, de su padre y de su estúpido novio y de que esta vida es injusta de pelotas.

Y parece que lo consigo, porque mientras nos desnudamos a toda prisa,

sus ojos solo se fijan en mí, brillantes y llenos de emociones que no puedo comprender del todo y golpean con más fuerza dentro de mí. No es la misma de antes, ya no es la niña ingenua que yo conocí, en sus ojos ahora hay algo maduro, la vida le ha hecho daño y le ha dado su cara más amarga, y aun así no ha perdido ese brillo de inocencia que yo recordaba. Ahora me mira a mí y parece que solo yo existo en el mundo, y quiero que eso siga siendo así, al menos unos instantes más.

Con suerte, esto la calma a ella y hace que yo pueda pasar página de una vez por todas. Con suerte cierra aquella puerta que quedó entreabierta y que me ha estado obsesionando.

Estoy exprimiendo sus labios como si fuera fruta madura. La empujo con el cuerpo sobre la cama y ambos caemos encima de las sábanas revueltas que aún huelen a ella. Le quito la camiseta de tirantes y prácticamente le arranco el sujetador, cerrando ambas manos en sus tetas, que siguen tal y como las recordaba: llenas, perfectas, cálidas y enloquecedoramente voluptuosas. Nadie me ha puesto como me pone Amber, nunca, y esta locura solo lo demuestra. Conocerla a ella hizo que el resto dejase de existir para siempre, y nada ha vuelto a ser igual.

Le quito los pantalones, y ella me desabrocha los míos con urgencia, tirando de la cinturilla hacia su cuerpo mientras abre las piernas, rodeándome la cintura mientras mete una mano en mi ropa interior. Nos besamos como desesperados, y suelto un resuello cuando sus dedos rodean mi erección. Estoy tan excitado que su contacto casi duele, pero pronto el placer borra del todo cualquier pensamiento cuando la saca de mis pantalones y comienza a masturbarme. Ese mero gesto me marea. Las sensaciones son intensas, como si llevase demasiado tiempo esperando esas caricias. Le aparto el pelo de la cara con las manos después de darle un par de magreos y la miro.

Es preciosa, joder. Es una diosa pelirroja, y sigue siendo una maldita droga. Durante estos cinco años no he podido quitármela de la cabeza, intentaba no pensar en ella, intentaba no recordar, pero ha llenado mis sueños, se ha colado en mis pensamientos cada vez que he bajado la guardia.

Amber también me mira. Recorre mis tatuajes con los ojos y los dedos, dibujando los contornos de mis músculos. Los contraigo, exhibiéndome ante ella, y veo cómo se muerde los labios con un gesto sensual, lleno de anhelo. Seguimos en silencio, solo se escuchan los jadeos y los chasquidos de

nuestros besos en la habitación. Mejor así. No quiero discutir más. Lo que necesito ahora es otra cosa.

Y ella también. Porque no aguanta más. Me rodea con los brazos y me aprieta el trasero con las manos, empujándome contra su cuerpo y rodeándome con las largas piernas. Las enreda en las mías, arqueándose mientras le agarro el trasero y...

«Joder...».

—No llevo condones... —susurro ahogadamente, maldiciendo para mi interior. Las putas palabras. Si había algunas que podían estropear más esto, son estas.

—Cállate, no te preocupes por eso —susurra en mi boca, y me apremia, levantando las caderas y ondulando contra mi cuerpo.

Maldita sea. Ella lo ha querido.

La agarro bien y embisto, penetrándola hasta la mitad en el primer movimiento. Aprieto los dientes y aguanto la respiración. Ella se arquea hacia atrás y gime, y ese sonido me parece música celestial. No quiero oír otra cosa. No quiero oír nada más el resto de mi vida. Así que me hundo hasta mi límite, llenándola, y ella se contrae y se pega más a mi cuerpo, hundiendo las uñas en mi trasero. Su cuerpo me exige más y yo se lo doy. La embisto con movimientos intensos y rápidos, dejándome llevar por esta urgencia que amenaza con hacerlo saltar todo por los aires.

Sus gemidos se elevan. Los vecinos nos oirán, pero me importa una mierda. Le doy lo que quiere, y tomo lo que yo quiero mientras la beso como si nunca fuera suficiente, intentando que lo sea de una vez por todas, que esta sed que me ha matado durante tantos años se aplaque de una maldita vez y me deje vivir tranquilo.

Todo es rápido e intenso como la combustión de una bengala. Amber me araña la espalda y se agita, retorciéndose sobre las sábanas. El cabecero de la cama golpetea contra la pared con cada embestida. Levanta la voz, gimiendo, y siento su orgasmo llegar antes de que se produzca. Sus piernas me aprietan contra ella y su respiración se desboca, y se deshace con un gemido delicioso entre mis brazos. El clímax la hace contraerse y agitar la preciosa melena roja. Sus mejillas se han teñido y sus labios parecen frutos maduros. La beso con

glotonería, incapaz de aguantar más cuando sus contracciones me atrapan, y sin pensar un instante más, me dejo ir.

El orgasmo es repentino. Un estallido incontrolable, una lengua de placer que durante un instante me ciega. Un gemido ronco brota de mi boca y se pierde entre sus labios mientras nos besamos torpemente, jadeando y temblando aún por el clímax. Su piel está húmeda de sudor, y su olor, ese olor que nunca he podido olvidar, parece invadirlo todo, dulce y sensual.

Meto las manos en sus cabellos y la abrazo, manteniéndome en su interior durante unos instantes, mientras los pensamientos aún no regresan a nosotros.

No quiero volver a la realidad. Mientras hundo la nariz en su pelo y aspiro su perfume, me doy cuenta de algo: no tengo suficiente. Esto no va a ser suficiente, y no quiero que este momento termine, porque sé que entonces van a venir las preguntas.

Capítulo 4

Sentimientos

Amber

«¿Qué he hecho?».

Esa pregunta se repite dentro de mí varias veces, y no quiero responderla. El abrazo de Eric es cálido, y está respirando en el hueco de mi cuello. Es como tener a un gran felino encima, pero en lugar de sentirme amenazada, me siento protegida. No quiero pensar, pero esa pregunta martillea dentro de mi cabeza y comienza a convertir en angustia los restos de placer que aún me recorren los nervios.

«¿Cómo he podido hacer algo así?».

Mike está secuestrado, Mike está en peligro. Mike está pasando los peores momentos de su vida, y yo acabo de follar con Eric. Mientras está atado en esa silla yo me he encargado de cargarme la relación y de colocarle una buena cornamenta, por si su día no había ido suficientemente mal. No puedo creer que haya sido tan débil, tan mala persona y tan egoísta como para terminar así.

Parpadeo con fuerza, tragando el nudo que tengo en la garganta, y hago un esfuerzo por apartar a Eric de mí. Estoy empapada de sudor, la habitación huele a sexo, y yo huelo a él. No me siento incómoda. De hecho, a pesar de los remordimientos, a pesar de lo mal que está todo, es como si todo estuviera exactamente dónde tiene que estar. Una parte de mí no entiende cómo ha podido vivir sin esto, pero la otra, la más consciente y responsable, quiere apartarse, ducharse y olvidar cuanto antes que esto ha ocurrido.

«Lo mejor será que finjamos que no ha pasado nada».

Cuando intento levantarme, Eric me retiene. Sus brazos me rodean y noto la caricia cálida de sus dedos en mi cara y en mi pelo cuando me besa, atrapándome contra el colchón. Sus gestos son posesivos y llenos de anhelo. Su beso profundo y locuaz. No quiere que me separe de él, y esa parte de mí

que desea quedarse aquí para siempre entabla un duelo con mi yo responsable.

«Eric nunca ha sido así de posesivo. Nunca me ha besado así. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me hace esto ahora?».

Ni siquiera forcejeo para irme. Me veo arrastrada por el beso, pero en un esfuerzo titánico le empujo lo suficiente para que deje de hacerlo, y tomo aire entrecortadamente, mirándole sin poder disimular mi confusión. La melena le cae por delante de la cara y le ensombrece el rostro, y sus ojos parecen más profundos y oscuros. Siempre hay contención en ellos, como si estuviera ocultándose detrás de una barrera, pero ahora apenas puede ocultarse, me mira como si no creyera que me tiene delante.

—No podemos seguir con esto, Eric —le digo con un susurro angustiado. Él frunce el ceño, hay un brillo de decepción al fondo de su mirada—. ¿Qué hay de lo que me dijiste? Según tú no podíamos estar juntos, tú elegiste lo que querías, ¿y ahora me haces esto? No puedes haber tomado esa decisión y ahora hacerme esto. No puedes jugar así con mis sentimientos, no soy una muñeca.

No he podido contenerme. Le suelto todo eso y hasta la respiración se me acelera. El nudo en la garganta se convierte en algo doloroso que casi me asfixia. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué ni siquiera me llamó para solucionarlo? ¿Por qué ha dejado que pasen cinco años? Es verdad que deseo esto, que no podía quitármelo de la cabeza, que me moría por volver a besarle y sentirle dentro de mí, pero esto está mal. Lo estoy haciendo mal, y él también.

Eric se me ha quedado mirando. No me suelta ni se aparta, pero algo en mis palabras le ha golpeado porque durante unos instantes no dice nada, y cuando lo dice, deseo que se hubiera quedado callado.

—¿Qué sentimientos?

«Dios mío... no. Esto no puede estar pasando».

Al principio no reacciono, me quedo bloqueada, pero luego recuerdo que se ha pasado cinco años en silencio, que no me hizo esa pregunta cuando era el momento, y que ahora ya es tarde, y me revuelvo debajo de él, furiosa. Le intento pegar otra vez, pero él me agarra las manos y me sujeta contra el colchón.

—¿Qué sentimientos, Amber? —pregunta con un tono firme—. ¿Es que tú sientes algo por mí?

—¿Qué?! ¿Ahora me lo preguntas? ¡Esto es injusto! ¡Eres un cabrón, Eric! —le respondo fuera de mí.

La expresión de Eric cambia de pronto. La gravedad en su mirada se convierte en preocupación, y veo con claridad la amargura en ella. Parece darse cuenta de algo repentinamente, y me suelta, apartándose de mí y sentándose en el borde de la cama. Me da la espalda y apoya los codos en las rodillas, frotándose la cara y negando con la cabeza. Nunca le he visto así. Cuando me incorporo a medias, dos lágrimas gruesas y calientes ruedan por mi cara. No me he dado cuenta de haberme puesto a llorar, pero ahí están las lágrimas, delatando a la niña que he sido siempre.

—Lo siento —digo limpiándome las lágrimas rápidamente—. Estoy muy nerviosa... todo esto me supera, Eric. Tenía mi vida encarrilada y de pronto todo vuelve a repetirse y no tengo nadie más a quien acudir que a ti... No quería que esto...

—Da igual la razón. Al final siempre acabo haciéndote llorar —dice interrumpiéndome, con mucha seriedad. No se vuelve para mirarme, pero su gesto preocupado es evidente—. Y odio que eso sea así. No quiero hacerte llorar, y nunca he querido.

Eso me conmociona. Eric siempre se ha preocupado por mí. Puede que yo no entendiera algunas cosas, su forma de ser o de actuar, pero siempre ha mirado por mí y por mi seguridad, y verle zozobrar de esta manera hace que todo mi enfado se convierta en nada. Una sensación agri dulce me invade el corazón al ser consciente de eso. Él también está confuso, y hay demasiadas cosas por solucionar entre nosotros. No hemos podido evitar que la avalancha se nos lleve por delante.

Los recuerdos de aquella época que pasé junto a él vuelven a mí, y llevada por la nostalgia, le abrazo desde atrás, apoyando la mejilla en su fuerte espalda. No es cierto que siempre me haya hecho llorar, durante aquel tiempo, me dio fuerzas y me apoyó sin saberlo, y puso todo su empeño en protegerme incluso a pesar de mí misma. Ahora que le necesito, vuelve a estar. Ha bastado una llamada. Tal vez debí hacerlo antes, tratar de arreglar las cosas. Ninguno nos merecemos aquel final.

—Eric... te necesito en este momento, esa es la verdad —confieso a media voz. Él vuelve la cabeza hacia mí y me mira de soslayo—. Te necesito... pero no me pongas contra la espada y la pared. Están pasando muchas cosas, demasiadas... y no puedo pensar con claridad en todas ellas. Tengo que centrarme en lo que debemos hacer...

—Tranquila —responde. Noto que su tensión se relaja, y se da la vuelta para rodearme con sus brazos. Yo venzo el peso en su regazo y apoyo la cabeza en su hombro, aceptando el refugio que más segura me ha hecho sentir en mi vida. Su calidez me envuelve y me llena, y vuelvo a sentir esa sensación de estar en el lugar adecuado, de pertenecer a este espacio íntimo y seguro—. No lo haré.

Eric

Es como si estuviera hecha para mis brazos. Tenerla entre ellos es como un sueño. O más bien, como si el sueño hubieran sido estos cinco años de silencio y ahora hubiera despertado con ella entre mis brazos. Es algo difícil de creer. Y es difícil resistirse. Nunca he sido capaz, desde que la conozco ejerce un magnetismo irresistible sobre mí. Me ha convertido en un adicto.

Estamos en silencio, abrazados. Su olor lo impregna todo, es dulce y maduro a la vez, y el calor de su piel me envuelve como su perfume. Tengo el sabor de sus labios en la boca. Pensaba que el estallido de antes me calmaría, que me ayudaría a despejar los pensamientos y a centrarme, pero lo cierto es que ha despertado con fuerza un hambre encostrada. Un hambre de cinco años. Cinco años reprimiéndome para no llamarla, sabiendo que escuchar su voz sería mi perdición, que volver a caer sería un error. Y ahora aquí estoy, derrotado ante su única llamada, preguntándome si el error no habrá sido el silencio y la distancia.

Empieza a darme igual haber caído.

Ella me necesita. Es todo lo que tengo que saber. Ella me necesita, y se aferra a mi abrazo como a una tabla de salvación. Es lo único que importa. Tengo que borrar sus lágrimas, tengo que pulverizar su miedo.

Deslizo una caricia por su pelo, y ella levanta la cabeza y me mira. Me siento extraño, como si me volviera de algodón por dentro. La calidez vuelve a llenarme el pecho cuando sus enormes ojos verdes se posan en los míos. Parecen esmeraldas iluminadas engastadas en su rostro. Es preciosa, siempre

lo ha sido, pero hay algo en ella que hace que todo desaparezca cuando me mira. Sus labios se abren, sonrosados, jugosos como fresas maduras, tentadores y anhelantes, y ya sé que estoy perdido otra vez cuando se acercan a mí para besarme.

Pero me da igual. Me da absolutamente igual. Ella me necesita. Y yo la necesito más de lo que estoy dispuesto a admitir. La he necesitado todo este tiempo. Siempre, tal vez.

Tomo sus labios entre los míos y los saboreo a conciencia. Sus brazos me rodean el cuello y aprieta su cuerpo contra el mío. Noto sus pechos aplastarse contra mis pectorales, cálidos y sugerentes, y acaricio su espalda con suavidad mientras nos enredamos poco a poco en el beso.

Su saliva es dulce y cálida, y me tomo mi tiempo en paladearla, en recorrer su boca con la lengua mientras ella se deshace entre mis brazos. La empujo con cuidado sobre el colchón, sin dejar de besarla, y mis manos recorren su cuerpo a conciencia. Antes todo ha sido arrebatado, una explosión incontrolable, pero ahora quiero prolongar esto como si tuviéramos la eternidad por delante, sin hacernos preguntas, sin palabras que lo estropeen. Le he prometido que no la pondría entre la espada y la pared, pero sus palabras siguen retumbando en mi mente.

«No puedes jugar así con mis sentimientos», ha dicho. Y joder, es lo último que quiero hacer. No soporto la idea de hacerle daño. Nunca he querido hacérselo, pero nunca he sabido que esos sentimientos se enfocaban en mí. Amber era una chica caprichosa, enamoradiza y sedienta de emociones cuando la conocí, y siempre me dejó muy claro hasta qué punto quería llegar, ¿por qué coño no me lo dijo antes? ¿Por qué no me lo dijo en el coche? Tal vez porque soy gilipollas y respondí que no a su pregunta.

De nada sirve pensar. Le he hecho una promesa. No sé a dónde llegará esto, si volverá a ser el estallido fugaz de un rayo en medio de la noche, pero poco importa. Me necesita. Y yo necesito esto como el agua en el desierto. Estoy cansado de tener sed.

Su tacto llena mis manos de calidez. Enredo los dedos en sus cabellos mientras deslizo la otra mano entre sus muslos y levanto un poco la cabeza para mirarla. La luz en sus ojos parece haberse intensificado y me mira con el ceño ligeramente fruncido. ¿Quiere que esto vuelva a ocurrir? No tengo que

preguntarle, Amber me rodea el cuello con los brazos y separa las piernas despacio, sus labios me buscan y cierra los ojos, dejándose llevar.

Y ya no hay más que decir. La sed en mi interior se ha templado, pero no ha desaparecido. Siempre ha estado ahí, la he intentado cubrir, pero ahora me doy cuenta del vacío que dejó y lo imposible que ha sido llenarlo con nada. Creo que nunca he sentido nada igual con nadie, ni siquiera con Claire. Es una locura, y por primera vez estoy dejando que pase. Estoy bajando las defensas y dejándome arrastrar por esta sensación cálida que se abre en mi pecho.

Nuestros besos se vuelven cada vez más profundos. En su mirada el brillo se licua, y a veces, cuando nos separamos para respirar, me observa como si no creyera lo que ve. No sé qué está pasando. No quiero hacerme más preguntas. He pasado cinco años haciéndome preguntas de mierda, y va siendo hora de terminar con eso, así que dejo de pensar.

Recorro su cuerpo con las manos abiertas. Su calidez se contagia rápidamente a mis manos. Nunca he tocado nada tan suave y apetecible como la piel de Amber, y me dedico a saborearla a conciencia. Su sabor como a nata y vainilla me llena la boca, me trae recuerdos amables y me provoca un escalofrío agradable. Bajo por su cuello, muerdo la carne tierna y estrecho sus pechos con las manos abiertas. Oigo su respiración acelerarse, y un suave gemido sorprendido cuando atrapo un pezón entre mis labios y lo succiono hasta que siento cómo se endurece. Sus piernas me rodean, despacio, y se arquea, hundiendo los dedos en mi pelo y empujándome hacia ella como si aún nos separase una distancia insoportable. La disfruto así durante un rato, atento a las reacciones de su piel, a su voz y a cada uno de sus movimientos. Quiero que el mundo deje de existir para ella, al menos durante este instante, y pienso poner toda mi voluntad en ello.

Bajo por su vientre y hundo la lengua en su ombligo, dibujando círculos que la hacen estremecer. Me tira con suavidad del pelo, y me empuja hacia abajo. Antes de responder a su demanda, acaricio su vientre y cuello una mano entre sus piernas. Cuando comienzo a acariciarla, Amber gime y se arquea, y levanto la cabeza para mirarla. Parece una sirena, la larga cabellera roja se abre sobre mi almohada y apenas puedo creer que la tenga aquí, tendida en mi cama, desnuda y entregada como está ahora. Acaricio entre los pliegues de su sexo, esquivando el endurecido clítoris, y su excitación comienza a mojarme

los dedos. Entonces respondo, me inclino y la saboreo, deslizando la lengua sobre el nódulo palpitante que reclama mis atenciones. Amber gime otra vez, y mi erección comienza a pulsar con fuerza entre mis piernas. Verla así me enloquece, pero soy más que capaz de mantener el control a pesar de que su voz se deshaga en placer y no deje de reclamarme tirando de mis cabellos y empujándome con los pies.

—Eric... Eric... Sí...

Mi nombre en sus susurros me provoca un estremecimiento. La hace más real. No es un sueño. La tengo aquí, en esta casa en la que he sido un fantasma durante tantos años.

La devoro con más ganas, saboreando cada milímetro de dulce piel, provocándola hasta el límite y succionando, deslizando la lengua en su interior y sacándola para reemplazarla con mis dedos.

—Eric... Eric... por favor —murmura ella, incorporándose a medias mientras me tira del pelo—. Para... para, házmelo ya.

Me separo de su sexo y respondo a sus movimientos. Ella tira de mí, y yo la cubro, besándola con toda la necesidad que me ha torturado en su ausencia. Noto sus rodillas presionar contra mis costados, sus caderas se elevan y se pega a mi cuerpo, y solo tengo que mover las caderas para darle lo que quiere. La penetro con facilidad, en un movimiento lento que remato con un impulso para enterrarme del todo en su calidez. Devoro sus gemidos cuando comienzo a moverme rítmicamente, primero despacio, luego más rápido, respondiendo a la forma en la que ella se arquea y se pega a mi cuerpo.

La rodeo con los brazos, y no dejo de besarla. No puedo dejar de hacerlo. Esa extraña sensación en mi pecho se extiende como un calor insoportable mientras nos movemos el uno contra el otro. Es un deseo ardiente por apartarla de todo, por arrebatársela a la realidad que ha vuelto a golpearla injustamente, y por aferrarme a esto durante unos instantes. El mundo también deja de existir para mí.

Sus gemidos se elevan cuando se aparta de mis labios y se arquea hacia atrás. La siento atraparme en su interior, su cuerpo se contrae y se retuerce debajo de mi peso cuando el orgasmo le sobreviene, y yo me dejo arrastrar por ella cuando la sensación ardiente me recorre los nervios. Con un gemido

bronco, me derramo en su interior y la abrazo con fuerza, deteniéndome enterrado en ella, sintiendo los latidos de nuestra carne. Ella me abraza, estrechándose contra mí, besándome torpemente entre jadeos.

Durante unos instantes estamos así, enredados, fundidos literalmente, y cuando los latidos se acallan y nuestras respiraciones vuelven a la normalidad, salgo de ella con un sonido húmedo y me tumbo a su lado, sin soltarla. Amber se acurruca contra mí y esconde el rostro en el hueco de mi cuello, respirando contra mi piel mientras juguetea con sus dedos en mi pelo.

No sé el tiempo que pasamos así. Me he quedado en duermevela, abrazado a ella. Si bajase más las defensas me quedaría dormido, me olvidaría de lo que está pasando, nos permitiría descansar en este oasis, pero no puedo permitirnoslo. Durante unos instantes solo la observo, le aparto el pelo del rostro y estrecho su cuerpo contra el mío. Me muevo despacio para no despertarla, pero ella abre los ojos y me mira. Aún tiene las mejillas encendidas y en sus ojos ya no hay amargura, lo cual me tranquiliza.

—Amber... tengo que irme —digo en voz baja. No quiero romper este momento de intimidad—. Me están esperando.

Ella asiente, mirándome fijamente. Veo cómo baja la mirada hasta mi boca, cómo observa mi pelo y mis ojos, como si estuviera reconociéndome después de tanto tiempo.

—Lo entiendo. Estaré esperando —responde en un susurro, deslizando los dedos en mi melena mientras me mira—. Eric... tenemos que salvarle. Mike no se merece lo que le está pasando.

—Nadie se lo merece.

—Pero él... me siento como si le hubiera engañado... No solo con esto, con todo. Él no sabe nada de mi padre, no sabe nada de esa parte de mi vida, y se lo ha llevado por delante. Él es honesto, nunca miente y nunca me ha mentado a mí. No creo que pudiera imaginar nada parecido a esto... Es inocente, y es demasiado bueno para que le pase algo así. Todo esto es muy injusto, Eric.

Me sorprende su manera de hablarme de Mike. En sus ojos no brilla aquel fuego enloquecido con el que me hablaba tiempo atrás. No es la niña enamorada a la que conocí, me está hablando como alguien que realmente es

capaz de ver más allá de las apariencias, sin quedarse en la superficie. Poco a poco me voy dando cuenta de cuánto ha cambiado, aquella chica superficial que yo conocí es ahora una mujer, tal vez ya lo era cuando lo afirmó en aquella discusión y la dejé por última vez en el portal de casa. Pero ahora la veo claramente y una emoción extraña me invade al reconocer lo que siempre he querido ver en ella.

Amber era inestable, estaba loca, era irresponsable e impulsiva, pero siempre ha tenido luz. Una luz que otras personas no tienen, potente, capaz de llegarte en los momentos más insospechados. Ahora esa luz especial parece haberse tamizado, aquel fuego que siempre acababa quemándonos es una llama constante, cálida, que se refleja en su mirada con una nueva serenidad. Se ha dado cuenta de que el mundo no gira a su alrededor, pero lo mejor es que es segura y capaz. Ha tomado las riendas de su vida y se ha convertido en una mujer maravillosa.

«Y yo me lo he perdido».

Es absurdo lamentarse. Ha sido mi decisión, aunque quiero pensar que lo que vivimos le dio la fuerza necesaria para convertirse en quien es.

Vuelvo a besarla, despacio, intentando sofocar esta molesta emoción que no deja de arderme en el pecho. Voy a tener que estar centrado para lo que viene, y quitarme todos estos estúpidos pensamientos. Por mucho que me guste ver a Amber así, esto ya no es para mí.

—Todo irá bien, Amber —le digo al separarme. Sus ojos me miran, encendidos de emociones que no quiero comprender—. Te prometo que rescataremos a Mike.

Y vuelvo a hacerlo. No puedo evitarlo. Vuelvo a prometérselo. Y tengo que cumplir. Tal vez no pueda darle lo que merece, pero puedo darle la oportunidad de vivir la vida que desea.

Capítulo 5

Rescate

Amber

Aún estoy asimilando lo que ha ocurrido.

En mi piel siento la calidez de sus manos, aunque se haya levantado y ya no me abraze. La luz del salón se cuele por la puerta abierta y veo su sombra cruzar mientras se prepara para salir. Su presencia me hace sentir segura. Lo que ha pasado, aunque me hace sentir mal por Mike, de alguna manera ha consolado mis miedos... pero también ha acrecentado las dudas dentro de mí.

Eric nunca había hecho nada igual. Nuestros encuentros siempre fueron apasionados, ardientes, aunque siempre fue muy intenso, me costaba leer en él las emociones mientras hacíamos el amor. Nunca estaba segura de que hubiese algo más que la atracción mutua y esa pulsión que tiene Eric por protegerme y apartarme del lado terrible del mundo por verme como una niña incapaz de defenderse. Ahora no estoy tan segura de eso. Hoy he visto algo más, como si estos cinco años hubieran erosionado la máscara con la que siempre se cubría y hoy no hubiera sido capaz de mantenerla en alto. Solo un instante ha bastado, un momento de intimidad, ya rotos los diques, para que se atreviera a mostrar esa calidez, esos gestos llenos de emoción que me han atravesado la piel y que aún brillan dentro de mí.

«¿Cómo se supone que voy a olvidarme de esto?».

Le he pedido que no hablásemos sobre mis sentimientos. Tampoco quería hablar de los suyos. Pero lo hemos hecho, a través de los besos y las caricias. Lo hemos hecho porque Eric acaba de hacerme el amor, y no sé si hasta ahora habíamos hecho algo más que follar como desesperados a los que se les escapaba el tiempo. Él siempre ha sido respetuoso, pero nunca ha mostrado una ternura como la de esta noche de forma tan abierta. Sé que siempre se ha preocupado por mí, que siempre le he gustado, pero siempre he tenido dudas en cuanto a sus sentimientos. Los míos los tuve claros el día en que lo dejamos... qué bien, ¿eh? Pero así fue. Me di cuenta de que le quería,

de que quería algo más con él solo unos instantes antes de que él me dijera que no quería nada en absoluto. Ahora no sé si solo le necesito, si estoy aferrándome a lo único que me hizo sentir segura durante los peores días de mi vida, o si realmente ha sobrevivido algo de aquello que sentí. Nunca he dejado de pensar en él, porque para mí aquella historia se quedó sin resolver... y tal vez ahora tenga la oportunidad de hacerlo. De terminar las cosas bien, sincerarme y dejarlo en el pasado, donde debería estar.

No importa. No es momento para pensar en esto. Eric va a reunirse con sus compañeros para trazar un plan y rescatar a Mike, y yo debería estar descansada para lo que está por llegar. Sé que esto no va a ser fácil. No nos lo pondrán fácil.

Le doy tregua a mis pensamientos y durante unos instantes consigo quedarme en duermevela, totalmente tranquila y relajada, pero cuando estoy casi dormida escucho la voz de Grace en el salón, agitada y casi gritando. Parece que ya ha vuelto de su escapada. Y está discutiendo con su hermano.

—Y una mierda, no vas a ir solo. ¿Pretendes que me quede aquí haciendo de niñera mientras vosotros salváis la situación? Vas listo, hermanito —le está replicando. Su voz suena clara porque la puerta de la habitación está abierta.

—Es una orden, Grace.

—A la mierda tus órdenes —replica ella enfadada.

—No voy a discutir esto, no quiero réplicas. Quiero que te quedes vigilando.

—¡Ya no soy una niña, Eric! Soy perfectamente capaz de ir con el grupo y enfrentarme a esto.

—Nadie está diciendo que no lo seas, pero alguien tiene que...

—¿Y tengo que ser yo? —le interrumpe ella, indignada—. ¿Por qué no le dices a Solomon que venga? Yo os puedo ser de gran ayuda.

—Pero te necesito a ti aquí, joder. Y te vas a quedar aquí, punto.

Oigo cómo alguien da un golpe sobre la mesa. Ha debido ser Grace, porque acto seguido, Eric resopla y gruñe algo que no llego a entender. Oigo sus pasos sobre la tarima, pisando fuerte y casi puedo imaginar su expresión

de cabreo.

—¡No puedes obligarme! ¡Eh!

Los pasos apresurados me extrañan. Oigo la puerta de la calle cerrarse con un enorme estruendo, luego el chasquido del cerrojo y golpes contra la madera.

—¿Qué?! ¡Debes estar de broma! ¡Abre ahora mismo, Eric!

Los gritos de Grace me hacen levantarme apresuradamente. Me pongo los tejanos a toda prisa y me echo la camiseta de Eric por encima, peinándome con los dedos. Salgo descalza al salón y la encuentro allí, golpeando la puerta con los puños y sin recibir respuesta. Le suelta un puntapié a la hoja de madera y se gira, cruzándose de brazos y apoyando la espalda en ella.

—¿Nos ha encerrado? —le pregunto. Aunque parece evidente.

—¡Sí! ¡Menudo gilipollas! Pero yo aquí no me quedo.

Grace se mueve como un lobo enjaulado. Echa la cabeza hacia adelante y camina enérgicamente hasta la puerta de la terraza. Voy tras ella, descalza, temiendo que haga una locura. La agarro del brazo con suavidad y ella se vuelve bruscamente. Por un momento la veo muy capaz de darme un empujón o soltarme una torta, pero se limita a mirarme con irritación. Enfadada se parece aún más a su hermano.

—Grace, espera. Podemos salir de aquí si es lo que quieres, forzaremos la puerta, pero tienes que dejar que Eric se apañe con los demás.

A medida que se lo digo, yo misma comprendo lo que estoy haciendo. Lo que ha pasado antes me ha ayudado a encajar piezas que habían estado sueltas desde hace años. La actitud de Eric, su manera de hacer las cosas, su miedo a fallar... todo está quedando claro poco a poco en este forzoso reencuentro. Me gustaría haberlas entendido de otra manera, que él me las hubiera explicado... pero así es la vida. Uno raramente elige de qué forma vienen las cosas, así que tengo que hacer lo mejor con ellas.

—¿Qué estás diciendo? Van a hacer algo peligroso, y yo puedo ayudarles. —Grace vuelve a entrar al salón cuando tiro de ella con suavidad. Está enfadada, pero en sus ojos también veo que está preocupada por su hermano—. Siempre me hace lo mismo, me tiene harta.

—Ven, sentémonos y pensemos con calma, ¿vale?

—Esto es una pérdida de tiempo.

Gruñendo insultos hacia su hermano, Grace viene conmigo y se sienta en el sofá. Mientras ella sigue despotricando sobre Eric, voy a la cocina y preparo dos infusiones. Eric tiene pocas cosas, pero acabo encontrando una cajita con bolsitas de lo que parece té negro. Caliento el agua en el microondas y lo sirvo en dos tazas humeantes. Grace me mira como si estuviera haciendo algo muy raro cuando le pongo la taza delante.

—¿Para qué es eso?

—Para que nos calmemos. —Ya sé que el té negro no vale para eso, pero Sheldon Cooper me enseñó que las bebidas calientes son reconfortantes y hay que ofrecerlas a los amigos cuando están mal, y es algo que yo misma he comprobado—. ¿Quieres azúcar?

—No, ¿nos podemos ir ya?

—Espera, Grace, quiero que entiendas algo. —Ella me mira y frunce el ceño, cruzándose de brazos y frotándose la nariz después con un gesto irritado. Al menos, parece dispuesta a escucharme—. Yo también quería ir con él a rescatar a Mike, pero he entendido que mientras esté cerca, Eric no podrá concentrarse en hacer su trabajo. Y creo que contigo le pasa lo mismo. Te quiere, eres su hermana, y tenerte cerca significa temer que te ocurra algo... no es porque no confíe en ti. Eric ha vivido cosas horribles y tiene miedo de perder a los que quiere. Y se hace responsable siempre, cree que la seguridad y el bienestar de todo el mundo dependen de él.

Grace suspira, descruza los brazos y coge la taza de té, dando un sorbo corto. Su ceño se frunce con fuerza, sigue enfadada, pero ha adoptado un gesto más reflexivo. Yo estoy intentando no darle vueltas a las implicaciones que tiene lo que acabo de decirle.

—Él no nos ha contado nada pero sé que le han pasado cosas en la guerra que le han marcado... Me frustra mucho que no nos deje entrar en su vida, y que nos aparte siempre por miedo, incluso cuando nuestra ayuda podría venirle bien. Y además, no le necesitamos para que nos proteja, le necesitamos porque somos su familia, y él no hace más que escaquearse, ¿entiendes?

—Lo sé, es frustrante... pero tenemos que respetarle. Discutiendo y

persiguiéndole solo lograremos que se cierre más y que además se ponga nervioso, o peor, que acabe huyendo. Es mejor aceptarlo y... bueno, dejar que haga las cosas a su ritmo.

Grace arruga la nariz y resopla. Deja la taza sobre la mesa y sacude la cabeza.

—Vale, vale. No me gusta pero lo acepto. Lo que no acepto es esta asquerosidad —dice señalando la taza de té con cara de asco—. Vamos a reventarle la puerta a Eric y vámonos a tomar algo, o me va a dar un ataque de estar aquí encerrada.

—Esa idea me gusta más.

En un santiamén me pongo las zapatillas, me enfundo el suéter por encima de la camiseta de Eric y me dispongo a abrir la puerta del piso. Con la ayuda de dos horquillas y las manos expertas de Grace conseguimos abrir la cerradura y salimos del piso que se había convertido en nuestra prisión. Las habilidades de ella no me sorprenden teniendo en cuenta lo que Eric me ha contado. Cuando estamos fuera y el aire fresco de la noche me llena los pulmones me siento mucho mejor. He dejado mi confianza en Eric, no puedo evitar nada de lo que está pasando, pero sé que él conseguirá poner las cosas en su lugar. Esa aceptación me permite relajarme un poco. Sin embargo, prefiero escaparme con Grace a pasar la noche encerrada y muerta de ansiedad pensando en qué estará pasando, y además es la única forma que se me ocurre de mantenerla controlada.

Caminamos un rato hasta que nos metemos en un bar. Hay gente en la barra y la música es agradable, tiene el volumen justo para que podamos hablar sin gritarnos y todo el mundo está en sus propios asuntos. Nos sentamos en una de las mesas resguardadas por paneles que se disponen en hileras frente a la barra y nos pedimos unos margaritas para comenzar la noche. No es el mejor momento para emborracharse, pero la verdad es que me sentaría bien poder abstraerme un poco del reloj y de la sensación de que el corazón se me oprime en el pecho con cada minuto que pasa.

«Pensándolo bien, si hay un buen momento para emborracharse es precisamente este».

A Grace, por lo que veo, le sienta fenomenal no estar encerrada. Sus ojos brillan tras la primera copa y comenzamos a reírnos juntas al conversar.

Las dos deseamos lo mismo, hacernos más llevadera la espera y alejar nuestros miedos.

—Yo si fuera tú aprovecharía todo esto para escaquearme de la boda —suelta bromeando. Llevamos un rato así, diciendo tonterías e intentando tomarnos todo esto a guasa.

Y está funcionando. Un poco al menos. Me río y le tiro la sombrillita de papel de mi tercer margarita a la cara.

—No seas cabrona, casarse no está tan mal.

—¿Y cómo lo sabes? No has estado casada nunca y no parece la gran experiencia, la verdad. ¿Sabes la de gente que se divorcia al poco de casarse? Es una pasada.

—Oye, dejemos de hablar de mi desastrosa vida sentimental y hablemos de la tuya, ¿tú tienes novio, novia o algo que se le parezca?

Grace tuerce el morro y me mira contrariada.

—No he tenido muchas parejas —responde con desgana—. He acabado dejándolos a todos, siempre acaban igual, queriendo controlarme, diciendo cómo tengo que vivir y siendo unos pesados en general. Y además, me aburren, yo no estoy hecha para esas cosas.

—A lo mejor deberías probar a echarte novia —bromeo, y ella se ríe.

—Seguro que todo sería más fácil.

—La verdad es que mis novios antes de Mike también eran un coñazo —digo encogiéndome de hombros—. Pero bueno, es mejor estar sola a estar con cualquier idiota, así que haces bien pasando del tema, no necesitas a ningún tío para vivir.

—Y tanto que no —replica, y luego entrecierra los ojos como si estuviera pensando en alguna travesura—. ¿Pero qué hay de tú y Eric? Sé que os habéis acostado, ¿es solo una aventura?

—¿¿Qué?! —exclamo sorprendida—. ¡¿Cómo lo sabes?!

Grace estalla en carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, y la miro contrariada.

—¡No lo sabía! Pero ahora ya lo sé.

—¿Cómo puedes ser tan tramposa? —alucino con ella. Me ha hecho una encerrona y he caído como una cría.

«Será maldita».

—Tranquila —dice al dejar de reírse, y me mira con más seriedad—. No es asunto mío en absoluto, pero no es muy coherente que hables así de Mike y te estés tirando a mi hermano, si quieres a ese chico deberías aclarar tus ideas.

Suspiro. Recupero la sombrilla de mi margarita y lo remuevo con ella, bajando la mirada. No quería pensar en esto, pero lo cierto es que necesito sacarlo de mi cabeza. Tal vez así pueda ver las cosas con más perspectiva. Sé que Grace tiene razón, pero esta situación se me está llevando por delante. Lo que ha pasado con Eric no está bien, pero lo necesitaba. Llevaba años necesítándolo, y de alguna manera siento que ha arreglado algo entre nosotros.

—Lo sé, Grace —admito, y la miro a los ojos apretando los labios—. Estoy hecha un lío, ¿sabes?

—Salta a la vista, chica.

—¿Tan evidente es?

—Saltan chispas entre vosotros cuando estáis juntos. Mi hermano evita mirarte y es algo que no suele hacer con las tías.

—Me siento fatal —suspiro, y niego con la cabeza—. Mike no se merece esto, es un buen chico y él siempre me ha respetado. Pero no esperaba esto... Lo que pasa entre Eric y yo es demasiado grande.

—Es tan intenso que pierdes el control, ¿no? —inquire, mirándome con una extraña comprensión y una media sonrisa. Recuerdo aquella conversación que tuvimos sobre la estabilidad, y algo me dice que Grace comprende muy bien las emociones fuertes.

—Sí. No puedo controlarlo... y creo que Eric tampoco puede. Se me lleva por delante. Durante muchos años hemos estado separados y creía que eso habría enfriado las cosas, pero la verdad es que no he dejado de pensar en lo que ocurrió entre nosotros... Yo le daba por perdido y... no estoy segura de que esto nos convenga a ninguno.

—Bueno, no te rayes demasiado —dice extendiendo la mano y dándome

unos golpecitos en el dorso de la mía—. Seguro que cuando llegue el momento lo tienes claro. Primero tenemos que esperar que el cazurro de mi hermano haga las cosas bien y le traiga de una pieza, o tendremos que ir nosotras a buscarles, y después podrás poner orden en tu corazón.

—Yo no descartaría eso de ir a buscarle —le digo medio en broma.

Grace levanta su copa de margarita vacía y el camarero no tarda en servirnos dos más.

—Ahora vamos a ponernos tibias de margaritas y a olvidarnos de toda esta mierda.

Levanto la copa y brindo con ella. Ninguna tenemos nada por lo que brindar así que bebemos sin sentido, pidiendo un margarita tras otro hasta que las conversaciones se vuelven banales y acabamos riéndonos por todo.

Y aun así, el nudo nervioso en mi estómago no desaparece, ni las preguntas, ni el miedo. Pero al menos el tiempo pasa más deprisa mientras estoy borracha.

Eric

Carlos ha detenido la furgoneta delante del edificio de oficinas de Graveloft Inc. Hemos rastreado al prometido de Amber hasta este lugar. Hatch ha investigado a fondo, su minuciosidad tal vez tenga que ver con que es medio chino, pero siempre se le han dado bien estas mierdas, así que hemos descubierto algunos vínculos interesantes de esta empresa con mafias que operan en Nueva York, pero ninguna de ellas parece relacionada con los Kovalenko. Los enemigos de Donovan son numerosos, no importa cuántas veces los destruya, siempre van a aparecer hasta debajo de las piedras. La filosofía del señor O'Connell no es bien recibida por la mayoría de capos y su anticuado y extraño código de honor suele poner de muy mala leche a las organizaciones que no se someten a él, y para Donovan, todo el que no se somete a ese código es un enemigo. Así que tiene muchos. Después de lo de los Kovalenko las cosas se habían calmado, Donovan es demasiado poderoso para hacerle frente, pero al parecer alguien se está atreviendo a hacerlo y ha conseguido, como poco, que haya considerado esconderse como la opción más segura.

—Sabemos que le han llevado al nivel inferior por las grabaciones de

las cámaras —informa Hatch mientras los demás terminamos de ponernos los uniformes.

Han tenido que esforzarse en conseguir uniformes de la empresa de mantenimiento S&C Enterprises para Solomon y para mí. Esta compañía se hace cargo del mantenimiento y la limpieza del edificio, así que vamos a infiltrarnos como empleados suyos. Cuando miro a mi compañero no puedo evitar pensar que vamos a llamar demasiado la atención.

—Pareces un negrata del Bronx recién salido de la trena, Solomon —le digo.

—Y tú su compañero de reinserción social —dice Carlos, que sigue sentado al volante fingiendo que rellena un albarán.

Carlos es latino, menudo y con pinta de mexicano, en su caso, todos los prejuicios juegan a su favor y encaja bastante bien en lo que cualquiera esperaría del empleado de una empresa de mantenimiento, pero él va a quedarse aquí vigilando.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —le pregunto a Solomon mientras se sube la cremallera del uniforme azul y blanco.

—Está todo controlado —responde sin mudar su expresión seria—. Entraremos con el resto de los equipos de limpieza y mantenimiento. Hemos conseguido las acreditaciones gracias a Hatch.

Hatch aparta la mirada del ordenador portátil y levanta el pulgar con una media sonrisa.

—¿Qué haríais sin mí?

—Seguro que habrían encontrado a otro chino al que explotar, Hatch — replica Robert. A él el uniforme le queda como un guante. Parece sacado de un anuncio moderno de detergente, con su pelo rubio y su cara de americano perfecto.

—No soy chino, soy coreano. ¿Sabes señalar Corea del Norte en el mapa? Seguro que no, los yankis solo sabéis dónde tenéis el culo, y eso si sois inteligentes.

—Menos lobos, tú también eres yanki — replica Robert—, naciste en Dakota.

—¿Ahora ya no soy chino? Vaya...

—Centraos, la operación comienza en cinco minutos —les interrumpe Solomon con su voz profunda.

La confianza de Solomon siempre nos ha hecho sentir seguros. Sus planes suelen salir bien, no se deja guiar por los impulsos y calibra todo al milímetro. De entre nosotros, es el mejor estratega, y siempre le he dejado a él los asuntos de organización y coordinación. Es el Hannibal de nuestro particular Equipo A. Formamos un buen equipo, y se nota que hemos sido compañeros en la guerra, las vivencias nos han unido y nos han obligado a forjar una confianza y una coordinación que no tendríamos de otra manera. Solomon es un tipo templado y serio, una de las personas más cultas que conozco, y siempre tiene recursos para todos los problemas. Hatch es inteligente, sabe suavizar las situaciones y no hay máquina ni ordenador que se le resista, era y sigue siendo un experto en seguridad. Carlos, es el compañero perfecto, sosegado y de humor ligero, siempre está dispuesto a cumplir con las órdenes, en Afganistán conducía tanques, aquí se encarga de los vehículos con los que nos desplazamos. En cuanto a Robert, es el mejor tirador que he conocido en mi vida, y aunque sus bromas sean un coñazo es un soldado leal. Hoy, Carlos y Hatch se van a quedar en la furgoneta, listos para la huida, mientras Solomon, Robert y yo entramos a rescatar a Mike.

—No perdáis de vista la prioridad. Sacar vivo al rehén es lo primero —les recuerdo mientras nos ajustamos los pinganillos que nos pondrán en contacto directo con Hatch y Carlos.

—Os diremos por dónde debéis ir —responde Hatch—. Tengo pinchadas las cámaras.

—¿Listos? —Solomon coloca la mano en la apertura de la puerta y mira su reloj mientras asentimos—. Comenzamos.

Cogemos las herramientas y Solomon abre la puerta y sale el primero, seguido por Robert y por mí. Nos movemos coordinados, pero con naturalidad, caminando con seguridad hasta una de las puertas traseras del edificio que dan al parking. En la entrada el control de seguridad es mínimo, un tipo con una placa en el pecho que nos indica que se llama George nos detiene y nos mira a Solomon y a mí con extrañeza.

—Nos envían a reparar los colectores de la planta baja. Anoche se

registró una incidencia —le dice Solomon según lo planeado.

El tipo coge la documentación que le entrega y la revisa, mirando después las tarjetas que llevamos prendidas del pecho del uniforme.

—No me suenan vuestras caras.

—Somos del servicio de emergencias —responde Robert con una ancha sonrisa—. La avería en los colectores puede convertirse en algo muy desagradable si no te soluciona con rapidez... Ya sabes, mierda por todas partes...

—Ya, ya. Los baños de la planta baja apestan, la verdad —responde el segurata, y nos deja paso sin más ceremonia. Por lo visto Hatch no se inventó ninguna avería, y estos gilipollas no se esperan que hayamos rastreado el coche de Mike hasta aquí.

«Están demasiado confiados».

Siguiendo las indicaciones que Hatch nos da por el pinganillo nos movemos por la zona de servicio. El personal está preparando los carros de la limpieza y los materiales para la jornada, nosotros vamos con tres cajas de herramientas. Robert saluda a algunos de los empleados al pasar, como si los conociera de toda la vida, y algunos le devuelven el saludo con gesto inseguro, mirándose entre sí.

—Deberías ser más discreto —le reprocho en voz baja cuando giramos hacia un corredor flanqueado de puertas.

—La naturalidad es esencial. No tienes ni idea del arte del subterfugio —replica.

—Es por ahí —señala Solomon.

Al final del corredor una puerta da acceso a una escalera de emergencia. La alcanzamos y bajamos al nivel inferior. Se trata de la zona de almacenes. Las salas de almacenamiento están distribuidas a ambos lados de una serie de pasillos por los que Hatch nos va guiando en función de lo que ve a través de las cámaras de seguridad. Solomon y yo nos adelantamos por uno de los pasillos mientras Robert desenfunda su pistola y espera parapetado tras una esquina. Al final del corredor, hay dos hombres apostados.

—Eh, ¿sabéis dónde están los colectores? Es la primera vez que... —

comienzo a decirles.

Todo ocurre deprisa. Solomon acorta distancias de dos zancadas y agarra al de la derecha, mientras el de la izquierda desenfunda yo ya estoy encima de él y aprieto el aturridor bajo sus costillas. Ambos caen a la vez cuando accionamos el gatillo, contrayéndose fuera de control y quedando inconscientes en pocos segundos. Los arrastramos dejándolos en el interior de uno de los pequeños almacenes contiguos y cerramos la puerta. Robert se reúne con nosotros y abrimos la puerta de metal.

Dentro solo hay dos tipos, uno está apoyado en una mesa, masticando un sándwich que no tarda en tirar por los aires cuando nos ve entrar. El otro estaba apretándole las cuerdas al chaval amordazado con camiseta de *Star Wars* que supongo es Mike. Esperaba encontrar más resistencia, pero estos tíos no se imaginaban que fuéramos a encontrarles, por lo visto. Solomon reduce al que está cerca de Mike, y yo agarro la muñeca del tipo del sándwich, el tiempo que ha empleado en desenfundar me ha bastado para acercarme y retorcerle el brazo hasta que suelta la pistola y cae de rodillas. Robert ha entrado tras nosotros, cerrando la puerta, y apunta a ambos tipos mientras los atamos y amordazamos para que no den problemas.

—¡Hijos de perra! ¡¿Quién os envía? —le da tiempo a uno a preguntar, pero Solomon le golpea en la cabeza y lo deja inconsciente antes de que siga alzando la voz.

—Rápidos y eficaces, como siempre —se vanagloria Robert.

El chico rubio atado a la silla nos mira con los ojos muy abiertos. Tiene una mordaza en la boca, y es lo primero que le quito al acercarme.

—Supongo que tú eres Mike —le digo.

—Sí... ¡sí! ¿Quiénes sois? —responde sin alzar la voz—. ¿Sois la policía?

Le reviso por encima y compruebo que no tiene heridas de gravedad. Solo tiene el pómulo morado que ya vimos en el vídeo y un corte en los labios, fruto de haberse llevado algunas tortas por parte de los secuestradores. Y además, parece entero, el chaval aguanta el tipo, no ha gritado ni se ha puesto histérico al vernos y cuando le quito las cuerdas no sale corriendo ni intenta escapar por su cuenta. Os sorprenderían las estupideces que hace la gente

cuando está presa de un ataque de pánico.

—Amber nos ha contratado para sacarte de aquí, acompáñanos y sigue nuestras instrucciones.

Mike se confía enseguida. Al escuchar el nombre de su prometida sus ojos se iluminan y parece tranquilizarse del todo. Asiente, y nos mira a los tres con gravedad. Tiene un control envidiable, y lo cierto es que me parece admirable su actitud teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado aquí sin saber si alguien vendría a sacarlo del atolladero.

—Qué pasada, ¿en serio? ¿Sois mercenarios? Amber se tiene muy calladas sus amistades —dice mirándonos con una expresión alucinada. Cualquiera en su situación estaría llorando, hecho un manojo de nervios y traumatizado, pero el tal Mike parece estar viviendo la película de su vida.

—Tiene buenos contactos, eso es verdad —dice Robert sonriéndole al chaval.

—No os entretengáis, tenemos que salir de aquí. Hatch no podrá mantener demasiado el engaño con las cámaras, van a darse cuenta —Solomon actúa como voz de la razón, como es costumbre.

—Claro, vamos —replica Mike poniéndose en pie y frotándose las muñecas—. ¿Cómo debo llamaros?

—Dejaremos las presentaciones para cuando salgamos de aquí —le respondo.

El chaval no replica y asiente, nos sigue cuando abrimos la puerta y avanzamos por delante de él. Robert lleva la pistola oculta a la espalda. Solo hemos tardado quince minutos en asaltar el almacén, ha sido una operación limpia y rápida, y no nos encontramos con nadie a la salida: los servicios de limpieza ya han accedido al edificio y aún falta una hora para que comiencen a llegar los empleados a las oficinas. En la furgoneta nos están esperando Hatch y Carlos, que espera pacientemente al volante.

—En marcha, Carlos —le indica Solomon cuando subimos y cerramos la puerta.

Mike se sienta a mi lado, y la furgoneta se pone en marcha y sale quemando rueda justo cuando dos hombres armados salen por la puerta de

servicio y disparan apuntando a nuestro vehículo. El chaval se encoge, cuando Carlos acelera tengo que sujetarle para que no caiga hacia adelante en su asiento ante el repentino derrape de la furgoneta. Una vez hemos enfilado hacia la salida, Carlos pisa a fondo y salimos echando leches del aparcamiento del edificio de Graveloft Inc.

—¡Joder! ¡Nos han disparado! —exclama Mike, sorprendido.

—Sí, chaval, es lo que suele pasar en los rescates. De hecho nos han disparado poco para las que suelen liarse — dice Hatch.

—¿En serio? —pregunta mirándole entre la inquietud y la fascinación.

—No, somos rápidos y limpios, normalmente ni se enteran de que hemos actuado —dice Solomon.

—Bueno... eso no es del todo cierto... —va a replicar Robert, pero una mirada elocuente de Solomon le hace callar.

—Yo soy Eric —me presento, y luego señalo a mis compañeros en orden—. Él es Solomon. Robert, Hatch... y el que conduce es Carlos.

—Encantado, yo soy Mike —se presenta él. Carlos le mira por el retrovisor y le dedica una sonrisa cálida—. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo está Amber? ¿Me lleváis con ella?

—Sí. Ella está bien, no te preocupes. Se puso en contacto con nosotros en el momento de tu secuestro —le explico.

La furgoneta toma un par de curvas con demasiada rapidez y tengo que volver a sujetarlo. Mike me mira con agradecimiento.

«Joder. Es un buen tío».

He conocido a muchos cabronazos en mi vida, y sé reconocer a la gente como Mike. No ha vivido nada parecido a esto en la vida, todo este marrón le ha caído encima sin comerlo ni beberlo, y está aquí, dejándose llevar por nosotros, confiado y controlado, y preocupado por la novia cuya familia mafiosa le ha metido en este lío. Es un buen chaval, y he follado con su prometida. Hasta yo sé que eso no está bien.

—Agarraos bien, creo que nos siguen —nos advierte Carlos.

Nos abrochamos bien los cinturones. Carlos acelera y comienza a

adelantar coches al salir a la autopista. Durante un rato, pisa a fondo y algunas maniobras peligrosas nos hacen sacudirnos en los asientos. Tras un momento de tensión, la furgoneta aminora la marcha y toma un desvío, perdiéndose en las callejuelas de una zona residencial.

—Les hemos despistado —anuncia Carlos al fin. Hatch le felicita golpeándole el hombro desde su asiento.

—Vamos a cambiar de vehículo y a quitarnos los uniformes. Luego te llevaremos junto a la señorita O’Connell —explica Solomon a Mike, que escucha con atención y asiente.

El resto del trayecto transcurre sin problemas. No he vuelto a abrir el pico. La verdad es que no estoy nada cómodo en esta situación, no dejo de pensar en Amber, en lo que hemos hecho mientras este chaval estaba pasando los peores momentos de su vida. No sé. No es un tío que se merezca que le pasen esas cosas, y tengo la corazonada de que tampoco se merece que le engañen. Solomon no deja de echarme miradas y temo que mis preocupaciones estén siendo demasiado evidentes. Cuando llegamos al piso y Amber le recibe, abrazándole con fuerza y echándose a llorar de alivio, me siento como una mierda.

¿Me he aprovechado de la vulnerabilidad de Amber en esos momentos? Escudarme en mi falta de control me parece patético. Amber siempre ha sido mi debilidad, y no he podido mantener la polla dentro de los pantalones al volverla a ver. Cuando la veo abrazar a Mike con un gesto protector y él le devuelve el gesto acariciándole el pelo, como si pretendiera consolarla después de lo que él ha tenido que vivir, me siento un cabronazo. Amber se merece a un tío así, a alguien que sepa tratarla, y no a un cabronazo sin control como yo.

—Mike... ha sido mi culpa —oigo a Amber explicarse. La mirada que le dirige a Mike me rompe por completo. Ella se está sintiendo peor que yo, cree que es responsable de todo esto—. Querían pillarme a mí. Siento haberte dejado solo en ese coche... era la única posibilidad de que escapáramos. Todo esto es mi culpa, quieren dañar a mi padre a través de mí, él está metido en asuntos muy turbios.

Solomon me saca de mis cavilaciones al ponerme la enorme manaza en el hombro y apretarlo con suavidad. Me he quedado mirando a la pareja

demasiado tiempo, así que aparto la mirada y asiento.

—Venid a la cocina, tenemos que comprobar algunas cosas —les digo al resto, que se han quedado esperando ante la puerta. Solomon asiente y todos me siguen hasta la cocina mientras Amber y Mike hablan entre susurros.

Van a necesitar intimidad. Y nosotros ya no pintamos nada ahí.

Capítulo 6

A salvo

Amber

Al ver a Mike entrar junto a Eric y sus compañeros todo lo demás me resulta secundario. Los remordimientos, el rencor hacia mi padre, el lío que tengo en la cabeza e incluso la resaca desaparecen por completo de mi cabeza. Le abrazo y le beso con un alivio indescriptible, y Mike me rodea con sus brazos con calidez. Está tembloroso, y durante un largo instante nos quedamos en silencio, solo nos volvemos conscientes de que al fin está a salvo.

—Mike... lo siento mucho —repito en un susurro, sin aguantar las lágrimas de alivio. Le rodeo la cara con las manos y le miro, comprobando sus heridas. Tiene el pómulo morado y un corte en el labio—. Dios mío... lo siento tanto. Debí decírtelo todo antes de que se nos viniese encima.

—No es culpa tuya —responde él, aunque yo no puedo evitar sentirme fatal por ello—. No nos habrías evitado nada contándomelo... y tengo claro que los únicos responsables son los tíos que asaltaron nuestro coche y sus jefes, ¿vale? No te flageles con esto. Lo importante ahora es que tú estés segura, porque esa gente no iba a por mí aunque lo hayan intentado aprovechar. Tal vez ha sido mejor así, si te hubieran tenido a ti también...

Le pongo un dedo en la boca, callándole antes de que continúe la frase. Las cosas podrían haber acabado muy mal si nos hubieran tenido a los dos. Atrapando solo a Mike tenían que asegurarse de contar con una carta para chantajearme.

Con todo, alucino con Mike. ¿Cómo puede hablar así después de lo que ha pasado? Sé que es maduro y que es una persona muy íntegra, pero en estas situaciones de estrés y peligro cabría esperar que se comportase con menos aplomo, que llorase, que me echase la culpa o perdiera los nervios. Pero no lo hace, Mike es el tipo más entero que he conocido en mi vida.

Me muerdo los labios y vuelvo a abrazarle con fuerza.

—Auch, cuidado.

—¡Perdona! —le digo apartándome, y él suelta una risa y me estrecha.

—Amber, estoy bien, solo me han dado un par de tortas para asustarte al hacer la llamada.

—¿De verdad estás bien?

—No solo estoy bien, lo que ha pasado ha sido flipante. —Le miro arqueando una ceja. ¿En serio?—. Tendrías que haber visto cómo entraron estos en el almacén y redujeron a los malos, parecía un capítulo de *Alerta Cobra*. Iban vestidos como el personal de mantenimiento y los tipos no entendían qué estaba pasando, ¡y zas! Les han hecho un par de llaves, Eric le quitó la pistola a uno y los redujeron. ¡Ha sido increíble!

Mike me ha soltado y se ha puesto a gesticular, imitando los movimientos según los describe. Le miro extrañada, no sé si al final sí ha sufrido daños, o si realmente todo esto le está pareciendo la aventura de su vida. Ni siquiera me parece asustado. Tal vez sea fruto del shock.

—Tío, pareces encantado de la vida con tu secuestro —le suelta Grace, que estaba sentada en el sofá. Se levanta y se alista los pantalones, acercándose a nosotros y mirando con curiosidad a Mike.

—Ah, no. Bueno... es que nunca me había pasado nada tan emocionante —responde él, mirando a Grace con extrañeza y cortándose un poco. Grace sonríe.

—¡Ah! Ella es Grace, Mike. Es parte del equipo que te ha rescatado. Ha estado aquí protegiéndome.

—Y bebiendo margaritas.

—¡Grace! —La miro con reproche, pero ella se ríe y le tiende la mano a Mike.

—Encantada, Mike. Supongo que ahora que vas a casarte con la hija de un mafias tu vida se va a convertir en una constante aventura.

Miro a Grace cada vez más escandalizada, pero Mike se lo toma todo a broma. Vale, son bromas, pero Grace no tiene el más mínimo tacto. Si Mike no fuera como es, eso podría haberle afectado mucho. Pero el muy tonto está riéndose.

—Espero que me secuestren una vez al mes a partir de ahora.

—No abuses, nuestros honorarios no son baratos y seguro que tu novia no es tan rica.

—Bueno, es la hija de un mafioso, seguro que se lo puede permitir.

Me cruzo de brazos y miro a Mike con reproche. Lo bueno de esto es que ya no tengo ganas de llorar y no me siento tan horriblemente culpable con el tema del secuestro. Por lo visto, Mike está repartiendo muy bien las responsabilidades.

—A lo mejor hubiese preferido que estuvieras más traumatizado y dejases de decir tonterías —le suelto.

—Ha terminado bien, ¿no? —dice Grace encogiéndose de hombros. Mike asiente.

—Y tengo mis trucos para los momentos de estrés, los usaba durante los exámenes —responde él.

—Esto no tiene nada que ver con exámenes, Mike, ni siquiera es comparable —replico.

—No, pero igualmente he echado mano de mi imaginación. Me sentía como la princesa Leia en el palacio de Jabba el Hutt.

—Ojalá te hubieran puesto un bikini dorado, estarías guapísimo —dice Grace mirándole de arriba a abajo y riéndose—. Ser un friki tiene sus ventajas, ¿no? Vivir en una realidad paralela te mantiene a salvo cuando pasan estas cosas. Es mejor que te lo tomes así, pero ahora siéntate, princesa Leia, en cualquier momento te va a dar un bajón y es mejor que estés cerca del suelo.

Grace se sienta y da unos golpecitos en el sofá para que Mike se siente a su lado. Yo le suelto la mano al darme cuenta de que le tenía agarrado. Verle así me relaja, pero también me preocupa por si todo es una consecuencia del trauma que acaba de experimentar. Hasta cierto punto, sé lo que se siente cuando te sube así la adrenalina. Yo estoy demasiado afectada, pero Grace está tomando las riendas y comienzo a comprender lo que está haciendo. Su actitud ligera y sus bromas relajan aún más la situación y le quitan dramatismo a lo que ha pasado. No parece que Mike necesite que nadie le reste dramatismo, porque está tomándose todo con una filosofía envidiable, pero agradezco el esfuerzo de ella, aunque no parece estar esforzándose en

absoluto.

—A mí nunca me han secuestrado pero una vez me detuvieron y fue flipante —le cuenta a Mike.

—¿Te detuvieron? ¿La policía? —responde él, curioso.

—Sí, verás, es que pensaron que yo había robado en un banco, pero luego no tenían pruebas suficientes. Aun así fue acojonante y emocionante a partes iguales, nunca me habían pillado...

—¿Pero lo hiciste?

—Ah, es una larga historia...

Mike me mira con los ojos muy abiertos, y yo me encojo de hombros. No sé qué debe estar pensando de la gente con la que me junto, pero parece que todo esto le fascina.

—Cuéntamela —le pide, volviendo la mirada a ella.

Les dejo hablando y voy al baño a por gasas y antiséptico para curarle la boca a Mike. Cuando vuelvo, siguen con su cháchara. Sí. No parece que Mike mienta. Está hablando con Grace y hasta parece de buen humor, los ojos le brillan y se ha relajado, ya no tiembla como cuando le he abrazado. Mientras conversa con ella, me doy cuenta de que Grace cambia su actitud de pronto al verme regresar y se levanta, apartándose de él y yéndose a la terraza como si algo la hubiera preocupado.

Ha ocurrido algo extraño, no sé muy bien cómo definirlo, pero me ha dado la impresión de que Mike se ha olvidado por completo de que estoy aquí, y de que a Grace le ha pasado lo mismo. No sé cómo sentirme al respecto, y no es que yo tenga derecho a sentirme de ninguna manera después de lo que he hecho.

—Ven, deja que te cure eso —le digo al sentarme, y Mike, solícito, me deja limpiarle la herida y revisarle bien—. Deberías darte un baño y descansar. Ahora mismo estás muy excitado por la adrenalina pero es posible que luego te dé un bajón.

—No te preocupes, Amber, estaré bien.

—Ya, ya lo sé, pero hazme caso, ¿vale? —le digo con un gesto de advertencia, y él asiente con su cara de buen chico.

«Tal vez debería decírselo. Confesarle lo que ha pasado. Hablarle de mis dudas», pienso mientras le curo, y comienza a hacerme un nudo en el estómago.

—¿Estás bien, Amber? Te haré caso, pero no te preocupes, por favor — me dice. Ha debido advertir mi gesto de turbación, así que me esfuerzo en sonreír.

—Estoy bien. —Le agarro de la mano y tiro de ella con suavidad al levantarme—. Ven, vamos al baño, y luego quiero que te acuestes y descanses.

—Está bien, mamá.

—¡No seas tonto!

Le dejo en el cuarto de baño y me apoyo en la puerta cerrada, dejándole un poco de intimidad. Oigo las voces de Eric y sus compañeros en la cocina, y Grace está en la terraza, apoyada en la barandilla mientras observa la ciudad.

No sé por qué, lo que acaba de pasar me ha dejado descolocada. Tal vez debería confesárselo todo a Mike. Tal vez no le importe tanto, después de todo. O tal vez estos pensamientos locos no sean más que el fruto de mi estado alterado. ¿En qué demonios estoy pensando? Mike acaba de ser rescatado de un secuestro y yo estoy pensando en contarle que le he puesto los cuernos con su rescatador.

«No... Estoy dejándome guiar por los nervios. Esa idea es pésima. No voy a decírselo, ni ahora ni nunca», decido al final, llamándome a la calma y tratando de recuperar el control de mis pensamientos. «Y además, no puede volver a pasar».

Tengo que ser consecuente con mis decisiones, y apegarme con lo que he hecho sin fastidiar a nadie.

Eric

Mis compañeros se han sentado alrededor de la mesa de la cocina mientras preparo el café. Me he encendido un cigarro y fumo mientras lo sirvo, apoyándome después en la barra americana. La cocina es pequeña para nosotros, y no cabemos todos en la mesa, pero estamos acostumbrados a incomodidades mucho peores que esta. Todos parecen satisfechos, y ni siquiera tienen un rastro de cansancio en la cara a pesar del trabajo intensivo

que nos ha supuesto este rescate express. Solomon ha felicitado el trabajo de todos como haría un padre, y no en vano es el más veterano de entre nosotros, el respeto que le profesamos es un elemento de cohesión más en nuestro grupo.

—El trabajo ha sido limpio y hemos conseguido burlar la seguridad del edificio gracias a Hatch. No nos han seguido, y de haberlo hecho, el cambio de vehículo y los protocolos que hemos seguido para desplazarnos aquí se lo habrían puesto más difícil.

Solomon pone en común los resultados mientras da sorbos al café tranquilamente. Hatch ha traído consigo el portátil y está haciendo comprobaciones. Nunca sé qué demonios hace, pero a veces pienso que la mayoría del tiempo está jugando a alguno de sus videojuegos. Como si no fuera suficiente con haber vivido una guerra, Hatch es un jugador compulsivo de los juegos de pegar tiros. Me gustaría decir que no comprendo eso, pero yo no pude estar demasiado tiempo separado de esta vida de riesgo y adrenalina, no en vano, aquí estamos.

—Estoy seguro de que no nos han seguido —confirma Hatch.

—Deberíais darme un extra por ser capaz de despistarles con una furgoneta rotulada en azul fosforescente —dice Carlos entre risas.

—Ey, no hay pagas extra, esto es trabajo en equipo, Carlitos —dice Robert dándole un codazo—. Y somos la leche.

—Tú sales ganando con esto, no has tenido que pegarle un tiro a nadie —replica el hispano—. Comienzo a dudar de que recuerdes cómo se dispara un arma.

—Entonces estamos seguros de que nadie se ha delatado. —Solomon reconduce la conversación con su habitual paciencia y seriedad.

—Estoy seguro —dice Robert, y todos se muestran de acuerdo con un coro de asentimientos.

—Bien, si está todo claro podéis iros a vuestras casas a descansar. Tendremos que informar a Donovan y hacer algunas comprobaciones, así que no os relajéis y esperad noticias —les indico una vez hemos puesto en común las cosas.

Todos asienten y se quedan un rato conversando mientras se acaban el

café. Al terminar, Hatch, Robert y Carlos se levantan, nos estrechamos las manos, nos damos un par de golpes en la espalda y nos felicitamos antes de que se larguen. En el salón escucho a Amber cuando les detiene antes de que se vayan.

—Disculpad... quería agradecerlos lo que habéis hecho. —Mientras recojo las tazas y las dejo en el fregadero, miro de reojo más allá de la barra americana. Ahí está ella, con sus enormes ojos llenos de luz, estrechando las manos de mis compañeros al presentarse.

—Ha sido pan comido —se jacta Robert, y luego se presenta y presenta al resto del equipo.

Al darme la vuelta para poner las sillas en su lugar veo que Solomon sigue sentado ahí, mirándome con gravedad.

—La misión ha sido resuelta con éxito. El chaval está a salvo, ¿qué es lo que tienes que solventar con Donovan? Él no nos ha contratado.

—No, pero este movimiento no es algo aislado, es probable que intenten volver a secuestrar a su hija o cierren el cerco a su alrededor. No me gusta dejar las cosas a medias.

—Es para esto para lo que van a pagarnos.

—No te preocupes por el dinero, eso no será problema, y Donovan nos agradecerá con creces el trabajo extra que hagamos.

Solomon sonrío de medio lado, con un gesto sutil.

Conozco esa expresión, no está haciendo las preguntas al azar. Ni siquiera le molestaría si estuviera planteándoles trabajo extra, no es el primer trabajo que se nos alarga, pero el muy cabrón tiene rayos X en los ojos y nos conoce más de lo que ninguno estamos dispuestos a admitir.

—No me preocupa el dinero en absoluto —responde él con tranquilidad.

—¿Entonces?

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunta mirándome con fijeza.

—Porque nos han contratado, ya lo sabes.

—El resto se lo habrá tragado, pero a mí no puedes venderme la moto,

Eric. Tienes a la clienta en tu casa y he visto cómo la miras. —Solomon se encoge de hombros—. Está claro que es un asunto personal.

No me gusta hacia dónde está llevando la conversación. Solomon es mi compañero, pero hay líneas que no voy a dejarle traspasar.

—¿Me estás juzgando, Solomon? Mis razones para hacer esto no son algo que vaya a afectar a nuestro trabajo, así que no me jodas. Y yo no la miro de ninguna forma.

Solomon levanta las manos, conminándome a la calma, y suelta una risa grave y tranquila, negando con la cabeza.

—Nada más lejos de mi intención, Mesz. No es un juicio —responde, poniéndose en pie y acercándose a mí—. Lo bueno de trabajar por libre es que podemos dedicarnos a asuntos personales. Todos los hemos tenido, somos algo más que un grupo de matones, ¿verdad? También nos hemos ayudado en algunas cosas.

Tiene razón. Todos nos hemos echado un cable con esto. De alguna forma, nos hemos salvado la cordura los unos a los otros, hemos hecho algo bueno con aquello en lo que nos convirtió la guerra. Las cosas podrían ser muy distintas si no nos hubiéramos encauzado los unos a los otros. Todos estábamos jodidos, de una forma u otra. Robert tuvo varios intentos de suicidio, Hatch se refugió en las drogas al regresar de la guerra, Carlos no era capaz de integrarse en los trabajos de los civiles, y tiene una familia a la que mantener. Y Solomon... creo que él es el que mejor me comprende, ha perdido a muchos compañeros en la guerra y es un tipo estoico y silencioso, aunque siempre está al tanto de todo. Hay cosas en nosotros que solo conocemos nosotros, cosas que no podemos mostrarle a nadie más, que provocan que nuestras vidas se alejen de las del resto. Somos como huérfanos, nos fuimos de casa y volvimos como hijos de una guerra que nos había cambiado para siempre, y al regresar ya no había ningún sitio en el que pudiéramos encajar.

Supongo que por eso nos entendemos tan bien. Por eso Solomon me mira con preocupación. Hemos sobrevivido a demasiado, y los detalles que parecen más insignificantes pueden acabar siendo una montaña... una herida mortal.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Ve con cuidado —dice poniéndome la manaza en el hombro y estrechándolo—. Estos asuntos son complicados... y no quiero que vuelvan a hacerte daño.

«Vamos, no me jodas».

Solomon siempre ha sido protector. A su manera, nos cuida a todos, su presencia es constante pero no evidente, siempre está observando, analizando, calibrando. Nos conoce desde hace tiempo y conoce todos los problemas a los que hemos tenido que hacer frente. Sé que cuando habla de ese daño está hablando de Claire, y aunque no me siento cómodo pensando en esos términos, de alguna manera me alivia saber que hay alguien que comprende lo que aquello fue para mí. Claire no tuvo la culpa de nada, yo le hice más daño de lo que ella podría haberme hecho a mí. Intentó ayudarme, pero no pudo. O no me dejé. Sin embargo, comprendo lo que quiere decir Solomon. Las cosas han cambiado mucho para nosotros, somos ajenos para aquellos que mejor nos conocían, y eso lo vuelve todo complicado. Relacionarse con los demás es hacerlo a través de una barrera de alambre de espino. Hay demasiadas implicaciones, demasiadas cosas con las que nos podemos hacer daño.

Solomon lo comprende, pero no me siento cómodo hablando de estas cosas, ni siquiera con él.

—¿En qué momento te has convertido en mi padre? —le replico—. Ya tengo uno, no necesito otro.

Sus hombros se agitan al reír y me golpea el hombro al apartarse. Coge su chaqueta y se la pone, dirigiéndose a la salida mientras ríe por lo bajo.

—Es una muchacha muy guapa. Hacéis buena pareja —suelta antes de largarse, y yo me quedo clavado en el sitio.

Miro la puerta cuando ya ha salido, sin salir de mi estupor.

«¿Cómo que hacemos buena pareja?». No le he contado nada a Solomon, pero le ha bastado unos días metido en este asunto y un instante de miradas cruzadas para enterarse de lo que pasa. No es tanto como para sacar esas conclusiones, pero no soy consciente de hasta qué punto la presencia de Amber aquí está afectándome y afectando a mi manera de hacer las cosas. Tal vez está siendo más evidente de lo que creo.

Pero no es eso lo que me deja perplejo, sino que considere que hacemos

buena pareja. Es la primera vez que alguien lo dice, aunque lo cierto es que ni hemos sido una pareja ni nos hemos dejado ver en público. Todo nuestro escarceo fue un secreto excitante, una aventura alocada y casi adolescente. Ni siquiera yo he querido plantearme qué tipo de pareja hacemos, porque lo nuestro siempre ha sido un imposible, sin embargo, cuando Solomon ha dicho todo se ha vuelto extrañamente real.

Esa sola frase ha servido para abrir una puerta que durante años he mantenido cerrada. ¿Lo seríamos? ¿Es remotamente posible que lo nuestro fuera más allá del ardor del fuego y la emoción del momento? Tal vez...

Qué importa. Ahora es demasiado tarde para hacerse esas preguntas.

Capítulo 7

Dímelo

Amber

—¿A ti también te ocurrió? —Mike está agotado y dolorido, y me habla en voz baja. Le cubro con la manta y me acurruco a su lado, con cuidado de no hacerle daño. Ya le he curado las heridas y parece que todo va bien.

—Sí... mi padre tiene muchos enemigos. Hace unos... siete años, me escapé de casa.

—¿En serio hiciste eso? —se ríe y se calla al instante. Ahora que no está tan excitado por todo lo ocurrido está sintiendo más el dolor, así que le he dado un analgésico para que pueda descansar mejor—. La verdad es que es muy digno de ti, eres muy rebelde.

—Sí. Bueno, lo hice porque mi padre pasaba de mí. Yo no tenía ni idea de a qué se dedicaba. Resulta que le interrumpí durante una reunión de mafiosos para echarle la bronca y en fin... todo se lió. Me escapé a San Francisco y allí intentaron secuestrarme, pero entonces vino Eric y me sacó de allí para devolverme a casa. Tuvimos que cruzar el país en un coche que nos consiguió un compañero suyo de Afganistán.

—¿Eric ha estado en Afganistán? —pregunta sorprendido.

—Sí. Antes era soldado, S.W.A.T.

—Joder, ahora me lo explico todo. Qué pasada —comenta parpadeando—. Entonces no te secuestraron.

—Al final lo hicieron, porque hice una tontería. Pero todo terminó bien, Eric me sacó de allí.

—¿Con su grupo?

—No, él solo. Por entonces trabajaba solo.

—Wow... tiene pinta de ser un tipo duro —dice con tono adormilado. Se le están cerrando los ojos, pero no deja de hacerme preguntas como si este

nuevo mundo le encantase.

—Mike... duérmete, tienes que recuperarte, ¿vale?

—Vale... pero tienes que contarme muchas cosas.

—Te las contaré, prometido.

Él asiente y cierra los ojos. A los pocos minutos su respiración se vuelve profunda y acompasada. Se queda dormidísimo. Durante un rato me limito a mirarle. Ahora que está a salvo siento un alivio tremendo. Mike no parece guardarme rencor por nada. No entiendo cómo puede ser tan buena persona. Así, dormido, con su pelo rubio y su gesto relajado parece un ángel.

Yo también estoy agotada, pero no puedo dormir. No puedo dejar de pensar que en esta misma cama he follado con Eric y ahora estoy aquí, junto a mi prometido, que acaba de ser rescatado de las garras de unos psicópatas y no es ni remotamente consciente de tener unos cuernos del tamaño de Arkansas.

Pero yo lo tengo muy fresco en la memoria y me siento fatal. Soy lo peor. El alivio de tenerle al fin aquí, a salvo y relativamente ileso, no basta para ocultar eso. He hecho lo que he hecho, y esta cama, el olor de las sábanas y que Mike lleve la ropa de Eric no me ayuda a distraerme de ello.

Doy algunas vueltas en la cama. Le miro, le toco el pelo y recuerdo las palabras de Grace sin querer.

«¿Me hace sentir Mike con intensidad?».

Sin duda, le quiero, Mike me ha aportado estabilidad, tranquilidad y muchas cosas buenas, y yo acabo de demostrar que no estoy a la altura porque las llamas de una antigua hoguera se me han llevado por delante. Con Mike nunca he sentido lo que Eric me hace sentir, estar a su lado no me pone en erupción, no me quita el control ni el aliento... pero eso no es todo en la vida, ¿verdad? Llegado un punto, es la estabilidad lo que necesitamos, es tener una base sobre la que construir una vida feliz, ¿no? ¿No es eso la madurez? Saber lo que uno quiere, y luchar por ello.

Pero... ¿y si no sé lo que quiero? ¿Y si no he dejado de ser esa niña persiguiendo un propósito y a alguien que la quisiera? ¿Y si estoy cometiendo un error con Mike? ¿Y si lo cometo con Eric? Todo esto ha puesto patas arriba

mi estabilidad, y me está demostrando que no es más que un espejismo. Mike no se merece lo que le ha pasado, no merece esta vida ni merece que yo le engañe... y ahora siento que lo he hecho desde el principio. Mike no sabe quién es Amber O'Connell en realidad, solo sabe lo que yo le he dejado ver, y ahora acaba de toparse con esa parte oscura de mi vida que trataba de ocultarle con todas mis fuerzas.

«Maldita sea yo».

Incapaz de descansar, me levanto y salgo a hurtadillas al salón. Me he puesto una de las camisetas que me compró Grace para dormir, y como en el salón no hay nadie, no me molesto en ponerme los pantalones. Miro alrededor y me escabullo hacia la cocina, donde enciendo la luz para prepararme una infusión.

Es absurdo que siga intentando dormir, así que intento relajarme. Me apoyo en la barra mientras rodeo la taza caliente con los dedos y soplo para enfriarla. Al mirar hacia la terraza veo a Eric ahí afuera, cuando un soplo de aire mueve las cortinas. Está apoyado en la barandilla y mira hacia la ciudad, veo la brasa de su cigarro cuando sacude la ceniza por el balcón, brillando como una luciérnaga naranja.

Durante un rato solo miro su silueta, sintiendo que un nudo en el estómago se me cierra con más fuerza. Su perfil se recorta contra el cielo anaranjado de la ciudad. Él no sabe que estoy aquí, ni siquiera estamos cerca, pero yo siento perfectamente ese magnetismo que despierta cada vez que le miro. Nace en la boca del estómago, y es un hilo tenso que no deja de tirar y vibrar. Me pregunto si él lo sentirá, si él sabrá que le estoy mirando, sintiendo ese hilo encenderse como un camino de pólvora. Al final, cojo la taza y me acerco, cruzando el salón. Voy descalza, sin hacer ruido, pero Eric está vigilando, y cuando cruzo la puerta corredera ladea ligeramente la cabeza y da una larga calada sin alarmarse. Sabe que soy yo, y no puedo evitar preguntarme desde cuándo sabe que estoy aquí, mirándole.

—Deberías estar durmiendo —me dice.

Me acerco y me acodo en la barandilla, tomando un sorbo de la infusión.

—No puedo dormir.

—¿Estás nerviosa? —pregunta sin mirarme. Veo el humo de su cigarro resplandecer contra las luces de la ciudad cuando lo exhala, y observo su perfil, anguloso y fuerte. Tiene el ceño ligeramente fruncido y esa expresión dura que tanto esconde.

—Un poco... la verdad. ¿Se sabe algo de Donovan?

—Aún no. Estamos intentando ponernos en contacto.

—¿Crees que le habrá pasado algo?

—Tu padre sabe cuidarse, seguramente ha tenido que reforzar la seguridad. Le deben estar buscando con más ahínco después de esto. No te preocupes ahora por eso.

—No debería. No se lo merece.

—Bueno... es difícil no preocuparse por un padre.

Asiento. En realidad no es mi padre lo que me preocupa, pero no quiero hablarle de las dudas que me están asaltando, de lo mal que me siento con Mike por lo que hemos hecho. Sinceramente, me siento mal porque sé que he sido deshonesto, y no es algo que me guste, pero no me arrepiento. Me doy cuenta al ahora al mirarle. No me arrepiento de nada de lo que hemos hecho nunca, pero sí me arrepiento de lo que no hicimos y lo que no dijimos.

—¿Cómo está el tuyo?

Eric me mira y arquea una ceja, extrañado. Nunca le he preguntado por su familia, siempre ha sido tan hermético que temía que no respondiera, que le molestase o que de alguna manera le hiciera daño. Pero él solo parece extrañado, como si no lo esperase.

—Ahora mismo debe estar molesto porque nos fuimos de casa dejándole una nota.

—Vaya, no me extraña, ¿sabe a qué os dedicáis?

—Más o menos. No he entrado en detalles, pero no es idiota, sabe a qué tipo de cosas nos podemos dedicar con nuestro historial, así que lo acepta con resignación. —Se encoge de hombros—. Con todo está bien. Se ha jubilado pero sigue yendo a su taller, ahora le ha dado por tallar esculturas. No puede estar quieto y me ha quitado el amor de mi perro.

—Creo que te he visto con el perrito en una foto.

—Sí, es una bola de pelo traicionera. Sospecho que se entienden porque los dos comienzan a estar viejos.

—¿Cómo se llama?

—Viktor.

—¿Tu perro se llama Viktor?

—No, mi padre se llama Viktor. Mi perro se llama Peluso.

Parpadeo sorprendida, y suelto una risotada, cubriéndome la boca al darme cuenta de que me he reído demasiado alto. Eric chasquea la lengua, pero veo que sonrío de medio lado y me mira, y me derrito aquí mismo. Esa sonrisa me vuelve loca.

—Me encanta Peluso.

—Te llevarías bien con él. Le gustan las pelirrojas.

—¿Como a ti?

Eric vuelve a sonreír como un canalla y mira hacia la calle, dando una calada a su cigarro. No responde. Yo no debería estar flirteando con él, pero solo es una broma. Me gusta hablar con él sin sentir que hay zonas que no puedo pisar, estoy cansada de que existan abismos entre nosotros. Durante un rato me quedo en silencio mientras me termino la infusión, mirándole fumar impasible. Un montón de recuerdos despiertan en mi mente.

—¿Te acuerdas de cuando quisiste que me tiñera de morena para pasar desapercibida?

—Menuda liaste —dice con una breve risa—. Te pusiste imposible con aquello y no hubo manera de convencerte, Tyrell te tuvo que poner una gorra y una chaqueta.

—Sí, me lo tomé fatal. Pero tampoco lo haría si me lo pidieras hoy.

—Hoy no te lo pediría. Es un crimen pedirte que te tiñas.

Me río y suspiro. Por mi cabeza comienzan a discurrir los recuerdos, el bar de Tyrell, la mirada de Eric cuando me puse a bailar. Las largas horas de carretera peleándonos por cambiar la música, los besos que no terminaban, las

puestas de sol en las carreteras interminables y las charlas insustanciales en las que nos refugiábamos, los moteles de mala muerte y aquel baile en el restaurante country. El silencio compartido, la sensación de libertad...

—No estuvo mal, ¿verdad? Recuerdo muchas cosas de aquel viaje.

—Yo también, pero sobre todo recuerdo el asco que te daba todo — comenta con una risa suave, mirándome de reojo con el cigarro en la mano. Tiene el pelo algo más crecido y se le escapan algunos mechones de la coleta con el que se lo ata.

—Todo no.

Sus ojos están fijos en mí y siento cómo el aire cambia entre nosotros. Se vuelve denso y caliente, como si una corriente eléctrica lo estuviera imantando. El corazón se me acelera en el pecho. He cambiado mucho, pero esto no ha cambiado, sigo sintiendo que todo se descontrola cuando me mira así, con esos ojos pardos de lobo. Ahora puedo ver más cosas en ellos, debajo del deseo, un anhelo cálido, una soledad que siempre se ha esforzado en ocultar pero ahora puedo ver con claridad.

—Nunca he estado con nadie que me hiciera sentir como tú —confieso. No he podido contener las palabras, y cuando me doy cuenta de lo que he dicho, no me arrepiento. Han salido de mi corazón. Al menos con él puedo ser honesta. Él me mira con fijeza—. Grace me preguntó si Mike me hacía sentir con intensidad... no he dejado de pensar en ello. Mike me hace sentir muchas cosas buenas, pero nadie me hace sentir como tú, como si no tuviera el control sobre nada y al mismo tiempo pudiera estar segura de que todo saldrá bien.

Él sigue mirándome, pero no dice nada. Su mirada es cada vez más intensa, y el silencio más tenso y pesado. Un brillo contenido enciende sus ojos, pero Eric no dice nada, ni mueve un músculo. Está ahí como un maldito tótem indio, estoico, inamovible.

Trago saliva. Le doy tiempo, pero Eric sigue igual, y comienza a ponerme nerviosa y a frustrarme. Acabo de abrirle mi corazón y él está ahí plantado como un pasmarote sin decir nada. No hay derecho.

—¿Es que no tienes nada que decir a esto? —le digo al final, irritada.

—No tengo nada que decir —dice apartando la mirada y acodándose en la barandilla.

Veo cómo tensa la mandíbula, tragándose las palabras.

—No me mientas, claro que tienes algo que decir. Échale huevos por una vez y dílo, Eric —le enfrento, dejando la taza en la barandilla y acercándome para agarrarle del brazo.

Eric se da la vuelta y me mira. Su gesto contenido parece agresivo, pero lo que veo en sus ojos no tiene nada que ver con eso. Bullen de emociones que intenta ocultar sin demasiado éxito. Y yo estoy harta de que se oculte. Hace muchos años que espero una respuesta que nunca llegó.

—Dilo. Dímelo.

—No. Si digo lo que pienso crearé un conflicto entre tú y Mike, y no quiero volver a joderte. Ya te he hecho suficiente daño. No quiero volver a hacerte llorar.

Esa respuesta me indigna. Le doy un empujón, y la taza que había dejado en la barandilla se cae. Oigo a alguien gritar impropiedades desde la calle y me asomo para comprobar que no he matado a nadie, solo hay un señor mirando hacia arriba y alzando el puño con furia.

—¡Lo siento! —grito, y me vuelvo hacia Eric. No me he olvidado de lo que acaba de decir—. ¡No soy una niña! ¿Es que no lo entiendes? La vida es esto, Eric —le digo con frustración—. A veces reímos, otras veces lloramos, a veces estamos bien y otras lo pasamos fatal, no tenemos control sobre eso. No puedes pasártela sintiéndote responsable por cada cosa que pasa y por cómo nos sentimos los demás.

Le miro frunciendo el ceño, molesta. Él me mira en silencio, tensando la mandíbula. Por lo visto la única manera de saber qué piensa Eric sería abriéndole la cabeza y asomándose a ella, porque es tan expresivo como un maldito tronco, pero eso no puedo hacerlo aunque me den ganas.

—¡Eric! Quiero saber qué piensas —le digo empujándole de nuevo. Él me agarra las manos, y en sus ojos bulle todo lo que no me está diciendo. Su mirada casi quema.

—¿Quieres saber qué pienso? —me pregunta apretando los dientes.

—¡Sí! ¡Maldit...!

No tengo tiempo de terminar. Antes de que pueda insultarle, Eric me

atrae hacia él, cierra sus manos en mis brazos y me sella los labios con un beso intenso y arrollador. Su gesto me roba el aliento, me quedo muy quieta y cierro los ojos, sintiendo su respuesta en el fondo de mi alma. Su beso me abre los labios, se interna en mi boca con una calidez arrebatadora, y puedo sentir la necesidad en cada gesto. A Eric le cuesta hablar de lo que siente, pero sus gestos, sus miradas y sus besos son muy elocuentes, siempre se le ha dado mejor demostrar las cosas con hechos, y ahora está hablándome otra vez en un idioma con el que se encuentra más cómodo.

Mi cuerpo se relaja entre sus brazos. Mi mente se despeja de preguntas y dudas, de inquietudes, y solo puedo sentir cada movimiento de sus labios como una respuesta a todas mis preguntas. Eric no solo me desea. Eric me ha echado de menos todo este tiempo, tanto como yo le he echado de menos a él. Tal vez, algún día, consiga escucharlo de su propia voz, pero ahora me aferro a sus gestos como si fueran lo único estable en el mundo, lo único real.

Estoy incumpliendo la promesa que he hecho horas atrás, pero la claridad se ha abierto paso en mi corazón y no puedo hacer otra cosa que corresponder los gestos de Eric. Le rodeo el cuello con los brazos y hundo los dedos en su pelo, tirando de él mientras le beso, enredándome cada vez con más desesperación en su boca.

Ha sido demasiado tiempo, me debe demasiadas caricias, demasiados besos, demasiadas palabras que nunca fueron dichas y ahora necesito escuchar con toda mi alma. Pienso cobrármelas todas... y que sea lo que tenga que ser.

Eric

Se lo he advertido, y no ha querido escucharme. Ahora ya no importa. Amber siempre hace estas cosas, se sale con la suya, obtiene sus respuestas, y yo no puedo negárselas. Puede que tenga razón y deba aceptarlo, no puedo poner un dique ni separar con un muro mi mundo del suyo para que no entren en conflicto. Nuestras existencias colisionaron hace años, y el resultado de aquel estallido sigue haciendo temblar los cimientos de mi vida. Desde que regresé de Afganistán se puede decir que he sobrevivido, sobreviví a la guerra, y conseguí sobrevivir a lo que vino después, volver con mi familia, volver a la vida que había dejado detrás, adaptarse a ello fue más costoso que la propia guerra. Me he sentido vacío por demasiado tiempo, como si lo vivido en Afganistán hubiese superado mi capacidad para sentir hasta el punto de anesthesiarme de todo lo que no fuera la adrenalina y las situaciones límite,

pero esta mujer llegó como una apisonadora, rompiendo los límites y mostrándome que en realidad todo estaba encapsulado dentro de mí.

Y es tanto, y tan intenso, que acojona. No soy capaz de expresarlo en palabras, nunca he sido demasiado bueno con eso, soy un hombre de acción y no de palabras, así que lo he mandado todo al infierno y voy a mostrarle todo este fuego del que es responsable.

Mis manos actúan solas. La reclaman, la acarician sobre la ropa, bien abiertas, queriendo abarcar todo su cuerpo. Recorro su cintura y tiro de la camiseta que lleva. No lleva nada debajo, solo las braguitas blancas con puntilla que he estado evitando mirar durante toda la conversación. Esta mujer es irresistible, y cuando está cerca de mí no puedo centrarme en nada más, y ha tenido que venir solo con esa camisa y su pelo revuelto de dar vueltas en la cama sin poder dormir.

—Eric... —susurra cuando libero su boca para besarle el cuello y saborear la piel cremosa y perfumada—. Te he echado mucho de menos, ¿lo sabes?

Su voz me estremece. Sus palabras se clavan dentro de mí. He pasado incontables noches preguntándome si ella pensaría en mí, mirando el techo oscuro de mi habitación mientras intentaba adivinar si en ese momento me estaría recordando como yo la recordaba a ella. A veces cogía el teléfono y abría su chat, comenzaba a escribir alguna gilipollez y la borraba. Era mejor así, era mejor que me perdiera de vista. Era mejor que yo no la volviera a ver ni a sentir lo que sentía. ¿Cuántas noches estuvimos los dos así, como dos idiotas que no se atrevían a hablarse después del peor error de su vida?

Dejarla ir ha sido una de las peores decisiones que he tomado, y la he tenido tan presente todo este tiempo que ni siquiera he podido estar con otras mujeres. Cuando me di cuenta del error, no me sentí con derecho a volver a perturbar su vida.

«¿Sabes tú eso, Amber? Cómo vas a saberlo...».

No puedo decírselo. No puedo hablar, solo besarla y tocarla como un desesperado. Ella me reclama, me tira del pelo y me empuja contra su cuerpo con ansiedad, arqueándose contra la barandilla de la terraza. Su melena se abre, cayendo hacia el vacío cuando se echa hacia atrás, y la luz de la luna hace brillar su rostro y su piel como si de un hada se tratara. Las luces de la

ciudad brillan tras ella y parecen prender su melena como una llamarada. No me importa estar aquí afuera, dentro está el mundo al que tenemos que enfrentarnos, sus compromisos, esa vida que nunca me he sentido capaz de entregarle... y ahora no es momento de volver a ella. Ahora quiero que sepa que yo también la he echado de menos, y que no voy a dejarla escapar.

Abro las manos en sus pechos y los estrecho contenidamente, mordiendo en su cuello hasta que la oigo gemir. Sus piernas se abren despacio a medida que mis manos la recorren y meto los dedos bajo sus braguitas para buscar la cálida hendidura de su sexo. La humedad me moja las yemas cuando deslizo la primera caricia entre sus pliegues. Ella se estremece y levanta una pierna hasta clavarme el talón en el trasero. Me suelta y se agarra a la barandilla, extendiendo los brazos y mirándome, indómita y ardiente como siempre ha sido.

No puedo soportar este magnetismo. Vuelvo a tomar su boca y a beber de ella, acariciándola profundamente. Cada vez está más húmeda, y yo cada vez tengo más ganas de hacerle el amor. Amber rompe el beso de pronto, como si me hubiera leído el pensamiento, y me empuja, poniéndome las manos en el pecho. Levanto la cabeza y retrocedo, cediendo a su silenciosa petición. Sus ojos arden de seguridad y deseo mientras me abre los pantalones y me empuja hasta una de las sillas de la terraza, donde me dejo caer.

Cuando se me sienta encima, cierro las manos en su trasero y la atraigo hacia mi cuerpo. Ella mete la mano en mis pantalones y cierra los dedos alrededor de mi polla. Estoy más duro de lo que creía y siento un escalofrío de pura hambre bajo su contacto. Ella me toca con urgencia y yo le arranco la camiseta de un solo movimiento, agarrando su rostro para volver a besarla y recorriéndola después con las manos con un gesto hambriento. Recorro su espalda y termino cerrando las manos en sus tersos glúteos, apretándolos mientras ella se aparta las braguitas. Siento la humedad de su sexo cuando me empuña y se frota con él antes de dejarse caer y apretar las caderas contra las mías.

La sensación es enloquecedora y deliciosa. Me hundo en su cuerpo, ella se aprieta contra mí y contraigo los glúteos para levantar las caderas, apretándola contra mí con las manos en su trasero mientras me entierro profundamente en su sexo. Amber se aparta de mi boca jadeando, ahogando un gemido, y se muerde los labios con un gesto de placer. Siento sus rodillas

cerrarse contra mis muslos y se mantiene quieta, mirándome arrebatadoramente durante unos instantes antes de quitarme la camiseta con gestos exigentes.

Cuando comienza a moverse sobre mí parece una amazona, me agarra del pelo, me araña los hombros y me muerde los labios al besarme en su cabalgada intensa. Tiene las tetas apretadas contra mis pectorales y la siento atraparme en sus entrañas. La agarro bien y afianzo los pies en el suelo, levantándola cuando comienzo a embestir contra ella, incapaz de quedarme quieto mientras ella se sirve de mí. Nos reclamamos el uno al otro, en una carrera desesperada, encadenando besos y caricias, jadeando, gimiendo quedamente para que nuestras voces no sean escuchadas. Respirando el aliento del otro como si eso nos diera vida.

A duras penas aguanto hasta que siento que Amber se contrae y se agita sobre mi cuerpo. Se aprieta contra mí, apartándose del beso y aplastando los labios contra mi cuello. El gemido rompe en su garganta y se deshace cuando el orgasmo le sobreviene. La siento contraerse, atraparme y latir contra la carne de mi sexo, e instantes después, empujado por su voz y las sensaciones de su clímax, me voy detrás, derramándome en su interior entre gruñidos y jadeos.

La abrazo con fuerza, sin salir de ella, sintiendo los últimos estertores de nuestros orgasmos compartidos. Saboreo estos momentos de silencio, estrechándola y hundiendo los dedos en sus cabellos de sirena. Llenándome los pulmones de su perfume inolvidable, que parece volverse profundo y picante después del sexo. Puede que cuando la conociese tuviera la actitud de una niña, pero Amber es una mujer, es valiente y arrojada como para atreverse a reclamar a alguien como yo.

Me doy cuenta de que Amber tiene la piel erizada, y le echo mi camiseta por encima. Ella levanta los brazos y me deja ponérsela, mirándome con una expresión un tanto embriagada. Me pasa los dedos por la cara y me observa, mirándome la nariz, los labios y los ojos como si fuera la primera vez.

—Esto no puede seguir así... —susurra.

El corazón me da un repentino vuelco y vuelvo de pronto a la realidad, como si me hubiera dado un tortazo.

«Soy idiota...».

—¿A qué te refieres?

—A Mike. Tengo que contárselo.

Su respuesta es un alivio, pero todo esto comienza a darme vértigo. Ella me mira con una expresión muy decidida. Una expresión que siendo sinceros, me acojona. Nunca sé por dónde va a salir Amber cuando se decide por algo.

—¿Vas a contárselo? ¿Estás segura de eso? ¿Lo has pensado bien?

Ella asiente. Se remueve encima de mí, acomodándose, y me peina el pelo con los dedos con una tranquilidad pasmosa para acabar de decidir tirar todo su futuro por la borda.

—Sí a todo.

—No me parece que lo hayas reflexionado mucho...

—Eric —replica, poniéndome el dedo en la boca para que me calle—. Está bastante claro lo que pasa aquí. Tú tienes claro lo que quieres, aunque te cueste admitirlo y estés acojonado por ello.

—No estoy acojonado.

—Lo estás, pero no sabes mentir y por suerte he acabado aprendiendo a interpretarte —dice muy segura de sus palabras. La verdad es que no puedo rebatirlas.

—¿Y qué es lo que has interpretado?

—Que me quieres, y quieres estar conmigo. Así que deberíamos estar juntos. Es lo más honesto para todos. Y lo más lógico, ¿no?

Me remuevo debajo de ella, volviéndome a colocar todo en su sitio. Hablar de este asunto tan serio con todo al aire no es nada cómodo. Me paso la mano por la cara, agobiado. Lo que me está proponiendo... lo deseo con toda mi alma, pero al mismo tiempo me acojona. Amber tiene razón. Cuando todo ha terminado y puedo pensar con más profundidad comienzo a verle el problema a todo esto, ¿qué futuro voy a darle yo? ¿Qué puedo ofrecerle?

—Amber... yo llevo una vida peligrosa, no puedo...

Esta vez me cubre la boca con toda la mano y me mira muy decidida.

—Eso ya me lo dijiste hace años, y me importó lo mismo que ahora: nada.

—No es b... —intento hablar, pero vuelve a taparme la boca.

—¡No! Escúchame. Por si no te ha quedado claro aún, mi vida ya es peligrosa de por sí, mi padre es un mafioso y vivo bajo el riesgo constante de que me secuestren, o me maten, o me detengan por creer que estoy implicada en alguna de sus mierdas —dice sin pararse a respirar—. Ya vivo en el peligro, y si tengo que vivir en el peligro, al menos que sea con la persona a la que quiero.

Amber me quita la mano de la boca y las palabras se diluyen en mi mente. La miro incrédulo. Lo que acaba de decir me ha golpeado directamente en el pecho, y no sé si ella es consciente de haberlo hecho. Cualquier réplica es absurda, es una blasfemia después de lo que acaba de decir, de la seguridad que ha mostrado y de la lección de valentía que me está dando. Ella está dispuesta a todo, y yo debería estar a la altura de esta diosa pelirroja con ojos de fuego.

Incapaz de encontrar nada que decir, rodeo su rostro con las manos y le doy un beso profundo e intenso, abrazándola contra mi cuerpo y sintiendo mi corazón convertido en un tambor atronador.

Capítulo 8

Amigos

Amber

Desde la puerta de la habitación donde Mike está descansando veo las ventanas del salón. Ya amanece y el resplandor dorado del sol se filtra. Es un nuevo día. Un día diferente. Hoy las cosas van a cambiar.

Apoyo la espalda en la puerta, suspirando. Tengo que decirle a Mike que ya no podemos estar juntos, que amo a Eric y que no va a haber boda. No estoy aquí parada porque me dé miedo enfrentar la situación o algo así, no es eso. Es que no me apetece nada hacerle daño al único chico que me ha importado de verdad además de Eric.

Pienso en el día en que Mike y yo nos conocimos, en su sonrisa alegre y en todas las veces que me ha hecho sentir cómoda y a gusto, no solo con él sino también conmigo misma. Mike me ha ayudado a ser mejor persona. Me hizo darme cuenta de lo tonta y superficial que era. Ahora lo sigo siendo, un poco, pero al menos soy consciente, y además... no quiero perder las cosas que me hacen ser yo misma. Aunque había otras, algunas estaban ahí escondidas por vergüenza o por timidez, como mi afición por reparar cacharros o mi pasión por las pelis chungas de los ochenta. Mike me ayudó a liberar mi lado friki. Maldita sea, solo puedo sentir agradecimiento por él.

Me he estado sintiendo como un monstruo por esto, pero la verdad es que es peor ser deshonesto. No quiero engañarle y no quiero que cometamos errores.

Eric y yo hemos estado hablando mucho rato y después se ha marchado para ver qué ha sacado en claro su equipo sobre el paradero de mi padre.

No he conseguido que me diga claramente que me ama, pero más o menos. Es todo un avance respecto al viaje que compartimos hace tiempo y a esa época loca que tuvimos después de llamarle para que me escoltara y acabar follando en su coche.

Sonríó como una pava recordando nuestra conversación.

—No tienes por qué renunciar a eso de tener hijos pelirrojos —me ha dicho el muy tonto mientras me tenía abrazada en el balcón.

—Sí, debo hacerlo, Eric. Eres muy moreno, si lo nuestro funciona y decidimos formar una familia, ninguno saldrá pelirrojo.

—No puedes estar segura. Además, en mi familia había pelirrojos. Tengo la barba más clara, ¿no te has fijado?

—Claro que me he fijado, pero eso no significa nada.

Jamás imaginé que podría estar hablando de algo así con Eric. Un futuro. Incluso, quién sabe, una familia. No es que me lo haya planteado todavía, claro que no, pero me parece una posibilidad. Con Mike nunca fue así.

Suspiro.

«Es hora de coger el toro por los cuernos, Amber».

Me doy la vuelta y abro la puerta, entrando en la habitación.

El cuarto está en penumbra. Mike está tumbado de lado, muy guapo, la verdad, medio dormido. Me acerco despacio para despertarle y de pronto me doy cuenta de que no puedo hacerlo. No me refiero a decirle que lo de la boda ya no puede ser, sino a despertarle. Sería un crimen. ¡Está tan mono! Además, necesita descansar.

«Bah, se lo diré luego».

Me doy la vuelta para salir pero en ese momento, una de las tablas del suelo cruje y Mike se despierta, dando un respingo y tomando aire con fuerza, como si acabara de salir de debajo del agua. Me giro rápidamente, sorprendida y un poco asustada.

—¡Mike! ¿Estás bien?

Él me mira como si no esperase verme ahí y asiente, echando un vistazo alrededor, nervioso. Luego sonrío y se pasa la mano por el pelo.

—Amber, perdona... me he... uhm...

—Tranquilo. ¿Quieres un vaso de agua? ¿Una aspirina?

No sé por qué le ofrezco todas esas cosas, no he venido aquí a

preguntarle cómo está —¡qué egoísta soy!—sino a hundirle más. Bueno, no es que esté hundido, en realidad se lo ha tomado todo muy bien, teniendo en cuenta que le han secuestrado y golpeado... pero ya me entendéis.

Mike niega con la cabeza, incorporándose a medias en la cama. Lleva una camiseta de ZZ Top, así que imagino que se la ha prestado Eric. Eso me hace sentir aún peor. Mi novio durmiendo en una habitación con la camiseta de mi amante. «Seguro que huele a Eric». ¿Por qué pienso estas cosas? ¿Soy masoquista? (Spoiler: sí). Me siento a su lado. Mike aún parece un poco aturdido.

—Venía a ver cómo estabas —miento.

—No te preocupes. Estoy bien, de verdad.

Sé que no es cierto. Aunque no lo lleva mal, ese brusco despertar me hace creer que la experiencia le ha marcado. Es lo lógico, ¿cómo no iba a marcarle? Es un chico normal, no un soldado, ni el hijo de un gángster, como yo. Acaricio su mano y le doy un beso en la mejilla. Él no hace ademán de besarme a mí, y aunque me extraña, lo agradezco. Eso me pone las cosas más fáciles.

—Mike, hay algo que tengo que decirte...

Me he puesto muy seria y él me mira, extrañado. Aunque no tanto como yo esperaba. De pronto, me siento insegura.

—Habla sin miedo, Amber. Nos conocemos bien, ¿no? Puedes decirme cualquier cosa, ya lo sabes.

—Sí. Sí, tienes razón —resuelvo, armándome de valor—. Verás... es sobre nosotros. No podemos seguir juntos. No podemos casarnos ni... ni seguir siendo novios.

Aguanto la respiración, observando sus reacciones. Veo que frunce el ceño como si no entendiera. Luego remueve los hombros y se pasa la mano por el pelo.

—¿Es por todo esto? ¿Para no ponerme en peligro? —tantea.

«Dile que sí», me sopla la voz de mi conciencia. Debe ser la mala, porque si dejar a tu novio después de que le secuestren ya está mal, mentirle para no quedar como una golfa está peor aún.

—En parte... pero hay algo más. —Mike sigue escuchando y observándome con bastante tranquilidad. Supongo que está shockeado con todo lo sucedido. Este tipo de dramas cotidianos son más terribles cuando uno tiene una vida super tranquila pero después de haber estado retenido por unos mafiosos en el sótano de vete a saber dónde, que tu novia rompa contigo no debe ser tan horrible—. Verás, yo... hay otra persona. Siento mucho que sea así, cuando tú y yo empezamos le había dejado atrás, me enamoré de ti, fue real, pero...

Voy a continuar pero la magia del aturdimiento se rompe y Mike parece volver en sí, darse cuenta de lo que le estoy diciendo. Me detiene, levantando una mano.

—Espera, espera. ¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Pues...

—¿Cómo que hay otra persona? Amber, no puedes estar hablando en serio, tú no eres así.

Esas palabras me duelen más de lo que esperaba. También su mirada, sorprendida y un poco decepcionada. Me llevo las manos a la cara.

«Sí que soy así, Mike, lo siento».

—Lo lamento. No esperaba que ocurriera algo así, no ha sido premeditado, simplemente surgió...

—¿Es alguien de tu pasado? —me pregunta con seriedad.

Asiento con la cabeza.

—¿Es Eric?

Maldita sea, esto parece el quién es quién. Un quién es quién dramático, pero no puedo evitar que se me venga a la cabeza ese estúpido juego. No contesto, pero a Mike le basta.

—¿Os habéis acostado durante estas horas?

Mierda. No le basta. Asiento de nuevo con la cabeza, sintiéndome cada vez peor. Cuando le miro de nuevo tengo lágrimas en los ojos pero me las limpio con rapidez; no pretendo darle pena ni que se ablande conmigo, tiene derecho a estar enfadado.

—No te lo conté todo. Él y yo tuvimos algo así como una relación durante... ya sabes, cuando me escapé y él vino a buscarme y todo eso. Después seguimos en contacto durante algún tiempo. La cosa no salió bien pero...

—No le has olvidado.

Mike está pálido y me mira con fijeza. Esto no le está sentando nada bien, pero yo ya me lo imaginaba. Asiento con la cabeza, compungida.

—Yo no quería que ocurriera, te lo prometo. He intentado pasar de él, pero aún hay sentimientos. Eso no significa que no te quiera, es que... yo... con él es diferente.

Busco las palabras, quiero explicarme bien, que él lo entienda, pero no encuentro la manera correcta de hacerlo. De todos modos, Mike no quiere escuchar más. Me hace un gesto con la mano y se levanta de la cama, pasándose los dedos por el pelo. Le miro de reojo, mordiéndome el labio inferior, preocupada por su reacción. Pero Mike no es como el resto de chicos que he conocido antes... Él no se pone como loco, no me insulta, no sale a partirse la cara tontamente con Eric. Se toma unos minutos y después, suspirando profundamente, se quita la camiseta prestada y se pone la suya. Tiene la mirada algo perdida, sé que está herido y no le quiero presionar, pero necesito hablarle.

—Mike, ¿estás bien? ¿Me odias mucho? —digo muy bajito.

Él se vuelve a sentar en la cama. Lo hace a mi lado, y eso me da esperanzas. Luego niega con la cabeza.

—No te odio. Sinceramente, un poco enfadado sí que estoy. —«Pues no lo parece», pienso injustamente—. Que hayáis tenido algo a mis espaldas mientras yo estaba en manos de esos tipos es bastante indecente, Amber.

—Ya lo sé, lo sé, es horrible —digo dramáticamente. No le estoy echando cuento, es que tiene toda la razón.

—Pero bueno, la vida es así. —Parpadeo, sorprendida. Él me mira con una sonrisa un poco melancólica pero nada más. No hay lágrimas en sus ojos ni pierde los nervios—. Supongo que no tenemos control sobre las cosas que pasan, y mucho menos en asuntos del corazón. Hemos pasado un tiempo genial los dos juntos y tú me has hecho verme de otro modo, sentirme mucho más

cómodo con la persona que soy.

—Me pasa igual. Siento lo mismo, Mike —digo emocionada. Le cojo las manos, pero me arrepiento enseguida, pensando que estoy yendo un poco lejos y puedo hacerle sentir incómodo. Él las retiene entre las suyas y niega con la cabeza.

—Bueno, si esto se ha terminado, entonces sigue tu camino, pero no quiero perderte, ¿vale? Eres una persona muy importante en mi vida, quiero que sigamos siendo amigos.

Asiento, estoy flipando de que todo haya salido tan bien... pero de pronto, una cierta molestia se agita en mi interior. Me doy cuenta de que si Eric no hubiera aparecido, habríamos cometido un error terrible: casarnos. Está claro que Mike tampoco me ama, no como debe quererse a una pareja. Si fuera así reaccionaría de un modo más visceral, ¿no? O al menos...

—¿No vas a luchar por mí? —le pregunto.

Él arquea la ceja, extrañado.

—Eh... ¿no? —Le miro insistentemente hasta que, carraspeando, se explica—. No sé, Amber. ¿Qué sentido tendría? Luchar por la gente es un poco absurdo. Lucharía por ti si estuvieras secuestrada, si te hubiera raptado un dragón con +5 en resistencia o si alguien quisiera obligarte a hacer algo que no quieres. Pero has tomado una decisión. ¿Por qué querría hacerte cambiar de idea? Estás enamorada de otra persona, por mucho que pelee, eso no cambiará... y no quiero que sea así. Quiero ser amado por quien soy y por cómo soy, no por habérmelo ganado. El amor no es un trofeo.

Con esas palabras, no me queda más remedio que darle un fuerte abrazo. Me encanta Mike. Es un chico genial y se merece lo mejor. No lo ha tenido fácil en su vida y aun así, no se arrastra, pero tampoco se comporta como un cretino posesivo.

—Eres increíble. Y sí, te mereces a alguien que te quiera por quién eres. Yo lo he hecho y ha sido una de las mejores cosas que he hecho en la vida.

Él me abraza de vuelta y le oigo reír a media voz. Su espíritu es sorprendentemente fuerte. Ni siquiera después de todo esto ha perdido la risa.

—Lo mismo digo, Amber. Creo que no eres consciente de lo mucho que vales, tía.

Nos miramos, en paz con nosotros mismos. Él me revuelve el pelo y me da un beso en la frente. Yo le abrazo otra vez y luego me levanto para subir la persiana y dejar que entre la luz.

—Iré a prepararte el desayuno. Aún es temprano, pero te mereces un desayuno en la cama, después de todo lo que has pasado.

Me dispongo a salir cuando él me agarra de la muñeca, algo ansioso.

—Espera, Amber. Sobre eso de ser amigos...

—¿Qué?

—No me has contestado.

Observo su rostro y me doy cuenta de que eso sí le da miedo de verdad. Que le haya dejado como novia no le ha importado tanto. Me apresuro a tranquilizarle.

—No creía que hiciera falta. Claro que vamos a ser amigos, Mike. Seremos amigos siempre. Tú también eres fundamental en mi vida, no quiero que salgas de ella.

La sombra que cubría su expresión desaparece y le veo sonreír otra vez. No deja de asombrarme la fortaleza de su carácter. Salgo fuera y, con el alma ligera, voy a preparar unos huevos con beicon y unas tostadas, además de llenar la cafetera. Ayer por la noche, Eric y su equipo debieron beberse al menos tres litros. No sabía que los militares bebían tanto café.

En el piso estamos solos Grace, Mike y yo. Esta última sigue durmiendo así que dejo hecho el café y llevo dos tazas y la comida a la habitación de Mike, utilizando una bandeja. Nos sentamos en la cama y empezamos a comer con hambre.

—Voy a echar de menos que me traigas el desayuno a la cama —dice él.

—Qué dices, si no lo hago nunca. En todo caso, lo echaré de menos yo.

—A ti te lo traerá Eric —replica con una media sonrisa pícaro. Siento que me pongo roja, ¿qué estupidez es esta? Mike también se da cuenta—. No me lo puedo creer, pero si te estás sonrojando.

—¡Calla! —Le golpeo—. Además, Eric no es de los que te llevan el desayuno a la cama.

—No tiene pinta. Aunque seguro que por dentro es un moñas. Tiene ese aire como de tipo duro pero que luego llora viendo *Del Revés*.

—Todo el mundo llora viendo *Del Revés* —me quejo.

Seguimos comiendo y charlando durante un rato. Es fascinante lo rápido que nos hemos adaptado a la nueva situación. Sospecho que en el fondo, todos estos años hemos sido más amigos que novios... y también sospecho que no es el peor momento para Mike, tal y como yo pensaba. Está claro que está pasando por un pequeño trauma con todo esto del secuestro, pero si hay un punto en el que uno puede rehacer su vida y replantearse las cosas, es sin duda después de que un grupo de malhechores te den de guantazos en un sótano.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —me pregunta—. Con respecto a Eric y tú.

Me encojo ligeramente de hombros.

—No sé qué pasará, pero quiero intentarlo. —Trago la comida con un sorbo de café y luego bajo un poco el tono—. La verdad es que tengo un poco de miedo.

Mike parece genuinamente sorprendido.

—¿Miedo? ¿Tú? ¿De qué?

—De que salga mal —reconozco—. No sé, no soy una persona que creyera demasiado en las relaciones. En el amor, sí. A mi manera. Pero en las relaciones... no sé yo. Mis padres se divorciaron. Mi madre, que es lesbiana, dejó a mi padre y se marchó con su amante a vivir haciendo yoga y terapias naturales. Hasta ahora siempre había pensado que era una loca irresponsable, pero últimamente estoy comprendiendo que me parezco mucho a ella.

Mike me escucha, mirándome con mucha curiosidad.

—¿Tu madre se fue porque se enteró de lo de tu padre? De su... profesión.

—No, no... bueno... no lo sé. —De pronto, la posibilidad aparece muy clara ante mí. ¿Sería esa la causa de que se rompiera nuestra familia? Antes le echaba la culpa de eso a mi padre y sus asuntos, pero lo hacía por

resentimiento. Medito sobre ello, pero enseguida lo descarto—. No creo. Si mi madre hubiera sabido que mi padre era un mafioso, no me habría dejado con él. Si me dejó con él es porque pensaba que era lo mejor para mí, estoy segura. Ella es apasionada y siempre es fiel a su corazón. Creo que simplemente se enamoró de otra persona y se dio cuenta de que la vida tradicional que tenía junto a mi padre la encorsetaba. —Mike asiente y yo prosigo—. El caso es que, como mis padres se separaron, yo nunca creí que tener relaciones estables y duraderas fuera algo en lo que pudiera creer.

—¿Y aun así estabas dispuesta a casarte conmigo? —pregunta Mike más sorprendido aún.

—Bueno, que sea consciente de que las cosas pueden salir mal no significa que no tenga esperanzas en que salgan bien —me justifico.

Voy a añadir algo cuando de pronto, escucho abrirse la puerta y comienza el ajetreo en casa. Los pasos rápidos son los de Eric, sin duda. Se dirige directamente a la habitación de Grace y pronto oigo la voz de mi nueva amiga.

—Parece que tu Romeo ya está aquí —dice Mike con cierto retintín—. Tranquila, no voy a enfrentarme con él. Es demasiado fuerte y guapo, la verdad. No tendría nada que hacer y paso de hacer el ridículo.

—No digas tonterías —replico golpeando el brazo de Mike.

Seguimos desayunando, pero pronto las voces de Grace y su hermano se elevan hasta dejar bien patente que están teniendo una discusión. Ya son ganas de ponerse a discutir de buena mañana. Decido salir a ver qué pasa.

—Ahora vengo, Mike. Creo que se están matando.

—¿Habrá pasado algo? —pregunta preocupado.

—No creo. Seguro que están discutiendo para ver a quién le tocan los baños —digo desenfadadamente.

Me levanto de la cama y salgo en dirección a la habitación de Grace, pero en el pasillo, me choco con Eric, que camina en la dirección contraria con mucho ímpetu. Nos golpeamos y él me sujeta, confuso.

—Perdona, Amber. Lo siento, tengo mucha prisa.

—¿Por qué? ¿Dónde vas? —pregunto, mirándole fijamente a los ojos.

—¡Eso, díselo! —exclama Grace desde el fondo del pasillo. Pronto avanza hacia nosotros, acorralándole por detrás—. Dile que vas a hacerte el héroe tú solo otra vez.

Eric cierra los ojos y suspira, mirando hacia el techo.

—No voy solo, maldita sea —gruñe separando bien cada sílaba, como si lo hubiera repetido mil veces. Luego me mira—. Mi equipo ha encontrado a tu padre, Amber. La situación no parece buena. Vamos a ir a solucionarlo de una vez por todas.

Trago saliva. Eso suena muy definitivo.

—Bien, vamos contigo —digo resuelta.

—¿Ves? —espetea Grace desde detrás de su enorme espalda—. No puedes desentenderte de nosotras sin más. Esto también es asunto nuestro.

—Ahí es donde os equivocáis. Esto es un trabajo para profesionales —dice Eric muy severamente. Yo le conozco lo bastante como para saber que una gota más hará que se ponga borde, pero por lo visto a su hermana le puede más el orgullo que el sentido común.

—¿Y qué soy yo? ¿Un armario empotrado? Soy una profesional, Eric, como tú. Eso es así, te pongas como te pongas.

Veo refulgir los ojos de mi novio —supongo que ahora puedo llamarle así— y, soltándome de los hombros, se vuelve hacia su hermana.

—No, no lo eres. Eres una ladronzuela con un diploma de tiro. Y tú una estudiante de posgrado con conocimientos de defensa personal —dice volviéndose de nuevo hacia mí. Por supuesto, tenía que salpicarme la movida—. No estáis preparadas para trabajos de este tipo y no vais a venir. Os quedaréis aquí y todo irá bien. Será como con Mike: rápido, limpio y sin sobresaltos.

—¿Y nos vas a encerrar bajo llave otra vez? —pregunto fríamente.

Eric me mira de forma tan intensa que no sé si me estoy enfadando o excitándome.

—Si es necesario, lo haré.

Diciendo esto, sigue su camino hacia la puerta. Grace avanza hasta

quedarse a mi lado y las dos aguardamos, de brazos cruzados, hasta escuchar cómo gira la llave en la cerradura. Mike se asoma desde la puerta de la habitación y se une a nosotras.

—Lo he oído todo —dice, contemplando la salida.

Yo asiento con la cabeza.

—Chicos, coged vuestras cosas —dice Grace.

—Yo conduzco —replico a mi vez.

Los tres tenemos la misma idea fija en la mente. Esta vez no nos quedaremos atrás. Ya hemos tenido bastante. Puede que seamos jóvenes, sí. Puede que no estemos preparados. Pero tenemos derecho a intentarlo.

Capítulo 9

Profesionales

Eric

El todoterreno negro quema las ruedas contra el asfalto. Carlos conduce a toda velocidad. Somos profesionales, sabemos que ahora cada minuto cuenta. Solomon está sentado en el asiento del copiloto y detrás, Robert, Hatch y yo observamos la pantalla del ordenador de este último. Nos está mostrando una serie de imágenes tomadas por satélite.

—Este es el rancho. Cuento por lo menos cuatro coches.

—Diría que seis —apunta Robert señalando dos manchas negras semiocultas.

No me gusta. No me gusta nada.

—Es una posición muy descubierta. No hay vegetación, colinas ni ningún punto seguro desde el que estudiar el terreno —digo haciendo una mueca de desagrado—. Solo aquí, en esta elevación, y en el depósito de agua.

—Tendremos que conformarnos con eso. No es lo peor a lo que nos hemos enfrentado, ¿no?

Robert sonríe animadamente. Nunca pierde el ánimo. Este tío ha volado más cabezas en Afganistán de las que yo puedo contar, ha tenido épocas terribles y sin embargo sigue contemplando la vida con optimismo. Me da envidia de la buena.

—Vale, ¿qué tenemos sobre esa empresa? —dice Solomon girando un poco la cabeza hacia nosotros—. Graveloft Inc.

—Ah, sí —replica Hatch, cerrando y abriendo ventanas en su portátil con rapidez—. Aquí tengo toda la *info*. Es una empresa multidisciplinar. Se dedican a muchas movidas: informática, tecnología, gestión de inmuebles... Ah, y os vais a reír. Están relacionados con los Kovalenko.

Todos miramos a Hatch con cara de póker.

—Podrías haber empezado por ahí, hermano —suelta Carlos.

—Me gusta dejar lo mejor para el final.

La sonrisa engreída de Hatch resplandece un instante antes de que empiece a soltarnos todo lo que ha descubierto, mostrándonos fotografías e imágenes de las cuentas de Graveloft Inc.

—Como veis la entrada de capitales a través de empresas fantasma es el principal volumen de inversión de esta gente. Por no hablar de las donaciones. Ni siquiera se han molestado en enmascararlas bien. Son muy arrogantes. Los Kovalenko están detrás de esta empresa de seguridad privada, Sphynx —dice señalando una fotografía de un edificio blanco con un logo que representa una esfinge—. Sphynx ha estado recibiendo pagos mensuales de Graveloft. Sabemos que Sphynx no es más que una tapadera, los Kovalenko no se dedican a la seguridad privada sino a la inseguridad pública. —Hatch nos mira orgulloso de su chiste, pero ninguno nos reímos.

—Creo que esto nos lleva a una conclusión obvia —apunta Solomon—: Los Kovalenko trabajan para Graveloft. ¿Quién hay detrás de esa empresa? ¿Puedes investigarlo, Hatch?

—Ya lo hice. No podía dejarlo ahí, tenía que llegar al final de todo. Los hermanos Kovalenko tienen sus bienes y empresas a nombre de un testaferro, Rod Sanderson. En cambio, Graveloft Inc., si bien tiene varios socios que...

—¿Puedes ir al grano? —le digo yo, un poco impaciente—. Si tienes la respuesta final, no nos hagas pasar por todo el proceso.

—Joder, Mesz, vaya humos —gruñe Hatch. Sé que le encanta lucirse, pero yo necesito saber ya a qué nos enfrentamos. Pulsa en la pantalla y abre una serie de fotografías. Al mirarlas, siento que algo se encoge en mi estómago, como si estuviera a punto de caer desde una gran altura—. No he podido dar con su nombre real. No hay datos sobre él y su rostro no concuerda con ninguna muestra de identificación facial de organismos oficiales. Todo lo que sé es que responde al nombre clave de Atum.

Observo fijamente las imágenes. No conozco a este tipo, pero algo en él me hace sentir que sí nos conocemos y no precisamente por algo bueno. Es alto, musculoso y con una de esas caras que hacen suspirar a las tías y morir de envidia a los tíos. Es tan asquerosamente guapo que hasta yo me doy cuenta

de que lo es. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás, con algunos mechones sueltos y tiene una mirada afilada, fría, que contrasta con la deslumbrante sonrisa que luce en cada maldita foto. En una de ellas se encuentra en la terraza de un hotel de lujo, sentado ante una mesa en compañía de los hermanos Kovalenko. El lugar debe ubicarse en algún país de oriente medio, porque alrededor hay palmeras y desierto. El tío va vestido como una estrella del rock, con botas, vaqueros ceñidos y una camiseta apretadísima que se cierra en su cuello, dejando los hombros al descubierto. Su pose es desenfadada y segura.

«Está ahí sentado con despreocupación. Sabe que nadie puede hacerle daño —reflexiono—. No tiene miedo. Tampoco tiene identidad, así que no necesita ocultarse... ¿quién demonios eres y qué estás tramando?».

—Esto me da mal rollo —me limito a decir a los demás—. No me gusta ese tío.

—Estoy de acuerdo —apunta Robert—. No sé qué plan tenéis, pero creo que es mejor no involucrarnos demasiado con esta gente.

—Nos vamos a involucrar. Sean cuales sean sus movidas, si le arrancamos a ese tal Donovan de las garras, no seremos precisamente sus amigos, tío —replica Carlos.

Suspiro. Tengo la sensación de que todo esto llega mucho más lejos de lo que pensamos. Estamos ante la punta del iceberg. Pero no importa. Realmente, no quiero saber más.

—De acuerdo —dice Solomon—, haremos lo siguiente: Hatch, no pierdas la conexión con el satélite e intenta darnos un número aproximado de hombres en esa casa. Cuando estemos cerca, tendrás que hackear el sistema de seguridad del rancho y después, entrar en sus cámaras para guiarnos por el interior. Carlos, tú colocarás explosivos en los puntos que te indicaré. Los utilizaremos para distraer la atención. En cuanto estén colocados, te vienes al coche y esperas para sacarnos de ahí cagando leches una vez hayamos terminado. Robert, te apostarás en el depósito de agua o tras la pequeña colina como francotirador. Eric, tú y yo entraremos para realizar la extracción.

Todos nos mostramos de acuerdo. Es un buen plan A. Mientras pensamos en el plan B y compartimos ideas, yo sigo mirando la foto del tío en la pantalla de Hatch, con una sensación de inquietud en la boca del estómago.

Amber

—¿Quién es ese tipo? —me pregunta Mike.

—No tengo ni idea.

Grace está al volante del Subaru Impreza color plata que hemos alquilado. Se retuerce para mirar el portátil de Mike, que va sentado a su lado. Yo estoy en los asientos traseros, echada hacia delante para asomar la cabeza entre sus asientos y sentirme integrada, además de cotillear lo que Mike nos muestra. Hemos salido a perseguir a Eric y a los demás. Mike y yo llevamos nuestros ordenadores y un par de móviles extra. No sé qué se piensan estos «profesionales», ellos tendrán a su hacker, pero nosotros somos mejores y no hemos tardado demasiado en encontrar la ubicación de su coche. Tampoco en burlar la seguridad del portátil de Hatch. Ese tío es bueno, pero está un poco anticuado. Ahora estamos viendo lo que él tiene en su pantalla, un montón de fotos de un hombre super guapo que está en una terracita con los Kovalenko.

—¿No te suena de nada, Amber?

—No, no le he visto en mi vida. A los otros dos sí, son los Kovalenko, enemigos de mi padre. Pero a él no. Si lo hubiera visto, me acordaría —declaro.

—Debe estar metido en todo este follón —comenta Grace, girando el volante bruscamente. Grace toma las curvas como una loca, se nota que está acostumbrada a conducir deprisa y hacer el café al volante. Solo espero que no nos matemos antes de llegar al rancho. Sería bastante lamentable—. Quizá es el tío que ha secuestrado a tu padre. Si no, ¿por qué tienen interés en ver una foto suya?

—Tiene sentido —replica Mike—. Han estado mirando la ubicación del rancho, las cuentas de un par de empresas, y ahora sacan estas fotos... Ah, tengo una idea. Voy a ver si su cara está registrada en algún sitio.

—No sé, no creo que tenga Facebook —apunta Grace—. Los malos nunca tienen Facebook, ¿no?

—Estás presuponiendo que es un «malo» —dice Mike con retintín.

—Vamos, por favor... no hay más que verle —suelta Grace soltando el volante y poniendo el dedo sobre la pantalla—. Mira cómo viste. Y lo guapo

que es. Los buenos nunca visten así, parece sacado de un club de intercambio.

—¿Qué es eso?

Grace se echa a reír ante el comentario de Mike.

—Ya te llevaré algún día, Miguelito.

Sonrío a medias. Al menos, la presencia de Mike nos ayuda a distender el ánimo. Tanto Grace como yo estamos tensas y preocupadas. Sé que ella no quiere que su hermano se ponga en peligro, y en cuanto a mí... Me preocupa Eric, claro, pero no dejo de pensar en mi padre. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo se ha metido en este lío? Cuando Mike estaba en manos de aquellos tipos, mi desasosiego era tan fuerte que continuamente pensaba que iba a vomitar, o a desmayarme, o todo a la vez. Pero ahora que se trata de mi padre, la sensación es distinta. Hay una especie de fatalidad en todo esto. El que se mete en asuntos turbios siempre acaba salpicado, ¿no? Es una ley de vida. Temo que mi padre no salga de esta. Después de todo, podría decirse que él se lo buscó.

No quiero perderle. Puede que se lo merezca, no lo sé, pero no quiero perderle.

—Seguro que están haciendo planes —dice Grace—. A Eric le encanta hacer planes, y a sus compañeros también.

—Tal vez deberíamos hacer alguno nosotros —propongo.

—No sé. Dependemos un poco de ellos —responde Grace—. Quizá lo mejor es que vigilemos de lejos e intervengamos cuando sea necesario. Así, en general.

Madre mía. Somos los Agentes de S.H.I.E.L.D., está claro. Más cutres, imposible. Entiendo a lo que se refería Eric cuando dijo que no estábamos preparados para cosas de este calibre, pero al mismo tiempo y por muy cutre que me parezca, tengo la sensación de que Grace está en lo cierto. No podemos trazar ninguna operación sin saber lo que van a hacer ellos, así que lo mejor será monitorizarles y actuar como refuerzos si hace falta.

Hemos traído un par de pistolas que Grace ha sacado del piso de Eric, comida, bebida y los ordenadores.

—Bueno, chicas, no os desaniméis —dice Mike de pronto. Le miro a través del retrovisor y me doy cuenta de que las dos tenemos cara de

amargadas. Normal—. Si todo sale bien, ni siquiera tendremos que hacer nada. Y estos tipos saben lo que hacen. Son como superhéroes. Así que tened confianza.

Suspiro y asiento, forzándome a sonreír. Quiero creer que es cierto, quiero confiar en que todo irá bien y no tendremos que salir del coche. Pero los recuerdos vuelven a mí en una avalancha: recuerdo la cinta aislante en mis muñecas, los rostros de los matones, la luz, el olor... Lo recuerdo todo. El tiroteo, las ventanas estallando como una lluvia de cristal. No quiero más de eso. No quiero volver a repetir esa mierda. Es cierto que ahora ya no soy la de antes, que puedo defenderme sola, o eso creo.

Si algo tengo claro es que esta vez no me dejaré atrapar.

Eric

Varias horas más tarde, llegamos al área del rancho. Carlos aparca algo lejos, a una distancia prudencial para evitar que nos avisten pero lo bastante cerca para que podamos llegar en una carrera.

—Ya estamos aquí. Hora de entrar en acción —dice Solomon.

Salimos del coche y abrimos el maletero. Sacamos los chalecos antibalas y los cascos tácticos, los cinturones y los equipos de comunicación. Comenzamos a vestirnos entre comentarios ligeros sobre el calor y el paisaje.

—Me tomaría una cervecita bien fresca ahora mismo —está diciendo Carlos—. Con media rodaja de lima y una chica guapa.

—Podrás hacerlo todo cuando terminemos. Menos lo de la chica guapa —replica Hatch.

—No eres quién para hablar, ¿eh? ¿O quieres que te recuerde que la última chica a la que le pediste el número te dio el del teléfono de la esperanza?

Nos echamos a reír. Hatch y Carlos se llevan muy bien, siempre han estado unidos. En cierto modo me recuerdan al pasado, a cosas que no sé si volveré a experimentar. Esa amistad estrecha. La confianza plena. La entrega sin reservas. Cuando empiezas a perder gente, te acostumbras a guardarte. Es una forma de protección, pero realmente no sé si sirve para algo. ¿De qué me ha servido guardarme durante este tiempo? Al final, sufres igual, amas igual, te

pierdes igual en la euforia de la vida.

—Aquí los únicos que consiguen chicas siempre que quieren son Eric y Robert, y Solomon porque no le gustan las chicas, que si no, también.

—Además, estoy casado.

Las palabras de Solomon nos sorprenden a todos.

—¿Desde cuándo? —exclama Robert anonadado.

—Hace dos años —responde Solomon tan tranquilo.

—Joder, tío. ¿En serio? —Robert parece realmente molesto. Mientras me abrocho los cierres del chaleco, reprimo una risa—. ¿Y no nos has avisado? ¿Por qué eres así, tío? Joder, tío...

—No te enfades. Ya sabes que soy muy celoso de mi intimidad.

—Joder, tío...

Varios «joder, tío» después, Robert lo deja correr y terminamos de prepararnos. Probamos los comunicadores. Uno de los intraauriculares no funciona bien y hay que sustituirlo, pero por lo demás, todo parece preparado. Un viento cálido y arenoso sopla desde el oeste, trayendo el olor terroso y ceniciento del desierto.

—¿Listos? —pregunta Solomon.

—Roger, jefe.

—Hatch, al coche. Avísanos cuando hayas cumplido tu parte. Carlos, aquí tienes la ubicación de los explosivos. Nos desplegamos. Ya conocéis las reglas.

Todos asentimos y nos damos un pequeño golpe con el puño en el pecho. Le guiño el ojo a Robert, deseándole suerte, y nos separamos. Voy con Solomon a rodear el perímetro de la casa. Llevo en las manos una MP5 de 9mm, dos MK45 en el cinturón, cuatro cargadores y un silenciador. El equipo de intervención me resulta ligeramente pesado después de cierto tiempo sin usarlo, pero con él me siento más cómodo que con ninguna otra maldita prenda. Supongo que nunca he dejado de ser un soldado.

Bordeamos una llanura ondulada salpicada de cactus. La luz solar se filtra a través del visor tintado del casco táctico, que evita que nos deslumbre.

Desde nuestra posición, la casa aún está lejos. Al llegar a la ubicación precisa, Solomon y yo nos tumbamos sobre el suelo y comenzamos a arrastrarnos, avanzando hacia el edificio. Es una construcción en forma de L de diseño moderno, rodeada por una valla electrificada que dejará de ser un problema en cuanto Hatch y Carlos hagan su trabajo.

La voz de Hatch es la primera en sonar por los comunicadores que llevamos en el oído.

—Eagle a Manada, 10-24. Misión cumplida.

—Aquí Wolf 1 y 2. Recibido, Eagle —responde Solomon.

—Aquí Ferret. Recibido —suena la voz de Carlos.

—Hawk, recibido —responde poco después Robert.

Me permito un breve suspiro. El código de éxito siempre me causa alivio. Los 10-24 no eran tan frecuentes como hubiéramos deseado en Afganistán, y ahora nos vienen de maravilla: Hatch ha desactivado el sistema de seguridad. Solomon y yo no tendremos problemas para entrar. Avanzamos un poco más rápido, guardando el aliento mientras nos arrastramos entre los matojos secos.

Finalmente, llegamos ante la alambrada. Solomon y yo nos miramos y luego dirigimos la vista al rancho. Los setos nos ayudarán a pasar desapercibidos, pero una vez en el interior de la casa, las cosas se pueden complicar.

—Aquí Wolf 2. Ferret, ¿hay novedad? —pregunto en un susurro.

—Ferret, roger. Los huevos están en el nido.

Los explosivos están colocados, ahora solo falta que Hatch se cuele en las cámaras de seguridad que ha hackeado. Una vez esté dentro, Carlos detonará las granadas y nosotros entraremos.

Solomon toma la palabra.

—Wolf 1 a Eagle. ¿Tienes los ojos?

—Roger.

—De acuerdo. Diez segundos.

Guardamos un silencio sepulcral durante la cuenta atrás. El viento arrastra arenilla y agita las matas secas y quemadas por el sol. Al otro lado de la verja, un jardín artificial aporta frescura y color al moderno rancho, que más que eso parece una mansión. Me recuerda el asco que me dan los ricos. Pero no puedo pensar demasiado en ello. La cuenta atrás llega a su fin y escuchamos las detonaciones. Me quedo inmóvil, en silencio, mientras aguardo. Por el intraauricular, escucho a mis compañeros.

—Eagle a Manada, están saliendo. Seis a tus doce, Hawk. Estás de suerte. Otros seis a tus tres. —Hay una larga pausa antes de que Hatch vuelva a hablar—. Quedan ocho dentro de la casa. Se han apostado dos en la puerta principal, dos en la trasera, cuatro van hacia el jardín, a las nueve de Wolf 1 y 2.

Miro de reojo a Solomon y observo sus señales. Rápidos y coordinados, saltamos la valla y caemos al otro lado. Vamos juntos hacia la posición que Hatch nos ha indicado, ocultos detrás de los setos, poniendo los silenciadores.

Ahí están. Son cuatro tíos de traje. Serán gilipollas. Los mafiosos nunca aprenden. Si tanta pasta tienen, podrían comprarse uniformes en condiciones.

A la señal de Solomon, disparo. Nuestras balas silenciosas vuelan a la vez. Dos de los tipos caen abatidos antes de darse cuenta de lo que ocurre, con dos agujeros rojos en su frente. Los otros dos buscan su objetivo, pistola en mano, pero no les dejamos reaccionar. Hemos matado a cuatro hombres en doce segundos. Y no he sentido nada. Pienso en Amber con un poso de angustia. Pienso que seguramente se merece algo mejor que yo, mejor que un tío que puede matar sin pestañear, que no mira a los ojos a sus víctimas, que no duda al apretar el gatillo.

Y pienso que yo también me merezco algo mejor que esto. Por primera vez en mi vida, me doy cuenta de que ya no puedo seguir.

«Cuando esto acabe, lo dejo para siempre».

Ese pensamiento me ayuda a apartar todos los demás de la mente y a centrarme en la misión. Avanzo con Solomon y cruzamos el jardín, mientras escucho por el comunicador el recuento de Robert.

—Dos. Tres. Cuatro.

Sus disparos no se oyen, solo la ensalada de tiros que están causando los mafiosos al otro lado de la verja, mientras tratan de encontrara Robert y revisar el perímetro.

Llegamos frente a la puerta por la que vamos a entrar: es una puerta corredera totalmente acristalada que se desliza con facilidad. Necesitamos que Hatch nos dé las ubicaciones de los cuatro tíos que quedan ahí dentro, y esperamos un rato, apostados en cuclillas a ambos lados de la puerta del jardín. Pero no hay nada.

—Wolf 1 a Eagle. ¿Tienes los ojos?

Esperamos unos segundos sin obtener respuesta. Y entonces siento la familiar vibración. Esa sensación fría, agitada, en mi pecho. Algo no va bien. Solomon también se ha dado cuenta.

—Wolf 1 a Manada, 10-20.

Es el código de ubicación actual. De inmediato, Robert responde.

—Hawk en su percha.

Y no se oye nada más. ¿Qué coño pasa? ¿Dónde están Carlos y Hatch? Miro a Solomon. Sé que lo adecuado ahora es retirarse y espero a que dé la orden. Pero entonces veo la sombra detrás de él, y comprendo que la hemos cagado.

Hemos caído en una trampa.

—En pie, soldados.

Solomon y yo obedecemos. Estamos rodeados por un montón de tipos armados, estos sí, con chalecos antibalas y equipo en condiciones. Junto a ellos hay un hombre alto, moreno de piel y cabello, con unos curiosos ojos verdes, casi amarillos. Va vestido con un traje de pijo, seguro que es hecho a medida. Y nos mira con emoción.

—Tirad las armas, por favor. Esto es muy desagradable. No os preocupéis, vuestros amigos están bien. Enseguida les acompañaréis.

Pocos minutos después, Solomon, Hatch, Carlos y yo nos encontramos de nuevo, aunque en la peor de las circunstancias. El sótano de la casa pija es lo bastante amplio como para acogernos a todos, y también a Donovan. El padre de Amber ocupa la silla central. Le han quitado la chaqueta e

inmovilizado con cinta. Tiene barba de tres días, heridas en el rostro, sangre en la boca y un ojo morado, pero sigue pareciendo digno. Mis compañeros han sido despojados de sus equipos y ocupan sus respectivos asientos, también atados con cinta. Y yo no iba a ser menos.

Bajo las luces fluorescentes, los cinco miramos al hombre moreno y sus secuaces. Son doce en total, no deberían ser un problema si conseguimos liberarnos y agarrar algo que nos sirva como arma. Después de todo, somos tíos duros. Ninguno baja la cabeza, ni siquiera Hatch.

—Parece que tenemos un gran problema aquí —dice el tipo, con un marcado acento de oriente medio—. Permitid que me presente. Yo soy Falcon. A vosotros ya os conozco. Mi señor Atum me dijo que vendríaís.

Siento que se me enfría la sangre en las venas. «Hijo de puta. Sabía que ibas a ser un problema, joder». Recuerdo las fotografías de ese hombre y siento unos deseos irrefrenables de estrangularle, pero ahora mismo va a ser complicado. El tal Falcon se sienta en otra silla frente a nosotros, como si nos fuera a dar un discurso. Cruza la pierna y empieza a jugar con un abrecartas.

—Lamento mucho esta situación, pero, Donovan... el futuro de todos está en tu mano. Estos hombres tan leales han venido a rescatarte. ¿Vas a dejar que mueran por tu tozudez?

Donovan no responde. Ahora quiero estrangularle a él también, pero no podemos mostrarnos divididos delante del enemigo y por ahora, Donovan está en nuestro equipo.

Ante la falta de respuesta, Falcon suspira y se vuelve hacia nosotros.

—Espero que hagáis recapacitar a vuestro jefe. Solo tiene que... — Antes de que pueda proseguir con su palabrería, le suena el teléfono. El muy gilipollas tiene como sonido el politono de *Walk like an egyptian*. Habla a media voz en un idioma que no conozco durante un rato y luego pulsa un botón, mirándonos con expresión flemática. De pronto, una voz surge desde no sé bien dónde. Debe haber altavoces por toda la casa.

—Buenas tardes, señor O'Connell. Y compañía.

Es una voz suave, grave y muy seductora. No necesito verle la cara para saber a quién pertenece, porque le va como un puto anillo al dedo.

—Mi tiempo es oro, así que iré al grano. Parece que tiene usted algunos problemas con mis aliados los Kovalenko... —Donovan no responde, su semblante permanece impertérrito—. He estado meditando mucho sobre la situación, y creo que estoy en disposición de ofrecerle un buen trato. Si está dispuesto a colaborar, claro.

De nuevo, silencio. Este se prolonga unos minutos, tanto que comienzo a tensarme.

—Su guerra con los Kovalenko está afectando negativamente a mi negocio. Está claro que ellos, pese a contar con más apoyos y más medios, no están a la altura de defender su posición. El conflicto se prolonga durante demasiado tiempo y no voy a consentirlo más. Así que estoy dispuesto a eliminar el problema para todos. Si sacamos a los Kovalenko de esta tediosa ecuación, solo quedamos usted y yo. Y usted y yo podríamos llevarnos muy bien, ¿no cree, señor O’Connell? —Una nueva pausa—. Lo único que necesito de usted es que se haga cargo de los negocios que ellos están gestionando ahora mismo. Está claro que es mucho más capaz.

Falcon sonríe, pero ninguno de nosotros hace un solo gesto. Finalmente, Donovan habla.

—Si estoy en guerra con los Kovalenko es precisamente porque no apruebo el tráfico de drogas en mi territorio. No creo que usted pueda ofrecerme nada que valga más que mi palabra o que mis principios.

Siempre he admirado la entereza de Donovan O’Connell, pero en estos momentos, creo que está siendo poco inteligente. La risa ligera de Atum parece la risa de un dios que se divierte mirando a las hormigas, sobre todo por ese efecto que produce al no poder saber de dónde coño sale.

—Bueno, puedo ofrecerte algo que vale más que tu palabra y tus principios. Tu vida. Y la vida de tu hija, claro.

Al escuchar que menciona a Amber, me tenso de inmediato. Donovan también, y en ese momento, ocurre algo que nunca pensé que fuera a suceder: Donovan pierde la compostura.

—¡¡No te atrevas a mencionar a mi hija!! —grita rabioso—. ¡No voy a permitir que la metas en esto, ¿me oyes?! ¡No lo consentiré!

—Ah, pero no estás en posición de consentir nada, O’Connell. Este es

el trato que te ofrezco. —Veo que Donovan está forcejeando con sus ligaduras, los dientes apretados y los ojos ardiendo de ira—. Dejadles a solas. Supongo que necesitará un tiempo para meditarlo. Espero que sus soldados le puedan convencer. No hay nada más agotador que un hombre orgulloso.

Se escucha el tono de un teléfono al colgar y después tres largos pitidos. Falcon pulsa un botón de su móvil y el silencio regresa.

—Volveré en unos minutos, y espero una respuesta —dice Falcon. Después se marcha junto con la mitad de los hombres.

Esto es una putada, pero podría ser peor. Al menos, Robert sigue libre. Eso me da esperanzas. Durante los minutos siguientes, ninguno decimos una puta palabra. Sabemos que, además de los tíos que nos vigilan, hay cámaras y micros. Somos tumbas, somos muertos. Y si las cosas no salen bien, acabaremos siéndolo de manera literal.

Amber

Cuando llegamos a las inmediaciones del rancho, hay un tiroteo. ¡Un maldito tiroteo!

—¿Qué demonios...? ¡Mierda!

Grace cambia la dirección en cuanto oímos los disparos. Mike, que se bambolea en el coche a causa de la terrible conducción de Grace, está mirando los mapas en su portátil.

—Hay un cobertizo a unos cien metros, detrás de esa loma. Ahí podremos ocultarnos.

—Vale. Espero que mi hermano esté bien...

Yo siento el corazón a mil. El ruido de los disparos me ha puesto muy tensa. Llegamos levantando polvo al cobertizo y cuando vamos a aparcar, un tío aparece corriendo desde el interior. Va vestido como un S.W.A.T o algo así, con uno de esos cascos que llevan los antidisturbios y un rifle o algo en la mano, no sé qué maldita arma es y me pongo nerviosa. Salgo como loca del coche, saco la pistola y le apunto a la cara.

—¡Tira las armas! —chillo.

—¡Amber, soy Rob! Soy el amigo de Eric.

Bajo la pistola, suspirando. Mike y Grace salen del vehículo y nos miramos, nerviosos.

—Están buscándome. He dejado mi arma en repetición automática, disparando al aire. Cuando la encuentren se darán cuenta de que me he escapado.

—¿Cómo que te has escapado? —exclama Grace, furiosa—. ¿Has abandonado a mi hermano? ¿Qué está pasando?

—Nos han tendido una trampa, pero están bien. Eric y los demás están bien —dice Robert con serenidad. Su voz suena metálica dentro del casco—. No estoy huyendo, soy el único que queda fuera de la casa y en libertad. Me alejé para buscar una solución.

—Pues ya la has encontrado —suelta Mike muy seguro. Le miro, perpleja. Es la leche, sigue comportándose como si estuviera en una película, qué tío.

Robert nos observa, algo confuso.

—Sí... bueno, tendrá que servir. —Perfecto. ¿Qué es lo peor que nos puede pasar? Que muramos todos, supongo. Pero al menos moriremos juntos—. De acuerdo, os explicaré cual es la situación.

Robert nos pone en antecedentes. Estamos consultando la información que nos da, con el portátil de Mike sobre el capó del Subaru.

—Sospecho que los tíos que salieron de la casa no eran más que novatos. Los que han atrapado a los demás deben ser profesionales. No sé cuántos habrá, pero Hatch había conseguido entrar en el sistema de seguridad del rancho y...

—¿Ah, sí? Entonces nosotros también estaremos dentro —dice Mike entusiasmado—. Podemos tener ojos. Se dice así, ¿no? Tener ojos.

—De acuerdo... entonces entraremos nosotros tres y tú nos guiarás, ¿vale, Mike?

Mike se muestra de acuerdo. Aguardamos durante unos minutos mientras él se conecta con el sistema de seguridad y Robert nos da unas cuantas instrucciones a Grace y a mí. Estoy nerviosa y tensa, pero también muy decidida. Han atrapado a Eric, mi padre está secuestrado y todo esto es una

mierda, no voy a quedarme de brazos cruzados mientras la gente importante de mi vida es puteada una y otra vez. Y aunque no puedo leer su mente, la expresión de Grace me dice que ella piensa exactamente lo mismo. La verdad es que no podría tener mejor cuñada.

—No disparéis a lo loco —nos dice—. Dirigid el proyectil al centro de gravedad, no os hagáis las entendidas tirando a la cabeza, ¿de acuerdo? Sujetad con las dos manos, apuntad bien y respirad hondo antes de pulsar el gatillo. Frialdad, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —digo yo muy formal.

—Ya sé todo eso, mi hermano me enseñó —replica Grace con más rabia—. Vamos ya ahí dentro, estoy empezando a ponerme de los nervios.

—Bien, vamos allá.

Robert nos entrega dos pinganillos ridículos y le da otro a Mike. Nos los colocamos y los probamos. Una vez está todo listo, salimos al rescate. Todo el miedo se disipa en cuanto comienzo a avanzar pistola en mano. De alguna manera, tener un arma y tener un plan me hace sentir que podré arreglar las cosas.

Esta vez seré yo la que salve a Eric.

Capítulo 10

Héroes

Eric

Ha pasado casi media hora desde que Falcon se largó. La sala está en silencio. Solo se escuchan nuestras respiraciones y el carraspeo ocasional de nuestros guardianes. En estas situaciones es importante mantener la frialdad. No ponerse nervioso. Desconectar la mente, y al mismo tiempo, mantenerse atento a las posibles oportunidades de escapar. Es lo que debería estar haciendo, al menos, pero creo que ya no soy tan buen soldado como era. Porque no dejo de pensar en Amber. Me pregunto qué sabe ese bastardo de Atum sobre ella. Me pregunto si la han cogido también, o si la están buscando. Me pregunto si Donovan dará su brazo a torcer o la sacrificará por su orgullo. Recuerdo sus ojos. Su sonrisa. Sus gemidos. Su pelo flamígero agitándose sobre mí, su cuerpo arqueándose debajo del mío, su piel de seda entre mis manos.

Mierda. Esto tiene que salir bien. No puedo perderme todo eso durante el resto de mi vida.

«Por Dios, Amber... solo espero que estés bien y que no hagas ninguna tontería», pienso.

Y como en una ironía del destino, en ese instante se abre la puerta y la veo.

—¿Qué cojones...?

No he sido yo, ha sido Donovan. Antes de que los seis tíos que nos custodian puedan reaccionar, Robert ha metido cuatro balas en las cabezas de cuatro de ellos y mi hermana se ha encargado de los otros dos. Mi hermana.

—Dios santo, Grace... —murmuro apenas.

A pesar de la situación crítica en la que nos encontramos, lo que veo me deja shockeado. Mi hermana pequeña está ahí, impasible. Acaba de matar a dos tíos. Ella jamás había matado a nadie, pero lo acaba de hacer, y se queda

tan tranquila, como si nada. Se me encoge el corazón y siento deseos de gritar, abofetearla y abrazarla, todo a la vez. No quiero ver esto. Esta puta mierda, no. Grace, Amber... chicas alegres, alocadas, salvajes. Ellas no deberían estar aquí, no deberían empuñar armas, no deberían conocer este mundo, saber que existe siquiera.

Pero ya es tarde. Grace ya está manchada de sangre. Y es literal, porque tiene una salpicadura en la cara.

—Deprisa, hay que desatarles y salir de aquí.

Es Robert quien está al mando. Se acercan a toda prisa y nos cortan la cinta gris que nos mantiene atados a las sillas. Amber libera a su padre, Grace es quien se encarga de mí. La quiero abrazar con fuerza, pero ella me aparta decididamente.

—Luego, Eric. Tenemos que marcharnos antes de que vengan los demás. Joder. Vivir para ver.

Al final sí que es una profesional.

Salimos a toda prisa, tan silenciosamente como podemos, cogiendo las armas de los seis tíos muertos. Amber me mira intensamente, cogida del brazo de su padre. Yo asiento con la cabeza, quiero que sepa que estoy bien. No necesito cerciorarme del estado de mis compañeros, confío en ellos y sé que ninguno quedará atrás. Nadie va a fallar esta vez.

Nos apresuramos hacia la puerta corredera que comunica con el jardín para salir al exterior, pero justo antes de llegar, escucho la voz de Falcon.

—Si dais un paso más, os vuelo la cabeza.

Nos detenemos en seco. Cuando me giro, veo a ese cabrón allí, rodeándonos con el resto de sus hombres. Son pocos, pero más que suficientes. Tienen ventaja... y son jodidamente listos. Porque todos están apuntando exclusivamente a dos personas: a Amber y a Grace.

—Hijos de puta —suelto sin poder controlarme.

—Donovan, es tu última oportunidad —dice Falcon sin hacerme el menor caso.

Las miradas de los mafiosos están fijas en nosotros, frías. Los ojos

extraños de Falcon me recuerdan a los de un reptil. Cree que va a ganar. No, *sabe* que va a ganar. Donovan aprieta los puños, buscando una salida, pero los segundos pasan y nada cambia. Y veo que va a claudicar. El silencio es absoluto, la tensión se palpa en el ambiente. Los negros cañones son como ojos vacíos mirando a mi hermana y a la mujer a la que amo.

Y en este momento me doy cuenta de que podría hacerlo sin pestañear.

Aquello que juré ante mi bandera. La razón por la que fui a Afganistán.

Servir. Proteger. Dar la vida por mi patria.

Y mi patria son estas dos mujeres, mi padre y un perro.

—A la mierda, Donovan. Hagas lo que hagas, no temas por la vida de Amber. —Donovan se vuelve hacia mí, sorprendido—. No voy a permitir que nadie le haga daño. Ni siquiera ahora.

Todas las miradas están fijas en mí, incrédulas. Los ojos verdes de Amber se llenan de lágrimas. Mi hermana me observa con orgullo, y mis compañeros cierran filas a mi alrededor.

—¿Eres idiota? No puedes defender a nadie, soldado. Somos más, y tú no eres nada. Solo eres un tío con una pistola —dice Falcon, que también está asombrado y ha perdido sus exquisitos modales. Parece que le ha irritado mi rebeldía. Pues mira. Que se joda.

—No necesito armas, pichón —le suelto para provocarle.

Y en ese momento, se oye una explosión.

—¿Qué dem...?

Antes de que Falcon pueda reaccionar, los sistemas de la casa parecen enloquecer. Se activan las televisiones, los transmisores y todas las alarmas anti-intrusos. Los sistemas antiincendios se ponen en funcionamiento, derramando chorros de agua por todas partes y las paredes se abren, expulsando el polvo blanco de los extintores. Es el caos. Y nos viene de maravilla.

—¡Ahora o nunca! —grita Robert.

Y tiene razón. Entramos en acción, coordinados como los dedos de la misma mano. Los disparos resuenan y pronto ya no veo otra cosa que

objetivos.

Es mi última batalla. De ella depende mi futuro y el de todas las personas a las que quiero. Es mi última batalla y la pelearé con uñas y dientes, hasta el final.

Amber

Cuando comienza el tiroteo, intento seguir las indicaciones de Robert, pero pronto me doy cuenta de que soy incapaz. No es que tenga miedo. Bueno, puede que sí, pero eso no es lo peor. No veo nada, no sé quién es amigo o enemigo. Sujeto la pistola con ambas manos, como me ha enseñado, y la muevo en todas direcciones, buscando a quién pegarle un tiro, pero no lo tengo nada claro y... Vale, lo reconozco. Estoy cagada.

Supongo que no valgo para esto.

—Amber. —Casi doy un salto al oír la voz cerca de mí. La mano de mi padre me arrebató la pistola, me agarró del brazo y tira de mí hacia un sofá. Nos ocultamos detrás. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que tengo una taquicardia—. ¿Estás bien, hija?

—No, no estoy bien —suelto. Creo que voy a vomitar.

Otra vez los disparos, los cristales rotos. ¡Esto es una mierda!

—Todo irá bien, niña.

Mi padre me pasa el brazo por los hombros, me cubre la cabeza. Intento salir, quiero luchar, pero él no me lo permite.

—¡Suéltame! ¡También es mi vida, y aquí estoy otra vez, sin poder hacer nada, mientras los demás pelean! ¡Estoy harta de ser una dama en apuros!

Forcejeo, pero mi padre me sujeta con mucha firmeza. Ya no recordaba lo fuerte que es. Es fácil olvidarlo porque nunca hace uso de esa fuerza, pero ahora, entre sus brazos, me siento protegida y, al mismo tiempo, atrapada.

—Escúchame, Amber. No eres ninguna dama en apuros —me dice en susurros, mientras las balas vuelan por encima de nuestras cabezas. Huele a pólvora y a sangre. Escucho cómo los proyectiles percuten en el sofá. Espero que no lo atraviesen—. Pero esto no es una película, ¿entiendes? Aquí la gente

tiene que disparar de verdad y matar de verdad. No voy a permitir que participes en esto.

Le golpeo, sollozando, frustrada. Él me abraza y me consuela, susurrándome, como cuando era una niña. Le quiero estrangular. Eric está ahí afuera, luchando por mí, sé que lo hace por mí. Mi corazón se encoge de angustia.

—¡Si le pasa algo te mataré! —grito—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Es culpa tuya!

—Lo sé, cariño. Lo sé. —Su voz está rota, quebrada. Me abraza más fuerte y siento sus labios sobre mi pelo—. Jamás podré reparar el daño que os he hecho. Pero esta es la última vez. Te lo juro.

—No te creo. Deja que me vaya. Quiero proteger a Eric. ¡Déjame luchar!

Estoy llorando. Las lágrimas corren por mi rostro y las malditas balas no paran de silbar, los disparos no dejan de sonar.

—Escucha, cielo. Eric y yo te estamos protegiendo de algo más que de las heridas. No queremos que cargues sobre tus hombros con algo tan terrible como quitar la vida a otra persona. Eric y yo sabemos lo que es, lo hemos hecho muchas veces... demasiadas. Pero tú puedes protegerle a él, puedes protegerle de muchas cosas. —Sus dedos se cierran en mi pelo, siento que me abraza como si quisiera atesorarme. Mis lágrimas mojan su camisa ensangrentada. Mil emociones confusas danzan en mi interior, golpeándome como látigos—. De su pasado, de su soledad... de su miedo y de su amargura. La guerra más dura siempre viene después, y ahí estará solo. Solo te tendrá a ti. Para eso no necesitas salir con una pistola ahí fuera. ¿Comprendes lo que quiero decir, Amber?

Exhalo un suspiro y me rindo. No me queda más remedio.

—Sí, lo entiendo. Pero eso no significa que me guste.

—Con eso me basta.

—Te quiero, papá.

Tenía que decírselo. Después de todo, quizá no salgamos de esta.

—Yo a ti también, pequeña.

Eric

El tiroteo se prolonga durante casi quince minutos. Al final, la casa se ha convertido en un campo de batalla. Algunos hombres han huido a otras habitaciones y hemos tenido que buscarles uno a uno. Carlos ha recibido una herida de bala en el brazo y Solomon tiene un roce en la sien que sangra abundantemente. Por lo demás, todos estamos bien. Todos estamos vivos.

—¡Amber! —grito cuando al fin hay algo de silencio en el salón.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy bien! Estoy con mi padre.

Corro en la dirección en la que oigo su voz y la encuentro detrás del sofá. Tiene el rostro manchado de lágrimas, pero parece intacta. Quiero abrazarla y besarla y llevármela de aquí, pero sé que no puedo. Ella me mira como si estuviera pensando en lo mismo.

—Todo está controlado, Mesz —dice Donovan.

Asiento con la cabeza y me aparto a regañadientes para hacer un reconocimiento en la planta baja.

Tras confirmar que la situación es estable, busco a ese bastardo de Falcon. Tengo que encontrarle y sacarle toda la información que pueda sobre Atum. Ese hijo de puta conoce de la existencia de Amber y después de lo que ha ocurrido aquí, cabe la posibilidad de que busque venganza.

Al fin, tras unos minutos, le encuentro escondido como una rata debajo de una mesa. Al verme, suelta algo parecido a un grito y sale corriendo.

—¡Que se escapa! —chilla mi hermana.

Salgo tras él a toda velocidad. Estoy agotado. Desde luego, ya no soy lo que era. En cuanto a Falcon, ese cabronazo corre como si su vida dependiera de ello... como es el caso. Cruzamos el jardín y salimos a la polvorienta soledad que rodea la casa. Falcon jadea y mira hacia atrás, comprobando la distancia que nos separa. Yo no bajo el ritmo, me da igual si echo el hígado por la boca, voy a cazar a este desgraciado.

Entonces de pronto, Falcon frena en seco, se da la vuelta y me arroja algo. El objeto me golpea en el hombro, y un destello de luz blanca explota, cegándome por completo.

—¡Cabrón! —grito.

Él suelta una risotada.

—¡Ahora eres mío! ¡Vas a morir!

Desesperado, intento enfocar la mirada. Tengo las pupilas dilatadas a causa de la granada cegadora y lo veo todo borroso, como si las formas se disolvieran. Consigo localizar a Falcon. Sé que esa cosa negra que sostiene es un arma. Es *mi* arma.

Estoy indefenso. Me va a disparar.

¿Así es como va a terminar mi vida?

La verdad, no es lo que esperaba.

—¡Ponte en paz con tu dios, si es que lo tienes!

Es una pena. Me habría gustado viajar a Hungría al menos una vez. Reencontrarme con mis raíces y todo eso.

Espero que Grace me perdone. Que mi padre no llore demasiado. Que Amber pueda ser feliz.

No espero a recibir el disparo. Me lanzo con un rugido hacia mi enemigo. A mí no me van a ejecutar, si tengo que morir, será peleando hasta el último instante.

Pero entonces escucho un rugido, y una gran sombra plateada cruza delante de mí, llevándose por delante a Falcon y casi golpeándome. Escucho el grito de Falcon y el sonido de los huesos al romperse.

—¿Qué coño está pasando?

Muevo la cabeza, intentando enfocar algo, pero todo sigue borroso. Oigo la puerta de un coche abrirse y unas manos me sujetan por los brazos.

—¡Eric, tío! ¿Estás bien?

No... no puede ser.

—¿Mike?

—Sí, soy yo. Tranquilo, ese tío ya no... bueno, creo que está vivo. Le he atropellado.

«Joder. Mike me ha salvado la vida».

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, abrazo a ese chaval con todas mis fuerzas.

—Mierda, chaval. Mierda.

Demasiadas emociones. Incluso para mí.

Amber

He vivido dos tiroteos en mi vida y en ambos casos he tenido la misma sensación: como si el tiempo se distorsionara. Todo sucede deprisa, y al mismo tiempo, cada instante es muy largo. Puedes fijarte en detalles que te pasaban desapercibidos. Piensas en muchísimas cosas a la vez. Y cuando te quieres dar cuenta, todo ha terminado.

Es Robert quien viene a informarnos de que la casa está limpia. Mi padre y yo nos ponemos en pie y revisamos nuestro estado. No hay heridas nuevas, aunque el rostro de mi padre sigue lleno de sangre y chichones a causa de la paliza que estos mafiosos le han dado.

—¿Estás bien, niña?

Asiento con la cabeza. Me muero de ganas de vomitar, pero no lo voy a hacer.

Mientras salimos al exterior, nos encontramos con el resto del equipo de Eric. Más allá de la verja está el Subaru. Junto a él, Mike aguarda y Eric abraza a su hermana. Les miro ansiosamente para asegurarme de que están vivos y sin heridas importantes. Eric me observa con intensidad. Mike sonrío. Y Grace se vuelve hacia mí con los ojos más amargos que nunca antes he visto en ella.

—¡Grace! —exclamo. Me suelto de la mano de mi padre y corro hacia ella.

Nos fundimos en un abrazo. El viento nos agita los cabellos y los mancha de arena, pero no me importa. Grace me agarra con fuerza, está temblando.

—Joder, Amber... menuda movida, tía.

—Sí... sí. ¿Estás bien?

—Sí, eso creo.

Me aparto y la miro. Está pálida y tiene la mirada confusa. Estoy preocupada por ella pero al mismo tiempo, me siento muy orgullosa.

—Eres una profesional, Grace. Digan lo que digan, lo eres. Lo has hecho muy bien. Eres una mujer increíble, ¿me oyes?

—Tía...

Nos abrazamos otra vez.

Durante los siguientes minutos, el mundo parece volver a la normalidad poco a poco. Carlos, con el brazo vendado, trae el todoterreno en el que el equipo de Eric ha llegado. Preparamos los coches para salir de allí antes de que aparezca la policía o, peor aún, más mafiosos.

—Esto no ha terminado —dice Eric con gravedad. Está junto a mí, rodeándome con el brazo y sujetando la mano de su hermana al mismo tiempo. Le veo cansado, pero entero. Y hay algo en él que parece haberse roto, una especie de muro que jamás pensé que fuera a caer. En sus ojos hay una emoción nueva, una luz quebrada que hace que mi corazón se inflame más aún —. El líder, ese tal Atum, no permitirá que las cosas se queden así.

—Te equivocas. —Es mi padre quien habla, dando un paso adelante—. Sí ha terminado, al menos para vosotros.

Por un instante nadie entiende lo que significan esas palabras. Finalmente soy yo la que pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Me voy a entregar. La policía y el FBI darán con ese hombre y pondrán fin a esta locura.

—¿¿Qué?! —No quiero gritar, pero estoy gritando. Suelto a Eric y me abalanzo hacia mi padre—. Tienes que estar de broma. ¿Después de todo esto te vas a entregar? ¿No te das cuenta de que...?

Pero Donovan me pone un dedo sobre los labios, impidiendo que pueda continuar. Sus ojos son cálidos, siento que me mira como cuando era una niña, y eso me estremece y a la vez me irrita.

—Intentaré pactar la inmunidad. Sabes que es lo mejor, pequeña. Sé que

lo sabes.

Lo peor es que tiene razón. Le abrazo con fuerza, con el estómago encogido otra vez. Estoy agotada emocionalmente pero parece que la vida aún puede seguir exprimiéndome. Mi padre me estrecha y oigo su voz retumbar contra su pecho.

—Eric... cuida de mi hija. Ella cuidará de ti.

Giro el rostro para mirar a Eric, que está de pie a nuestro lado. Sus ojos se clavan en los míos y veo en ellos todo lo que siempre he estado buscando. Su fortaleza y su fragilidad, su lealtad y su tozudez, su mal humor, su dulzura, su estoicismo y su sensibilidad, su tristeza y su sentido del humor, su sensualidad... y por encima de todo, la bondad esencial de su alma.

Cuando le conocí, solo era un tío bueno que me ponía muy cachonda. Pero ahora es como si le viera por primera vez, en este atardecer tan extraño. Estamos llenos de arena y de sangre, pero todo me parece perfecto. Le quiero. Es el hombre con quien quiero compartir el resto de mi vida.

—Será un honor, si ella quiere.

Asiento con la cabeza. No quiero decir nada que estropee este momento, y conociéndome, seguro que lo hago.

Cuando nos repartimos para entrar en los coches, antes de que Eric se marche hacia el todoterreno en el que han llegado, le sujeto por la muñeca. Ese breve tacto ya me hace temblar. Me siento como si flotara. Han sucedido demasiadas cosas hoy y estoy aturdida, pero tengo que preguntárselo.

—Eric, espera.

Se detiene y se gira hacia mí.

—¿Ocurre algo?

Me muerdo el labio. Miro sus ojos, sus mejillas, la expresión de su mirada y el rictus algo tenso de su boca.

—Yo... esta vez no habrá una despedida, ¿no?

Eric parpadea, como si no entendiera. Después vuelve esa emoción desconocida a sus ojos y me abraza con fuerza, repentinamente, con tanta intensidad que siento que el corazón se me va a salir del pecho.

—No, Amber. No habrá más despedidas. Te lo juro.

Y me besa, me besa con tanta fuerza que siento en su boca el sabor de la arena, de la sangre, de la vida. Mi corazón se ensancha, empieza a latir como un desesperado y lo que siento es tan grande, tan intenso, que creo que me voy a morir ahí mismo.

Pero en realidad no es eso. Es que me siento viva. Y ahora, más que nunca, soy feliz.

FIN

Epílogo

Florida. Un año después.

—¿Es así como te gusta el Martini, Amber? —me dice Viktor acercándome la copa. Sus ojos oscuros me contemplan con serenidad. Es un hombre de sesenta años, guapo y sencillo, y se desenvuelve genial en cualquier situación. Una alegría de suegro.

—Está perfecto, no te preocupes, de verdad. Soy fácil de complacer.

—No es eso lo que dice mi hijo —replica con una media sonrisa pícaro antes de irse a darle otra copa a mi padre. Me deja allí, aguantándome la risa en la cocina.

Viktor, el padre de Eric, es un hombre muy agradable. Es muy parecido a él en algunos aspectos, pero más abierto y risueño, y su casa es una pasada. Llegamos ayer y ya me ha enseñado todos los muebles que él mismo ha fabricado en el garaje que habilitó como taller, justo debajo de la casa. Su vivienda está en una zona residencial, y tiene dos plantas, el taller y un jardín con una pequeña piscina cubierto de césped cuidado con mimo. Hemos venido todos a su casa a visitarle y a celebrar que Eric y yo vamos a casarnos.

Pues sí. Nos casamos. Suena fuerte, ¿verdad? Bueno, teniendo en cuenta que estuve a punto de casarme ya una vez, con Mike, tampoco es tan novedoso. Pero en esta ocasión estoy muy emocionada. Ahora sí. No puedo esperar a que llegue el día.

También están aquí Grace, Mike, Solomon, Robert, Hatch, Carlos e incluso Tyrell, e incluso mi padre, con el horrible tinte negro que se ha puesto para pasar desapercibido. Hemos organizado una barbacoa, y todos están reunidos en grupos, parloteando animadamente mientras toman copas y cervezas después de haberse atiborrado de carne a la parrilla.

—No mires así a mi padre, que es muy mayor para ti —suelta Grace.

Le saco la lengua y Mike le da un azote divertido en el culo.

—Compórtate, no estropees la reunión —le dice.

Ella le besa como respuesta y enseguida empiezan a darse el lote. Madre mía, vaya dos. Cómo están. Me largo de la cocina para no morir de un empacho. Después de todo lo que pasó siguieron viéndose y han acabado juntos. Últimamente están muy acaramelados, en la primera fase de enchochamiento total de su relación, y aunque al principio me encantaba verles así ahora empieza a resultarme un poco empalagoso. Mike y yo no pasamos por esa fase de manera tan intensa. Grace ha resultado ser la horma de su zapato, y viceversa. Son dos frikis empedernidos, se entienden a la perfección y de alguna manera Mike ha influido positivamente sobre ella. Grace, aparte de en su trabajo con los amigos de Eric, ahora enfoca su necesidad de vivir a tope en hacer viajes flipantes con Mike, tirarse en paracaídas, hacer *puenting* y todo tipo de actividades a las que Mike parece haberse vuelto adicto. Él, por su parte, sigue dedicándose a lo mismo, pero creo que andan metidos en algunas cosas raras juntos, porque les he oído hablar de hackeos y de travesuras informáticas de las que no he querido saber demasiado. Solo espero que no acaben los dos presos por meter sus códigos donde no debían.

La verdad es que me encanta que Mike forme parte de mi familia. Nuestra amistad no se resintió con todo lo que pasó, de hecho, se volvió más fuerte. Siempre nos llamamos para contarnos cosas, nos apoyamos cuando tenemos problemas, y seguimos jugando juntos a los juegos online a los que él me vició. Hemos hablado en alguna ocasión de nuestro noviazgo, y lo recordamos con cariño, pero cada vez tenemos más claro que hemos sido más amigos que otra cosa desde el principio. Mike es mi mejor amigo ahora, y lo seguirá siendo para la eternidad, y no puedo estar más feliz de que además vaya a ser mi cuñado, porque además eso nos da para muchos chistes.

Me alejo de la cocina, dejando a Mike y Grace con su romance, y me dirijo hacia el salón. Ahí está mi padre. Le veo sentado con su Martini en la mano, disfrutando de la brisa primaveral que se cuele en la casa a través de los ventanales abiertos. Eric está hablando con Tyrell junto a la barbacoa, mientras le da los restos de una salchicha a Peluso, al que tiene en brazos.

—¿Qué tal, papi? ¿Cómo lo llevas? —le pregunto, sentándome a su lado.

—Como siempre, bien —responde. Siempre me dice lo mismo, aunque sé que le está costando adaptarse.

La vida de testigo protegido es muy aburrida, pero al menos, tiene la

casa cerca de la de Viktor, y puede hacer vida social con su amigo de siempre. Viktor le está enseñando ebanistería, y por lo que he visto en el taller, no se le da nada mal. Al menos hace algo creativo y que no daña a nadie, ni tiene que ver con el mundo del crimen, lo cual es una agradable novedad. Sé que alejarse de Nueva York, de sus chicos y de su mundo le está costando mucho, y a pesar de que sus hombres eran buena gente, como lo es Eric, eso no podía continuar. Donovan O'Connell siempre estará en peligro. Por eso ahora está aquí, construyéndose otra vida con otro nombre.

—¿Qué tal estás tú?

Mi padre sonrío y me pone una mano en la rodilla, dándome un par de palmaditas. Nunca ha sido muy cariñoso, pero desde que dejó la mafia y vino a vivir a Florida es más cercano y se esfuerza por ser un padre normal. Hace lo que puede. Me quedo mirándole un momento. Está muy raro con el pelo negro, pero no hago ningún comentario porque le sienta fatal. Nuestro pelo rojo es un orgullo pero a él le ha podido más el pragmatismo que a mí, y lo agradezco.

—Mejor que nunca, papá, estoy muy contenta —respondo finalmente, con sinceridad. Los ojos de mi padre se iluminan un poco—. Ahora puedo estar tranquila y tengo control sobre mi vida, al menos todo el que se puede tener.

—Me alegro. ¿Y tu madre? Sé que ha estado en Nueva York unos días, ¿cómo está ella?

Que se interese por mi madre también es algo nuevo, y es reconfortante. Casi parecemos una familia normal.

—La boda es dentro de dos días, podrás preguntarle tú mismo. —Donovan asiente, aunque parece un poco decepcionado con la respuesta, así que le cuento—: Ha estado ayudándome con el vestido y haciendo su papel de madre en todo esto. Me ha dado muchos consejos, y está muy entusiasmada. Pero tú no pareces tan contento como ella.

—Sigo pensando que esa boda es una locura —responde. De esto hemos hablado muchas veces, pero parece que nunca es suficiente. ¡Padres!—. La vida que lleva Eric es muy peligrosa.

Abro mucho los ojos, mirándole pasmada.

—¿En serio, papá? Vaya morro tienes. Hay que tener mucha cara para que tú precisamente me digas eso, don Mafias. Además, Eric ya se ha apartado de eso, ahora es instructor de seguratas, lo sabes de sobra. Es que me parece super fuerte que me vengas con...

Donovan suspira y levanta las manos pidiendo paz.

—Vale, vale, tienes razón. La verdad es que he cometido muchos errores contigo... —admite—. Pero a pesar de todo, ahora mismo me siento como si fuera a perder a mi niña. Por eso no me gusta la idea de que te cases.

Esa confesión me vuelve blandita por dentro. No puedo evitarlo, y en un impulso le abrazo con ternura, apretándome contra él. Ahora me siento como si hubiera recuperado un padre. O como si al fin lo tuviera de verdad.

—Papá, tú nunca me perderás —le digo emocionada—. Ahora ya no. Me alegro de que estés haciendo lo correcto al fin.

Mi padre me palmea la espalda y me mira con cierta incomodidad, incomodidad de padre que no quiere ponerse demasiado sensible. Entonces llegan Mike y Grace, dejando unas cervezas sobre la mesa y ocupando los sofás a nuestro alrededor. Llegan riéndose y comentando tonterías sobre los últimos capítulos de *Juego de Tronos*.

—¿No estás nerviosa por la boda, Amber? Yo lo estaría, con los antecedentes de vuestra familia eso podría ser como la Boda Roja, aunque vosotros os parecéis más a los Lannister que a los Stark.

Mike le da un codazo. Yo entiendo todas las referencias, pero agradezco que mi padre no vea la televisión y mucho menos vea series por Internet. Aunque la verdad es que el chiste tiene su gracia.

—No estoy nada nerviosa con la boda, la verdad, la hemos preparado Eric y yo y mi madre nos ha ayudado, así que todo saldrá bien. Lo que sí me tiene ansiosa es la entrevista de trabajo.

—Deberías esperar para hacerla —dice Donovan—. Es demasiado precipitado, te casas en dos días.

—Sí, te vas a estresar —se muestra de acuerdo Grace.

—No voy a decirles que retrasen la entrevista, papá, es Tesla, no voy a dejarlo escapar, es como el sueño de mi vida. Si me contratan participaré en la

creación de innovaciones y tecnología que mejorará el mundo, ¿no es genial?

—Yo estoy contigo —dice Mike. ¿Veis? Es el mejor amigo, siempre puedo contar con su apoyo para todo—. Es Tesla.

—Yo también estoy contigo. —Mi futuro marido acaba de entrar con el perro en brazos. Peluso está súper feliz de que él no le suelte, pero espero que me devuelva a mi novio antes de la boda—. No puedes faltar a esa entrevista por nada del mundo.

—Pero es el día antes de la boda —replica mi padre.

—Sería un problema si fuera el mismo día, y no lo es, así que no pasa nada —responde Eric, sentándose con tranquilidad a su lado.

Peluso se revuelve y le da un lametón a mi padre en una mano. Mi padre la aparta y mira al perro con aprensión, luego a Eric.

—Por eso confío en ti —dice arqueando una ceja—. Siempre sabes tomarte las cosas con calma.

Los dos sonrían a medias con complicidad y no sabéis lo perfecto que me resulta todo en estos momentos. Que mi padre se lleve tan bien y confíe tanto en mi prometido es una pasada. Y no hay para menos, Donovan ha sido testigo directo de la valía de Eric y por eso le contrataba para cosas como proteger a su hija. Aunque después acabáramos follando. En fin, cosas de la vida.

—Pues si te contratan te van a fastidiar la luna de miel, no podréis ir a ningún sitio —apunta Grace después de darle un trago a su cerveza.

—Bueno, ya tendremos tiempo para viajar, no tiene por qué ser justo después de la boda —le responde Eric.

Es tranquilizador que me apoye en esto. O sea, es lo lógico, mi prometido debería apoyarme en mis decisiones, pero sé que hay muchos tíos por ahí que no lo tolerarían (como si tuvieran algo que decir al respecto), y es una pena que esto me haga sentir tan afortunada.

—Amber, felicidades por esa entrevista. —Robert y los demás han entrado al salón también.

—Y por la boda —dice Solomon—. Aunque no sé si felicitarte o darte el pésame, las bodas son un poco estresantes.

—Lo dices por experiencia, ¿eh? —Robert le da un codazo—. Joder, tío, debiste invitarnos a la tuya.

—No vuelvas con eso, Robert —replica Solomon.

—Si te quedas sin trabajo siempre puedes unirme a nosotros —me dice Hatch—. Estos son unos negados con la tecnología.

—Eh, ya me tienes a mí para eso —se queja Grace.

—Pero tú siempre me estás criticando —rebate él.

—Porque estás para actualizar, tío —responde ella.

Durante un rato escucho la charla a mi alrededor, riendo los comentarios y disfrutando de mi felicidad y de la que hay en torno a mí. Todo el mundo está contento. Mi padre parece integrado, mi familia política es un encanto y los amigos de Eric son como los siete enanitos pero en grande, y yo Blancanieves, claro. Todos me aprecian y se preocupan por mí, me llenan la copa y me agasajan como se merece una novia. Es maravilloso que gente tan distinta como nosotros pueda llevarse así de bien, que podamos compartir estos momentos, y sobre todo, poder estar tranquilos, sin pensar que en cualquier momento van a secuestrar a alguien.

Al cabo de un rato me escabullo para salir al jardín a tomar el aire un poco. Camino hasta la pérgola y me apoyo en uno de los pilares de madera para ver la puesta de sol mientras reflexiono.

Me cuesta creer que esto esté ocurriendo, que vaya a casarme en apenas dos días y que vaya a hacerlo con Eric después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Ha sido un viaje extraño el que nos ha llevado hasta aquí, un viaje intenso, divertido y muy emocionante. A veces ha sido muy peligroso, pero eso me ha hecho la mujer que soy ahora. Me pregunto si el resto de mi vida será tan emocionante como lo ha sido hasta ahora.

«No importa si sigo estando rodeada de peligro o no, siempre viviré cada momento con intensidad, siendo fiel a mi corazón».

Doy un respingo al notar que alguien me rodea la cintura con el brazo y sonrío al ver que es Eric. Me da un beso en la cabeza y me estrecha con cariño, y yo me derrito. Sigo tan enamorada como el primer día. Es el hombre de mi vida, y este último año me lo ha demostrado con cada acción. Se ha

esforzado mucho, ha superado muchas cosas, y aunque haya sido difícil a veces, hemos caminado juntos en la misma dirección, dejando atrás un pasado que le ha estado atormentando por mucho tiempo.

—¿Has organizado ya tu huida para dejarme plantada en el altar?

Eric se ríe con una de esas risas que suenan como el ronroneo de un enorme felino. Tan sexy como siempre.

—No digas tonterías —responde—. No olvides que fui yo quien propuso lo del matrimonio.

—No me olvido de eso —le digo, y le doy un beso en la mejilla, abrazándome a él—. Sabes, se me hace raro que tengas tanto pasado: ya has estado casado, has estado en Afganistán... eres un veterano. Me siento como si fuera a casarme con un viejo.

Eric enarca una ceja.

—Eres muy graciosa. Vete a la mierda —dice bromeando.

—*Viti i li miirdi, mimimi* —le hago burla, riéndome, y me pongo de puntillas para besarle en la boca. Luego le miro, poniéndome seria, y Eric frunce el ceño—. Tienes que hacerme una promesa.

—¿Qué quieres ahora? —dice con tono de falso fastidio.

—Prométeme que nunca jamás volverás a huir de mí.

Eric me mira con esos ojos que lo dicen todo, que ya no se esconden, y cuando habla, sé que cada palabra que pronuncia es cierta.

—Te lo juro. Te quiero, Amber, y no volveré a huir jamás.

—Yo también te quiero.

Sonrío y me fundo en un abrazo con él mientras nos besamos.

Siempre tuve una lista de todas las cosas que necesitaba para ser feliz. Ninguna de las cosas que tengo ahora estaban en ella, sin embargo, me siento bien. La vida me ha llevado por un camino inesperado, nada de esto estaba en mis planes, y sin embargo, me siento mejor que nunca. Tengo un máster en robótica, una entrevista con Tesla y voy a casarme con un hombre maravilloso que ha sabido superar todas las barreras para estar conmigo.

No sé qué me depara el futuro, pero no me importa. La vida es una colección de momentos, algunos serán malos, otros serán buenos, pero los encadenaré uno a uno, los viviré con intensidad y me beberé cada instante sin mirar atrás, como si lo que me esperase después de cada paso fuese algo aún más grande.